

EL DUEÑO DE LA MUERTE

por MAXWELL GRANT

Colección
Hombres

'AUDACES'

3

PTAS



El dueño de la muerte

Maxwell Grant
La Sombra/37

CAPÍTULO I

EL HOMBRE QUE SONREÍA

—**C**HOFER, deténgase junto a la esquina.

El chofer torció hacia la acera, mientras atravesaba la calle Sesenta y Seis, y se detuvo, libre del tráfico de Broadway. El pasajero inclinóse hacia delante y sonrió, mientras el coche se detenía en el lugar indicado.

Abriendo la portezuela, el hombre bajó y pagó al conductor. Seguía sonriendo. El chofer lo advirtió, y miró interrogador el enjuto rostro del pasajero. En la sonrisa de éste había algo que desagradó al chofer.

Mientras el hombre guardaba el cambio, el chofer puso en marcha el auto y al apartarse de la acera volvió la cabeza.

Su ex pasajero seguía junto al bordillo, esperando que se interrumpiese el tráfico. A pesar de la distancia que ya les separaba, podía advertirse aún la desagradable sonrisa del desconocido.

El chofer se encogió de hombros y continuó su camino. Al fin y al cabo aquel hombre no fue más que uno de tantos pasajeros que transportaba durante el día. No obstante, el chofer sintió un profundo alivio al saberse libre de él.

Entretanto, el desconocido, el hombre de la misteriosa y estremecedora sonrisa, aprovechó la luz roja que había contenido el tráfico para atravesar la calle, siguiendo luego su camino hasta la puerta de un modesto hotel.

Un anuncio luminoso proclamaba la identidad del establecimiento: "Hotel Garonne". El hombre entró allí, dirigiéndose a un oscuro comedor.

Encaminóse a un compartimiento reservado y sentóse a la mesa dispuesta.

Un hombre con aspecto de mochuelo estaba en el lado opuesto de la mesa.

Levantó la cabeza, dejando de consultar el menú, e hizo un nervioso ademán al reconocer al recién llegado.

El pasajero del taxi ya no sonreía. Sin la sonrisa, su rostro no resultaba tan repulsivo. Había cierto nerviosismo en sus modales, y se dirigió al otro hablando con rapidez y en voz baja.

—Hola, Clussig-dijo—. Me alegro de ver que has llegado a tiempo.

—Procuro ser puntual a las citas, Veldon-replicó el otro, mientras observaba a su compañero a través de los gruesos cristales de sus lentes—. Dijiste que era urgente y que debía esperarte aquí a las siete y media. Por lo tanto me anticipé un poco.

Veldon asintió. Un camarero se acercaba y el del taxi le encargó lo que deseaba comer. Luego el camarero se volvió hacia Clussig, que, a su vez, eligió los platos que prefería.

En cuanto el camarero se hubo alejado, Veldon Volvióse otra vez a su compañero. De un bolsillo sacó un periódico doblado y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó con sequedad—. Te dije que te mantuvieras alejado de la Prensa y, sin embargo, has concedido esta entrevista.

Clussig sonrió humildemente mientras miraba la cabecera del periódico. Los grandes titulares estaban destinados a atraer el interés de los lectores. Veldon leyó en voz alta:

FAMOSO TÉCNICO Y EXPERIMENTADOR PRONOSTICA ERA DE BRUJERÍA ELECTRICA

—Si el anunciar esto es sensato, no sé verlo.

—No hay nada malo en el artículo-protestó Clussig—. Al reportero sólo le dije que muchos de los inventos que se profetizaron han sido ya perfeccionados y pronto serán ofrecidos al público. En realidad, no he dicho nada de mis inventos; ni siguiera mencioné lo de los rayos...

—En esa entrevista no, pero ¿y en la próxima? ¿No te das cuenta de lo que has hecho? Has llevado a los periódicos el nombre de Merle Clussig. Algún periodista listo empezará a sonsacarte, y describirás que estás asociado con Eric Veldon.

—No, no-replicó Clussig—. Nunca descubriré eso, Veldon.

Comprendo que necesitas que guardemos el secreto.

—¿Sí?— Veldon miró con frialdad a su compañero—. Bien, Clussig, puedo leer entre las líneas de ese artículo, y no me gusta. Me doy cuenta de tus propósitos. ¿Por qué tratas de engañarme?

Clussig se puso nervioso. Todo en él evidenciaba que Veldon había puesto el dedo en la llaga. Volvió la cabeza mientras el camarero servía el primer plato. Después notó fija en él la mirada de Veldon y se puso muy nervioso.

—Hablemos con franqueza-indicó Veldon—. Comprendo lo que te ocurre. Anhelas resultados, ¿no es cierto?

—Sí. Veldon, he puesto mucha confianza en ti. Te entregué todos mis incompletos inventos eléctricos, mi perfeccionamiento de los aparatos de rayos X, mi invención de las lámparas de rayos calientes, las defensas que ideé contra los peligrosos efectos de tales rayos...

—Y yo me cuidé de que fueran debidamente contruidos-interrumpió Veldon—. Y no sólo he mantenido secretos tus inventos, sino que lo he dispuesto todo para su exhibición. Tú estabas arruinado; yo te di dinero suficiente para que vivieras con lujo. ¿Qué más pides?

—Quiero resultados prácticos— replicó Clussig—. Mis inventos valen una verdadera fortuna. ¿Por qué retrasar por más tiempo su difusión? Me prometiste resultados...

—Conque estás dispuesto a forzar la salida, ¿eh? Deliberadamente te has colocado en las páginas de los periódicos, sabiendo que una campaña semejante te iría colocando gradualmente ante el público.

—¿Y por qué no?— replicó nerviosamente Merle Clussig—. Me has tenido demasiado tiempo enterrado, Veldon. Posees mis inventos y estás en tratos con algún potentado que está dispuesto a respaldarlos. ¿Por qué he de quedar yo en segundo término? ¿Por qué?

Eric Veldon aguardó pacientemente mientras el camarero cambiaba los platos. Miraba con gran fijeza a Clussig y el inventor observó la iniciación de la sonrisa que hiciera estremecer al chofer.

Clussig se dio cuenta de que había provocado el disgusto de su compañero.

Temía una discusión acalorada. Sin embargo, Veldon no

evidenció más nuestras de disgusto; al contrario, sus modales se hicieron suavísimos.

—No debes dejarte dominar por la ansiedad-murmuró Veldon—. Recuerda que el simple perfeccionamiento de un invento o mecanismo no asegura una fortuna. El beneficio sólo se obtiene esperando, para su lanzamiento, el momento oportuno. Te he estado pagando el importe de la opción sobre tus inventos. No te he revelado la identidad del hombre con quien trato, ni siquiera le he descubierto la tuya a él.

“En el pasado apoyé otros inventos. Pienso que en le futuro seguiré respaldando otros. Soy un lazo importante entre el inventor, que sólo piensa en ideas, y el financiero, cuyo fuerte es el comercio. Un contacto directo entre tú y el millonario con quien estoy en tratos sería ahora desastroso.

Veldon hizo una teatral pausa después de decir esto. Clussig movió afirmativamente la cabeza, sintiéndose de acuerdo con las persuasivas palabras de Veldon. Sin embargo, aun consiguió poner un débil reparo.

—Lo comprendo-dijo—, pero no puedo olvidar que me has estado diciendo lo mismo durante muchas semanas. Desde hace tiempo quiero terminar debidamente las negociaciones, y, sin embargo, el fin me parece cada vez más lejano. Por eso he aprovechado la oportunidad de afirmarme ante el público.

—Por fortuna has sido discreto-replicó con suavidad Veldon—. Sólo hablaste de tus pasados experimentos, sin referirte para nada a tus actuales actividades. Por eso te llamé y dispuse esta entrevista. Y veo la forma de que tu conversación con los periodistas se convierta en una gran ventaja para todos.

—¿Cómo? —inquirió Clussig.

—Adaptándola a las circunstancias-replicó Veldon—. Por verdadera coincidencia he llegado a un punto en mis negociaciones que me permite presentarte al hombre que piensa financiar tus inventos.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche.

—¿Y quién es?

—Entonces te lo diré. Sin embargo, entre tanto, debes ir de acuerdo conmigo para reforzar la impresión que quiero que saque el

financiero con quien trataremos. Entre hoy y mañana por la noche no debe darse ningún paso en falso.

—Comprendido.

—Debes comprenderlo bien—insistió Veldon—. Sigue mis instrucciones al pie de la letra. Ante todo, quiero que hagas una nota de todas tus pasadas actividades.

—Puedo hacerlo esta noche.

—Perfectamente. Al mismo tiempo quiero que evites todo contacto con los reporteros.

—Eso será fácil.

—¿Puedo confiar en ti?

—Por completo. Cuando salga de aquí iré directamente a mi casa. En mi despacho extenderé un informe completo acerca de mis pasadas actividades.

—¿Y si acuden los periodistas?

—Diré al conserje que anuncie a todo el mundo que he salido.

—Muy bien— aprobó Veldon—. Confío en ti, Clussig, porque ahora nos lo jugamos todo. Esta misma noche visitaré al socio especialista y lo dispondré todo para la entrevista de mañana. Pero te advierto que es un hombre muy sagaz. Si se diera cuenta de que eres hablador, se negaría a asociarse con nosotros. El secreto es esencial.

Clussig asintió. Había acabado de comer y se levantó para marcharse.

Veldon le contuvo con un ademán.

Dirigiendo una rápida mirada a su reloj, empezó a hablar de riquezas, de fama, de las brillantes perspectivas que se ofrecían al inventor. Para Clussig, el cuadro era fascinador. En los meses que llevaba tratando con Veldon, Clussig había sido contentado siempre con promesas y con pequeños adelantos monetarios. Nunca, hasta entonces, se demostró Veldon tan convincente.

—Mañana por la noche nos encontraremos a las siete—dijo—. ¿Tendrás la nota de tu actuación anterior?

—Desde luego—replicó el inventor—. Iré directamente a mi casa y me pondré a trabajar en ello.

—En cuanto al dinero—siguió Veldon—, si necesitas ahora algo... —y sacó un rollo de billetes de Banco. Vaciló un momento y volvió a guardarlos—. Vale más dejarlo para mañana. Entonces se cerrará

el trato. Serás rico y recibirás todo cuanto quieras. Dejamos las negociaciones hasta entonces.

—No tengo inconveniente-contestó serenamente Clussig.

Los dos hombres salieron del comedor. A la puerta del Hotel Garonne se separaron. Después de otro apretón de manos, Clussig se alejó por la avenida, en dirección a la calle donde tenía su casa, a más de kilómetro y medio de distancia. Veldon, al quedarse solo, observó cómo se alejaba el inventor.

De nuevo apareció en su rostro la diabólica sonrisa, y una leve risa sonó en su garganta. Nuevamente entró en el hotel y dirigióse a una cabina telefónica.

Veldon tenía en la mano su reloj. Este marcaba las nueve en punto. La carcajada murió al descolgar el teléfono, pero la sonrisa continuó en sus labios.

No obstante la amistad que demostró a Clussig, Eric Veldon demostraba en aquellos momentos que el odio era el factor predominante en su cerebro. La malignidad que se advertía en él no pronosticaba nada bueno para Merle Clussig.

En realidad, Eric Veldon tenía todo el aspecto de un ser lleno de maldad, seguro de llevar a buen fin sus diabólicos proyectos.

CAPÍTULO II

REGRESA UN VIAJERO

EERAN las nueve de la misma noche, pero el escenario estaba en una mansión de Nueva Jersey.

Un antiguo reloj daba las campanadas desde la repisa de la chimenea de un suntuoso salón. Cuando las claras notas cesaron, oyóse sonar el timbre. Un criado de librea corrió a responder a la llamada.

Abriendo la puerta principal el sirviente se hizo a un lado para dejar paso a un esperado visitante. Un hombre alto apareció dentro del círculo de luz.

Su rostro permaneció momentáneamente oscurecido hasta que se hubo quitado el sombrero, que tendió al criado.

—Buenas noches, Richard—replicó el recién llegado—. ¿Ha ido todo bien durante mi ausencia?

—Sí, señor. Pero ahora que usted ha vuelto aún irá mejor.

—Muchas gracias, Richard. Ayuda a Stanley a descargar el equipaje.

El sirviente acudió en ayuda del chofer, que entraba con una maleta en cada mano.

Mientras los dos hombres subían hacia los pisos, Cranston atravesó el vestíbulo, entró en el salón y fue a sentarse en un sillón. Sonrió al oír la lejana conversación entre Richard y Stanley. Sabía que estaban hablando de su regreso.

Siempre que Lamont Cranston regresaba a su mansión de Nueva Jersey, su llegada constituía un suceso importante en la existencia de la numerosa servidumbre. Lamont Cranston, multimillonario y empedernido viajero, conservaba siempre sus criados, aun durante su ausencia.

Sus partidas y sus regresos eran generalmente inesperados. Aquella noche constituyó una excepción. Un telegrama recibido por Richard, el mayordomo, obligó a Stanley, el chofer, a partir hacia el aeropuerto de Newark con el tiempo justo de recoger al millonario.

El aspecto de Lamont Cranston era tan notable como su carácter. Era alto y bien proporcionado. Sus manos, aunque finas y ágiles, poseían una fuerza enorme.

Lo más notable de todo era, sin embargo, el rostro. Era inescrutable y parecía moldeado en cera, como una máscara. Su principal característica era la aguileña nariz y una muy despejada frente.

Los ojos eran firmes y miraban con inquebrantable fijeza. Más que impasible, el rostro de Lamont Cranston era inflexible, hermético.

Mientras Cranston permanecía inmóvil gozando de su lujoso salón, Richard entró con un abultado sobre que entregó a su amo, retirándose después de una profunda inclinación.

Mientras el reloj, desde la repisa de la chimenea marcaba con su tic-tac el paso de los minutos, Lamont Cranston abrió el sobre. De su interior sacó varias hojas manuscritas, al parecer en clave.

Cranston las leyó con gran rapidez y cuando hubo terminado, la escritura se fue borrando, letra a letra, de encima del papel.

Unido a las notas veíase un recorte de periódico. Era el mismo sobre le cual habían hablado Merle Clussig y Eric Veldon. Se refería a la entrevista hecha al inventor acerca de una era de magia eléctrica.

Una suave carcajada brotó de los labios de Lamont Cranston. Como Eric Veldon, el millonario sabía leer entre líneas. Podía asegurar que la entrevista concedida por Clussig tenía por objeto despertar el interés del público, aunque se notaba el definido propósito de ocultar algo mucho más importante y específico que las vaguedades que se mencionaban.

La risa y la agudeza de comprensión eran indicio de una personalidad muy distinta de la que podía esperarse en un desocupado millonario.

Estas eran revelaciones de una bien destacada personalidad. El hombre que en aquellos momentos pasaba por Lamont Cranston era, en realidad, La Sombra.

La risa cesó. Sólo se oía el latido de la maquinaria del reloj que señalaba exactamente las nueve y siete minutos.

Lamont Cranston se levantó. Su elevada figura proyectó una grotesca silueta sobre la alfombra. Rápidamente, el millonario cruzó la estancia, entando en una pequeña y oscura habitación.

Se descolgó un teléfono y pidió un número. Siguió un breve silencio. Luego una voz replicó desde el otro extremo del hilo:

—Burbank al habla.

Lo que oyó no fue ya la voz de Lamont Cranston, sino el susurro de La Sombra, respondiendo a Burbank.

—Instrucciones a Burke— Las palabras de La Sombra eran pronunciadas de una manera peculiar, que nadie hubiese sido capaz de imitar—. Ir inmediatamente a casa de Merle Clussig, inventor. Pedir entrevista respecto a inventos eléctricos. Que Burke se presente como periodista del Classic.

—Recibido instrucciones-fue la réplica de Burbank.

Sonó el chasquido del receptor al ser colgado. La Sombra permaneció en la oscuridad, como si en su nueva personalidad anhelase las tinieblas.

Rápidos pensamientos y deducciones pasaban por aquel agudo cerebro. La Sombra, el amo del misterio, había regresado de uno de sus extraños viajes.

Durante su ausencia sus agentes en Nueva York estuvieron de vigilancia.

Este era su deber siempre que La Sombra estaba lejos.

Rutledge Mann, un hombre que pasaba como agente de Cambio y Bolsa, pero que servía de ayudante a La Sombra, se fijó en el extraño artículo acerca de Merle Clussig. Junto con otros informes de agentes de La Sombra, lo envió a Lamont Cranston.

El hecho de que La Sombra hubiera manifestado en seguida tanto interés por el recorte era prueba de la capacidad de Mann. Adivinando que la entrevista de Merle Clussig era un sincero esfuerzo para atraer la atención del público, La Sombra no perdió un momento en entrar en acción. Por ello llamó a Burbank, su agente de enlace.

Burbank, a su vez, informaría a Clyde Burke, periodista del Classic, de Nueva York, de que debía ponerse en seguida en contacto con Merle Clussig.

Clyde Burke, en su papel de reportero, era un activo y eficaz agente de La Sombra.

Una leve carcajada sonó en la oscuridad. Aquella risa expresaba los pensamientos de La Sombra, el genio de la oscuridad, en lucha constante con el crimen. La Sombra poseía la extraña capacidad de adivinar las cosas turbias.

Sin duda, Rutledge Mann recordó aquel artículo porque sabía que La Sombra estaba interesado por todos los acontecimientos científicos. Pero La Sombra vió algo más, algo que Mann ni siquiera pudo suponer.

La risa cesó. La Sombra abandonó las tinieblas, regresando al salón. Ya no era La Sombra. Era Lamont Cranston, multimillonario, el hombre que sólo cuando viajaba encontraba la vida algo interesante.

Richard estaba a la puerta del salón. El mayordomo miró sorprendido a su amo, mientras éste decía:

—Me marcho, Richard. Di a Stanley que lleve el auto a la puerta. Quiero ir a Nueva York.

—Bien, señor—replicó Richard—. Pero el señor acaba de llegar... Hace sólo diez minutos...

—Ya lo sé—le interrumpió Cranston—. Pero tengo que atender algunos asuntos. Voy a Nueva York.

Mientras Richard corría a dar la orden a Stanley, Lamont Cranston entró en un cuartito del vestíbulo. Sacó una llavecita del bolsillo y abrió un compartimiento oculto en la pared. De él sacó una cartera.

Apenas salió Cranston del cuartito, Richard regresó, anunciando que Stanley estaba preparado con la limousine. Cranston salió de la casa y subió al auto.

Richard cerró la puerta, moviendo la cabeza.

El mayordomo no podía comprender a su amo. Entendía el amor de Cranston por los viajes; pero aquello costumbre de llegar a casa inesperadamente y marcharse con la misma rapidez era algo que Richard nunca pudo explicarse.

Había otro hecho que llenaba de perplejidad al criado. A veces tenía la impresión de que Lamont poseía dos personalidades.

Existía un Lamont Cranston, pensativo, taciturno, tan impasible como el otro, pero que en cambio obedecía siempre a sus súbitas

decisiones.

El antiguo señor Cranston, a quien recordaba desde hacía mucho tiempo, era invariablemente el mismo. En cambio, el nuevo señor Cranston tenía una extraña manera de mirar a la gente. Y sus ojos brillaban a veces con súbito resplandor. Ese era el Cranston que había regresado aquella noche y que tan de pronto decidió marchar a Nueva York.

Dos hombres, y, sin embargo, uno. Esta era la solución a que llegó Richard.

El mayordomo sólo adivinaba una parte de la verdad. En realidad, servía a dos amos. Uno era el verdadero Lamont Cranston.

El otro personaje, que ocupaba tranquilamente su puesto mientras Lamont Cranston estaba de viaje por algún lugar del mundo, era... La Sombra.

En aquellos momentos, el verdadero Lamont Cranston se encontraba en Abisinia. Su doble estaba en su lugar, viviendo en su casa y pasando por el millonario. Él era quien fingió un viaje por avión, para volver a su casa.

Él era quien partió en el auto, con Stanley. El falso Lamont Cranston... un imitador tan astuto que jamás dejó que se descubriera su falsa personalidad... era La Sombra.

El reloj del salón marcaba las nueve y cuarto. En el breve transcurso de quince minutos entró en su casa y salió de nuevo. Había respondido a la llamada del misterio. Su aguda intuición adivinó la posibilidad de un crimen.

El auto en que se encontraba el falso Lamont Cranston deslizábase por una carretera secundaria que conducía a la autopista de Nueva Jersey. Hundido en la oscuridad del asiento posterior, La Sombra meditaba sobre aquello que iba a suceder.

Clyde Burke llegaría pronto a casa de Merle Clussig. El reportero hablaría con el inventor. Antes de que la entrevista terminase, La Sombra estaría allí para hacerse cargo de la situación.

Tal vez el episodio de aquella noche fuese productivo; acaso no diera nada de sí. No obstante La Sombra poseía una extraordinaria habilidad para descubrir lo sospechoso. Aquella noche lo adivinó a través del recorte enviado por Mann.

Unas manos largas y blancas abrieron la cartera colocada junto a La Sombra.

Unos diestros dedos sacaron una negra capa que pareció extenderse por la obscuridad. Un sombrero de anchas alas, también negro, fue colocado en la cabeza del misterioso ser. Las manos acariciaron el frío acero de dos automáticas que desaparecieron bajo los pliegues de la capa.

Las facciones de Lamont Cranston quedaron borradas. El millonario había desaparecido. En su lugar se encontraba un ser invisible que podía moverse en el silencio de la noche. Cuando el auto llegara a Manhattan aquella asombrosa figura se deslizaría en la obscuridad.

La Sombra desempeñaba su propio papel. Envuelto en tinieblas, rodeado de misterio, estaba dispuesto para la aventura que se ofrecía ante él. Había asumido su propia personalidad.

¡Era La Sombra!

CAPÍTULO III

LA MUERTE OCULTA

EERAN las nueve y diecisiete minutos cuando Merle Clussig entró en el vestíbulo de la casa en que vivía. Al separarse de Eric Veldon, el inventor avanzó deprisa, pero luego aquel paso le cansó y continuó menos rápidamente.

Aquel edificio, el Stahleigh, era bastante anticuado, habiendo pasado ya a la segunda categoría. El vestíbulo estaba lleno de sillas baratas e incómodas.

Solo uno de los ascensores funcionaba. Todos los inquilinos que vivían por debajo del cuarto piso preferían la escalera al ascensor.

En un rincón había una especie de cabina, donde una telefonista atendía a las llamadas. El servicio no era muy bueno, pues la telefonista hacía también de secretaria en el despacho inmediato. Cuando Clussig entró, la joven estaba al teléfono.

Le miró y antes de que el inventor pudiera hablar echó un vistazo a una lista, anunciando:

—¿A qué hora me telefonearon? —inquirió Clussig.

—A las siete.

—¿Quién llamó?

—Era un hombre, pero no me dijo su nombre ni me dio ningún encargo. Me pidió que llamase a su habitación, cosa que hice, y luego dijo que tal vez telefonearía más tarde.

—¿Era un periodista?

—No lo creo. ¿Esperaba usted a alguno?

—¿Alguno? Muchos. Es muy importante que esta noche no me vea ningún reportero. ¿Me entiende? Ninguno en absoluto.

—Estoy segura de que el hombre que le telefoneó no era un periodista. Si vuelve a llamar ¿puedo ponerle en comunicación con

él?

—Si. Pero diga a los periodistas que estoy fuera. Si el hombre vuelve a telefonear diré si me interesa o no verle.

—El señor Clussig ha salido-dijo la telefonista, mientras escribía estas mismas palabras en un papel.

—En lo que se refiere a los periodistas-añadió Clussig.

El inventor partió hacia la escalera. La telefonista le observó llena de perplejidad. En todo el tiempo que llevaba en el Starleigh, Merle Clussig apenas le había dirigido la palabra media docena de veces.

La muchacha no había leído la entrevista de Clussig. Por lo tanto, ignoraba el porqué de la súbita aversión del inventor hacia los periodistas.

Merle Clussig, mientras subía por la escalera, sentía una vaga inquietud. De momento le había parecido lógica la insistencia de Eric Veldon acerca de lo conveniente de guardar silencio, pero a medida que iba pensando en ello recordaba que hubo algo raro en la manera de portarse de Veldon.

Repasando su entrevista con él, Clussig se dio cuenta de que había cometido varios errores. Ante todo, debió haber insistido en enterarse de la identidad del financiero con quien Veldon había entablado negociaciones.

Segundo, hubiera tenido que insistir en la entrega del dinero, cuando Veldon se lo ofreció.

¿Y si algo no marchaba debidamente a la siguiente noche? Veldon podría dar por terminadas las negociaciones. Eso significaría la interrupción de las entregas de dinero, y Clussig vivía de los fondos que Veldon le había ido entregando.

Este pensamiento era alarmante. Clussig iba refunfuñando mientras llegaba al tercer piso. Se detuvo a cobrar aliento, después de la fatigosa ascensión.

Clussig volvióse hacia el corto pasillo, a la izquierda.

De pronto lanzó una exclamación. Avanzando directamente hacia él vio a uno de los hombres más extraños que recordaba. Aquel individuo era bajo y musculoso, tenía las gruesas manos de un bruto y lo más característico de su persona era la enorme mandíbula inferior. Vestía en traje muy sencillo.

Pero aun más extraordinario que su fisonomía era la expresión

de su rostro.

Tenía los ojos opacos; la mirada fija, y el color de su cara era de un blanco no natural. El hombre tenía todo el aspecto de un cadáver viviente.

Además, caminaba de una manera mecánica. Su cuerpo, aunque erguido, estaba ligeramente inclinado hacia delante. A Clussig aquel ser le pareció un gorila humano, con manos capaces de destrozarse el cuello de cualquiera que tratase de cerrarle el paso.

Por un instante, el inventor quedó paralizado; luego, respondiendo a un instintivo deseo de huir, corrió hacia el pasillo de la derecha.

Al llegar al recodo volvió la cabeza y vio al simiesco personaje comenzar el descenso por la escalera. Esperó hasta asegurarse de que ya había bajado y luego, retrocediendo, se encaminó a su departamento.

Una vez en el saloncito, Clussig se estremeció. Se sentía ya seguro, pero, no obstante, el recuerdo de aquella especie de muerto viviente seguía turbando su debilitado cerebro.

Clussig estaba seguro de no haber visto nunca a aquel hombre. Tal vez se trataba de un nuevo inquilino. Esta suposición le produjo un nuevo escalofrío.

No le agradaba la vecindad de semejante ser.

El inventor entró en una pequeña habitación inmediata y encendiendo la luz lanzó un suspiro de alivio. La habitación estaba muy desordenada. Su mobiliario consistía especialmente en una gran mesa, tres viejas librerías y unas cuantas sillas. El suelo estaba lleno de papeles. Una papelera estaba caída junto a la mesa.

Sin embargo, a Clussig le gustaba aquel desorden. Cerró la puerta y corrió el cerrojo. Levantó la cortina de la única ventana y, sonriendo, dirigió una mirada al oscuro patio.

La ventana estaba defendida por una tela metálica. Esto ocurría con todas las ventanas del edificio, a fin de que los vecinos no pudieran tirar cosas al patio.

A Clussig le agradaba que estuviera la puerta cerrada y la ventana protegida, por la seguridad que le prestaban.

De un pequeño armario, el inventor sacó unos cuantos libros de notas y los llevó a la mesa. Metió una hoja de papel en una anticuada máquina de escribir portátil, y empezó a teclear, a

medida que iba consultando los libros.

Pasaron los minutos. Merle Clussig no parecía advertir el transcurso del tiempo. Estaba abismado en los detalles de su trabajo; sin embargo, hubo un momento en que se interrumpió para recapacitar sobre la maraña de pensamientos que luchaban en su cerebro.

Eric Veldon, suave y convincente... No obstante, Clussig dudaba de la sinceridad de aquel hombre. Sintió deseos de hablar con él y recordó que tal cosa era imposible, pues Veldon no tenía domicilio fijo.

Merle Clussig rememoró cómo había conocido a Veldon. Este le encontró trabajando sobre inventos eléctricos. Clussig había estado tratando de reunir fondos para continuar con su pequeño taller.

Rayos X de gran intensidad, lámparas de gran potencia: éstos habían sido los peligrosos inventos con que trataba Clussig. A causa del peligro que encerraban, el inventor ideó las pantallas protectoras.

Las defensas que Clussig ideó para evitar las heridas posibles trabajando con rayos de tal potencia, eran el trabajo más grande del sabio. Eric Veldon estuvo también de acuerdo en ello, y como era, a su vez, un técnico en materia de investigaciones científicas, insistió en probar los inventos de Clussig.

Veldon afirmaba tener un laboratorio. ¿Dónde estaba? Clussig no lo sabía.

Veldon aseguró haber tratado otros inventos. ¿Cuáles eran?

Clussig no podía contestar. Lo único que sabía era que Veldon tenía dinero y le daba lo suficiente para seguir sus experimentos.

El trabajar con Eric Veldon proporcionó a Clussig algún descanso. Pudo alquilar aquel departamento y llevar una vida libre de preocupaciones materiales. Pero últimamente, la inquietud empezó a dominar al inventor. Con ella llegó la desconfianza hacia Veldon. ¿Era éste un ladrón, uno de esos que roban inventos a cambio de una miseria? Clussig estaba seguro de que otros hombres confiaban en Veldon para comerciar con sus inventos.

Veldon habló de un millonario que le apoyaba. ¿Engañaría también a éste?

Clussig volvió a sus notas. Veldon había prometido para la noche siguiente una entrevista personal con el socio. Era mejor

prepararlo todo para impresionar favorablemente al capitalista.

Le asaltó un nuevo y turbador pensamiento. Aquel sujeto de la escalera...

¿Qué estaría haciendo allí?

Un súbito horror hacia aquel rostro, que parecía de cera, asaltó a Clussig. Se preguntó si sería conveniente averiguar quién podía ser el hombre.

El inventor decidió inquirirlo. Interrumpió su trabajo e inclinóse hacia el suelo para recoger el teléfono, que estaba siempre allí.

Un súbito mareo le asaltó. Con la mano izquierda, Clussig se agarró al borde de la mesa. Con la derecha buscó el teléfono. Perdió el tacto en los dedos. Al rozar el metal del teléfono se estremecieron ligeramente.

La mano izquierda soltó su asidero y el inventor cayó de la silla, rodando por el suelo.

Pasaron los minutos, Merle Clussig no se movió. Su cuerpo yacía como contraído. Su rostro era fantasmal. Sobre él se extendía una horrenda sombra.

En aquella habitación, solo y sin nadie que le viera, el inventor había caído víctima de una terrible suerte...

Sin poder llamar en su auxilio, aquel hombre acababa de ser herido por alguna sinuosa fuerza que no tardó en cumplir su nefasto fin.

¡Merle Clussig había muerto!

CAPÍTULO IV

LA SOMBRA OBSERVA

MIENTRAS Merle Clussig, solo y sin nadie que le observara, experimentaba el preludio de la muerte, el Destino interpretaba su parte en el asunto. El mismo Clussig firmó su sentencia de muerte cuando indicó a la telefonista que no deseaba recibir a ningún periodista.

En el vestíbulo del Starleigh, un visitante estaba tratando de ver a Merle Clussig. Clyde Burke, reportero del Classic, de Nueva York, llegó menos de cinco minutos después que el inventor hubiera subido a su piso.

Sentado en una de las incómodas sillas, Clyde meditaba sobre ciertos incidentes que precedieron su llegada allí. En las oficinas del Classic, el reportero recibió una llamada telefónica de Burbank, que le indicó la conveniencia de lograr, sin pérdida de tiempo, una entrevista con Clussig.

Clyde era un periodista que gozaba del privilegio de elegir su trabajo.

Abandonó en seguida el local, llegando en taxi al Starleigh. Inmediatamente ocurrió algo.

Al acercarse al edificio, Clyde se fijó en un hombre que salía de allí. El sujeto caminaba de una manera muy extraña. Clyde vio su rostro a la luz de un farol. Y la visión de aquella cara le hizo detenerse, lleno de asombro.

Como reportero policiaco, Clyde había entrado en estrecho contacto con determinadas figuras del hampa. Como agente de La Sombra también encontró en otras ocasiones a tales personajes.

Clyde casi nunca olvidaba una cara, y aquella le era familiar. Aquella mandíbula cuadrada y las cicatrices de la barbilla eran

inconfundibles.

El hombre a quien Clyde acaba de ver era Spud Jaron, un gangster que había desaparecido hacía algún tiempo. Spud, recordó Clyde, se había enemistado con otros gangsters más influyentes y se decía que había pagado el precio de las indiscreciones.

A pesar de ello, era indudable que el hombre que Clyde acaba de ver era Spud Jaron. El periodista supuso que el bandido trataba de pasar inadvertido y que se hospedaba en uno de los pisos del Starleigh.

En el vestíbulo, Clyde se enfrentó con la segunda sorpresa, al acercarse a la cabina de la telefonista.

En respuesta a su pregunta de si Merle Clussig estaba en casa, la joven replicó inquiriendo si Clyde era un periodista. Cuando ésta hubo respondido afirmativamente, anunciando que trabajaba para el Classic, la telefonista replicó que Merle Clussig no estaba en casa.

En vez de marcharse, Clyde decidió esperar un poco. Pasó el tiempo sin que nadie entrara o saliese. El periodista comenzó a impacientarse.

Sus pensamientos estuvieron más ocupados en Spud Jaron que en Merle Clussig; Pero, al ver que faltaba ya poco para las diez, Clyde decidió que era inútil esperar más tiempo.

El reportero acercóse a la cabina. La telefonista levantó la cabeza y dijo con cierta brusquedad:

—Ya le dije que el señor Clussig no está. No sé cuándo volverá. Seguramente no estará aquí hasta mañana.

—¿De veras? —inquirió Clyde, fijándose en el tono empleado por la joven—. Tenía la sospecha de que se encontraba aquí. ¿Le importaría llamar por el teléfono para asegurarse de si está fuera?

—Sé que está fuera—afirmó la telefonista.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque él me lo dijo. Me informó que se marchaba y que estaría fuera...

—¿En lo que hace referencia a los periodistas?— interrumpió Clyde.

La joven se impacientó. Miró a Clyde y el reportero acogió con una sonrisa su mirada.

—Ya entiendo—dijo—. Debí haberlo comprendido desde el principio. El señor Clussig le encargó que no le llamara por

teléfono, si se presentaba algún periodista, lo cual quiere decir que está fuera, ¿verdad?

—Tengo mis instrucciones, y eso basta—replicó la muchacha.

—¿Expuso el señor Clussig algún motivo que justificara su decisión? —preguntó Clyde—. ¿Dijo por que no quería ver a los periodistas?

—No-admitió la telefonista.

—Eso varía la cosa. Sospecho por qué el señor Clussig no quiere ver a los reporteros. No desea conceder ninguna entrevista. Yo he venido aquí con otro fin. Traigo una proposición comercial que tal vez le interese. Artículos firmados en su nombre. Le conviene verme.

La telefonista vaciló. Clyde recurrió a todos sus más convincentes modales.

—Suponga que llame usted al señor Clussig. Dígale, nada más, que está aquí el señor Burke, y desea hablarle. Puede decirle que vengo del Classic, pero no diga que soy periodista.

—¿Si le llamo estará usted dispuesto a marcharse si él no quiere verle? —preguntó la joven.

—Sí—contestó Clyde.

La telefonista conectó con la habitación de Clussig. Llamó varias veces, pero no recibió contestación. Insistió en la llamada sin obtener mejor resultado. Miró a Clyde llena de perplejidad.

—Debía estar en su piso—dijo—. Me aseguró que no se movería de allí. Sólo insistió en que no quería ver a ningún periodista. Es un hombre muy extraño. Temo... que le haya ocurrido... algo...

—¿Al señor Clussig?

—Sí. Estoy segura de que no ha salido. A los pocos momentos de subir el señor Clussig a su departamento, bajó un hombre de aspecto horrible. Parecía un fantasma. No sé qué vino a hacer aquí.

—¿Parecía inquieto el señor Clussig cuando se separó de usted?

—Sí—declaró la telefonista—. Parecía preocupado. Y ahora no responde a mi llamada. ¿Cree usted...?

Clyde Burke se apresuró a aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

Movió afirmativamente la cabeza y, dirigiéndose a la joven, declaró:

—Sería conveniente asegurarnos de sí el señor Clussig está en su

departamento.

La muchacha abandonó la centralita y entró en la oficina. Regresó acompañada de un hombre viejo, uniformado, sin duda un empleado que hacía las veces de portero y ascensorista. Le estaba explicando lo que ocurría. El portero indicó a Burke que le siguiera y le condujo al ascensor. Juntos subieron hasta el tercer piso.

El portero llamó a la puerta del departamento de Clussig. Al no recibir respuesta alguna, abrió con una llave maestra.

El saloncito fue encontrado desierto. El portero llamó fuertemente a la puerta del cuartito. Nadie contestó. La puerta negóse a ceder al empujarla el hombre.

—Está aquí—afirmó el portero—. La puerta está cerrada por dentro. Ese Clussig es un bicho raro. Quizá le ha ocurrido algo, no quisiera llamar a un policía, pero me parece que no tendré más remedio que hacerlo.

—¿Por qué no a un detective? —interrogó Clyde.

—Eso será mejor—dijo el portero—. Venga.

La guió hasta un departamento desocupado, al otro lado del pasillo, y llamó por teléfono a la joven, pidiéndole que le pusiera en comunicación con la Jefatura de la Policía. Luego, el portero tendió el teléfono a Clyde Burke.

Este reconoció en la voz que respondió a la llamada, a José Cardona, as de los detectives de la Policía de Nueva York.

—Hola, José—dijo Clyde—. Aquí, Burke, del Classic. Estoy en el Starleigh. Vine a entrevistar a un inventor llamado Clussig. Está encerrado en su cuarto y no quiere contestar. Puede que ocurra algo...

Clyde colgó el aparato y volvióse hacia el portero.

—El detective Cardona estará aquí en seguida—dijo—. Entretanto, volvamos a llamar. Puede que nos contesten.

Pasaron muy pocos minutos antes de que José Cardona llegase. El detective no venía solo. Le acompañaba otro agente y un médico. Esto era una demostración de la confianza que José Cardona tenía en el juicio de Clyde Burke. El detective sabía que cuando el reportero presentía algo turbio, no se equivocaba.

—¿En ese cuarto? —inquirió Cardona señalando la cerrada puerta.

—Si—replicó Burke—. Está cerrado por dentro.

Cardona dirigió una meticulosa mirada a su alrededor para estudiar el terreno antes de obrar. Sacó una pequeña porra y golpeó con ella la puerta, sobre la cerradura. Repitió varias veces los golpes, y, al fin, la madera cedió.

Por el agujero, José Cardona metió la mano y descorrió el cerrojo. En el momento en que los demás iban a entrar tras él los contuvo con un ademán.

El cuerpo de Merle Clussig era perfectamente visible. El rostro del inventor estaba vuelto hacia la puerta. Aparecía ennegrecido, y no cabía duda de que Clussig estaba muerto. Al cabo de una breve pausa, Cardona entró en el cuarto y dirigióse a la ventana. Levantó la cortina; luego, para no alterar la posición de la ventana, rompió el cristal dejando entrar una corriente de aire.

El médico acercóse al cuerpo. No se inclinó sobre él hasta asegurarse de que el aire del cuarto se había purificado. Luego comenzó el examen.

—Envenenamiento por monóxido de carbono-declaró.

—¿A causa de estar cerrada la ventana y la puerta? —inquirió Cardona—. ¿Por ese enrarecimiento de aire?

—No-replicó el médico—. No se trata de una muerte por asfixia, producida tan sólo por el agotamiento del oxígeno. El monóxido de carbono ha sido introducido en la habitación.

—He intervenido en algunos casos de suicidios en garajes-dijo Cardona—, pero siempre se han debido a los tubos de escape de los autos. ¿Qué hay, por aquí, que pueda producir el gas éste?

—No lo sé-replicó el doctor—. Este cuarto puede cerrarse casi herméticamente. El monóxido de carbono pudo elevarse del suelo hasta llegar a la víctima.

—Si lo han conducido hasta aquí lo descubriremos-declaró Cardona.

Dejando a su ayudante a cargo de todo, Cardona salió al pasillo. Clyde Burke le acompañó. Desde el vestíbulo, el detective llamó a la Jefatura, pidiendo más hombres. Clyde telefoneó a las oficinas del Classic. Pero antes informó a Burbank de lo ocurrido.

Fue al atravesar el vestíbulo cuando Clyde vio algo que le hizo detenerse en seco.

La escalera inmediata al ascensor estaba tenuemente iluminada. Del último escalón se proyectaba una masa de oscuridad que se

extendía por el suelo.

Aunque aquella mancha permanecía inmóvil. Clyde conocía su significado.

Indicaba la presencia de un ser invisible.

¡La Sombra había llegado!

—¡Burke!

Cardona le llamaba desde la cabina telefónica. Clyde acudió a la llamada del detective. Encontró a José hablando con la telefonista.

—Esta muchacha asegura que un hombre bajó por la escalera pocos minutos después que Clussig hubo subido-anunció Cardona—. Dice que era bajo y musculoso, de mandíbula cuadrada y llena de cicatrices. Tú llegaste poco después. ¿Viste, por casualidad, a algún hombre que responda a la descripción que hace la muchacha?

—Sí-replicó Clyde—. Vi al hombre en la calle. Creo que le reconocí.

—¿Quién era? —inquirió Cardona.

—¿Te acuerdas de Spud Jaron, aquel insignificante gangster que porque tuvo suerte en un par de golpes se imaginó que era un pez gordo?

Clyde hizo una pausa. Cardona sonrió sin duda, no creía que Clyde hubiese acertado.

—Reflexiona bien, Burke-dijo—. A Spud Jaron le dieron el pasaporte. Lo sé por tres conductos distintos. Un pez gordo de verdad hizo que le dieran un paseo, del cual nunca volvió.

—Tal vez me equivoqué, Cardona. Sin embargo, juraría que era Jaron...

—No te critico. La descripción que la muchacha hace de ese hombre concuerda perfectamente con Spud. Pero a Jaron le quitaron el aliento hace mucho tiempo. No me cabe la menor duda.

—Sin embargo, la descripción puede ayudarnos mucho. Hay varios de mis hombres que conocían perfectamente a Jaron, y si encuentran a un pájaro que se parezca a él, tal vez sepamos algo.

Cardona dirigióse al ascensor. Clyde le siguió y al acercarse a la escalera vio desvanecerse la mancha de oscuridad. Comprendió que La Sombra lo había oído todo.

Ascendía lentamente el viejo ascensor. Costó bastante trabajo abrir la puerta.

Cuando Cardona y Clyde salieron, al llegar al tercer piso, el

periodista estaba seguro de que había habido tiempo más que sobrado para que cualquier persona, subiendo a pie, hubiera llegado antes que ellos.

Instintivamente, miró hacia la escalera. De nuevo vió proyectarse una mancha de negrura.

¡La Sombra estaba allí!

Cuando Cardona llegó al cuarto donde yacía el cadáver de Clussig, inició un meticuloso reconocimiento de la estancia. Observó que la puerta encajaba, en el suelo, con un pequeño listón que sobresalía en el umbral. Por lo tanto, nadie hubiera podido introducir nada por debajo de la puerta.

Cardona examinó luego la ventana. El pestillo era fuerte. A través del roto cristal, el detective probó la resistencia de la tela metálica, que aguantó sin ceder.

Cardona salió del cuartito y examinó el salón. La cerradura estaba intacta.

Cuando el detective volvió al centro del saloncito, Clyde miró hacia el pasillo.

Allí el reportero descubrió una inusitada masa de sombras, casi una silueta, que se proyectaba contra la pared. De nuevo el periodista y agente secreto de La Sombra comprendió que su jefe estaba allí.

El moreno rostro de Cardona aparecía sombreado por la preocupación. Miró a Clyde Burke y dijo:

—He aquí lo ocurrido: Clussig entró en su piso. Alguien había entrado antes, pero no cabe duda de que Clussig encontró vacío el lugar. Entró en el cuartito y se encerró en él. Se puso a trabajar y murió envenenado por el monóxido de carbono.

“Pero ese gas no podía estar ahí cuando entró Clussig. Debió de generarse mientras él estaba trabajando. Alguien lo dispuso así. No hay más que una respuesta a semejante problema. El gas debió de ser introducido en el lugar por medio de algún tubo. Esperemos hasta que lleguen mis hombres. Entonces lo descubriremos.

No pasó mucho tiempo antes de que llegaran los detectives. Su aparición fue precedida por un lejano golpe de la puerta del ascensor. Clyde Burke sabía perfectamente que La Sombra se había alejado del pasillo al oír aquel ruido.

Al llegar junto a Cardona, ninguno de los policías dijo haber

visto a nadie.

—Hay que registrar bien esa habitación-explicó Cardona—. Apartad todos los libros, pero dejadlo luego todo tal como lo habéis encontrado.

El cadáver de Clussig fue retirado. Clyde Burke observó lo que se hizo a continuación. El detective Cardona hacía el papel de un inspector en acción.

Llevaba a cabo su trabajo con infalible método. En el curso de una hora, los detectives habían examinado hasta el último milímetro toda la habitación.

Cada objeto fue retirado de su sitio y vuelto a colocar exactamente como estaba antes. Sin embargo, Cardona observaba, decepcionado, el desarrollo de la búsqueda.

—No hemos encontrado nada-dijo, moviendo la cabeza—. Lo único que hemos aclarado es que no hay medio alguno de que el venenoso gas haya sido introducido aquí. Estoy derrotado, Burke...

El detective acercóse a la mesa y arregló unos libros que no estaban exactamente como los viera Cardona al entrar. Al retroceder observó que la papelera estaba de pie junto a la mesa escritorio. La hizo caer, dejándola tal como estaba al morir Clussig.

—Eso es todo-decidió Cardona—. Clyde, para mí es un verdadero misterio la manera que tuvo el monóxido de carbono de llegar hasta aquí.

Haciendo una seña a sus hombres, Cardona salió de la habitación y cuando todos le hubieron imitado, cerró la puerta, corriendo el pestillo por el agujero, tal como lo había descorrido. Luego cerró la puerta que daba al corredor, y todos juntos se alejaron.

Antes de seguirles, el periodista dirigió una rápida mirada al final del pasillo. Nuevamente imaginó ver un acentuamiento de las tinieblas, indicio de la presencia de un ser espectral.

El misterio había rodeado la muerte de Merle Clussig. Clyde Burke presencié la minuciosa investigación para hallar el conducto de entrada del mortífero gas. Como Cardona, el reportero estaba desconcertado. Sin embargo, Clyde sabía algo que el detective ignoraba.

Durante toda la ineficaz búsqueda, unos ojos invisibles habían estado observando a la policía. Si ciertas huellas podían escapar a la

investigación de los más agudos policías, en cambio no podían burlar a aquel súper detective conocido por La Sombra.

El cuarto de la muerte estaba vacío. Todo había sido colocado como al entrar Cardona y Clyde. La Sombra presenció la investigación; ahora le tocaba a La Sombra iniciar su propia pesquisa.

El crimen había descargado su golpe aquella noche. Clyde Burke confiaba en que La Sombra, saliendo de la oscuridad, encontraría un punto de partida para luchar contra el sinuoso cerebro que de tal manera dispuso la muerte de Merle Clussig.

CAPÍTULO V

EL DESCUBRIMIENTO DE LA SOMBRA

POCO después que Clyde Burke se hubo marchado con los detectives, una sombra se deslizó desde el fondo del pasillo hasta la puerta del departamento de Merle Clussig. La elevada figura de La Sombra se hizo visible.

Pareció brotar de la oscuridad como una figura materializada. Aun a plena luz, el aspecto de La Sombra bordeaba lo increíble.

Un ser vestido completamente de negro, cuyo rostro quedaba velado por el ala de un gran sombrero; un personaje cuyas manos estaban enfundadas en unos guantes también negros. La Sombra aparecía sólo como una masa de oscuridad con forma humana.

La negra capa se agitaba a medida que iba avanzando. El rojo forro aparecía de cuando en cuando. La Sombra se inclinó ante la puerta del departamento.

Sonó un chasquido metálico y la puerta se abrió. La negra forma deslizóse a través de ella. Luego, la puerta se cerró.

Una vez dentro del piso de la muerte, La Sombra sacó una linterna eléctrica.

Un círculo de luz, del tamaño de una moneda, deslizóse hacia la habitación donde Merle Clussig había muerto.

La mano derecha de La Sombra penetró por la abertura y recorrió el cerrojo. Unos segundos más tarde, el misterioso investigador se encontró en la otra habitación.

La luz, vacilando intermitentemente, recorrió toda la estancia. Unos agudos ojos miraban desde la oscuridad estudiando los diversos lugares donde los detectives llevaron a cabo su investigación.

El brillante rayo se fijó sobre la mesa y luego en la silla donde

Merle Clussig estaba sentado al morir.

Una breve inspección le bastó a La Sombra para convencerse de que la busca de Cardona fue muy minuciosa. Si algún tubo o un tanque habían sido empleados para la expansión del mortífero gas, los detectives lo hubieran descubierto.

El propósito de La Sombra era resolver el problema y descubrir si los autores de la muerte de Merle Clussig habían descubierto algún ingenioso medio de introducir hasta allí el gas o si había encontrado algún increíble sistema de ocultación de los conductos.

La linterna siguió iluminado la mesa. Cardona la había hecho desmontar pieza por pieza, sin descubrir nada dentro de ella. Sin embargo, al hacer esto, el detective siguió el mismo razonamiento que ahora seguía La Sombra.

Cuanto más cerca de la víctima estuviera la salida del gas, más rápidamente obraría éste su efecto. Con este hecho ante la vista, La Sombra comenzó un metódico examen del sitio donde había estado Clussig.

El fino haz de luz brilló sobre el teléfono, pasó luego sobre la superficie de la mesa, se posó después en una silla y, por fin, debajo del escritorio.

Allí reveló la presencia de la caída papelera. Una mano enguantada de negro apareció dentro del circuito de luz. La Sombra sacó la papelera de donde estaba.

Era de metal corriente sin que existiera posibilidad de ocultos compartimentos. Las paredes de la papelera eran sólidas.

Mientras examinaba la papelera, la aguda mirada buscaba algo que José Cardona no había notado. Las paredes interiores de la papelera estaban ligeramente teñidas de negro.

Los ojos de La Sombra estudiaron la evidencia que se ofrecía ante ellos. Era imposible creer que una papelera abierta pudiera haber contenido una gran cantidad de monóxido de carbono.

Allí no había nada que pudiese contener el mortífero gas. No obstante, la risa que brotó de los ocultos labios indicaba una súbita comprensión.

La linterna desapreció. La papelera hizo un ruido metálico al ser colocada de nuevo debajo la mesa. Un ligero susurro fue el único sonido que indicó la salida de La Sombra.

¿Sería de algún valor lo descubierto por La Sombra? Sólo La

Sombra lo sabía. Su prodigiosa inteligencia adivinó el sistema que se utilizara para matar tan eficazmente a Merle Clussig.

Algún tiempo más tarde, oyóse un chasquido en una oscura habitación. Una azulada luz brilló sobre la pulida superficie de una mesa. Las manos de La Sombra, ya sin guantes, aparecieron bajo la luz. En el dedo medio de la mano izquierda brillaba una misteriosa gema de cambiante color.

Aquella piedra, un ópalo de fuego de valor inapreciable, era el símbolo de La Sombra. Era una joya extraordinaria conocida por el nombre de girasol... el único adorno que llevaba La Sombra.

Las manos de La Sombra parecían gozar de vida independiente mientras se movían sobre la mesa. Los largos dedos sacaron una pluma y con una tinta de vivido color azul escribieron sobre una hoja de papel.

Los pensamientos de La Sombra aparecieron trasladados al papel... desvaneciéndose a los pocos momentos, después de ser estudiados.

Metódicamente, La Sombra describía cómo fue asesinado Merle Clussig. Su exposición evidenciaba el hecho de que una trampa de muerte había sido tendida al mago de la electricidad.

Alguien, un desconocido, tendió una maravillosa trampa a Clussig, y tan eficazmente se llevó a cabo el trabajo que no quedó ni una sola pista para la policía.

La mano de La Sombra escribió un nombre: el mismo que Clyde Burke comunicó a Cardona. El de Spud Jaron, el gangster que según afirmaba el detective estaba muerto.

Una leve carcajada brotó de los labios de La Sombra mientras el nombre se desvanecía.

José Cardona estaba enterado de muchas de las cosas que ocurrían en el mundo del hampa. Sin embargo. La Sombra sabía mucho más que él.

Escuchó la conversación entre Cardona, Burke y la telefonista. Pero hubiese podido explicar perfectamente lo que en realidad ocurrió en el reino de los gangsters.

Con rápidos rasgos, La Sombra preparó una carta escrita en clave. Al secarse la tinta dobló la hoja de papel y la metió en un sobre.

Con otra pluma, una vez sumergida en una tina menos azul, La

Sombra escribió en el sobrescrito:

Clifford Marsland

El sobre contenía un mensaje que desaparecería en cuanto la persona a quien iba dirigido lo leyese. Era una carta para Cliff Marsland, el agente de La Sombra que operaba entre el hampa.

A través de Cliff, un trabajador inteligente, que era aceptado por los criminales como uno de los suyos, La Sombra se enteraría de todos los detalles referentes a la suerte de Spud Jaron.

La segunda carta que La Sombra escribió era para Clyde Burke. En ella no se mencionaba el nombre de Spud Jaron. En lugar de ello se indicaban diversas medidas que el periodista, mediante su asociación con el Classic, debía llevar a cabo.

Una vez más La Sombra se había adelantado a José Cardona. El detective abandonó el departamento de Clussig con sospechas de tubos ocultos y artificios mecánicos. La Sombra había ido directamente a la causa. Sus instrucciones a Clyde Burke eran que tomara nota de todos los experimentos que se habían hecho con monóxido de carbono.

La Sombra sabía que estaba enfrentándose con un cerebro extraordinario, que se valía de algo más que de artificios mecánicos.

La muerte de Clussig por medio del monóxido de carbono significaba que con aquella muerte se encontraba relacionado alguien muy conocedor de las posibilidades del gas elegido para descargar la muerte.

Cualquier persona hubiese podido introducir el gas en aquella habitación cerrada, valiéndose de algún sistema mecánico, pero la persona que colocó el gas allí sin valerse de tubos ni nada parecido, era indudable que poseía extensos conocimientos de las cualidades químicas del monóxido de carbono.

¿Por qué buscó Merle Clussig la publicidad? ¿Por qué fue asesinado? ¿Cómo pudo estar tranquilo mientras le amenazaba la muerte?

Estas eran las preguntas con las cuales se enfrentaba ahora La Sombra. El genio de la deducción seguían trabajando en la obscuridad.

Había adivinado que el descontento movió a Clussig a conceder una entrevista a los periodistas. Pero no existía clave alguna que hiciera sospechar el motivo de tal descontento.

¿Qué papel había desempeñado en todo aquello el desconocido en quien Clyde Burke creyó reconocer a Spud Jaron?

La Sombra sospechaba que la trampa fue tendida por aquel hombre. No obstante, todo el plan hacía adivinar un cerebro privilegiado en el fondo.

El misterio de un gangster a quien se suponía muerto y que aparecía en las proximidades del lugar del crimen indicaba también la presencia de una inteligencia genial.

La risa hueca de La Sombra sonó más allá del círculo de luz. Allí había una inteligencia que trataba de que la muerte de Merle Clussig, pudiera parecer un accidente fortuito. Pero La Sombra no ignoraba que el desconocido inventor no era más que un eslabón de una cadena mucho más larga.

En lo que hacía relación a los inventos, los súper criminales podían obtener grandes beneficios, apoderándose de ellos. En todas sus guerras contra el crimen, La Sombra se había enfrentado con las más asombrosas situaciones, cuando en la lucha habíase enfrentado con hombres de ciencia.

A los pistoleros podía hacérseles frente a tiros, pero a los asesinos más sutiles había que oponer otras medidas.

Aquella noche, La Sombra se hallaba en el umbral de asombrosas aventuras.

Sabía perfectamente que nuevos e inesperados sucesos eran de esperar, y que el drama de la vida y la muerte apenas se había iniciado.

La eliminación de Merle Clussig no era más que el preludio de otros atentados que tendrían lugar en breve. La estrategia sería esencial, la rapidez de acción, necesaria. Podían sucederse otras muertes antes de que La Sombra pudiera intervenir, sin embargo, cuando el genio de la lucha contra el crimen hubiese adivinado algo de la verdad, podría impedir la sucesión de asesinatos.

Las manos de La Sombra metieron los dos sobres en uno más grande. Sobre éste La Sombra escribió la dirección de Rutledge Mann. Mediante el agente de enlace a la mañana siguiente serían entregados los mensajes para Cliff Marsland y Clyde Burke.

La luz azulada se apagó. La risa de La Sombra resonó en la oscuridad. No era de burla ni de alegría. Aquella risa era una nota de la misteriosa seguridad de la lucha futura.

Las paredes devolvieron fantasmales ecos de aquella risa, que se fueron apagando hasta morir los últimos ecos. Luego, el silencio más completo reinó en el santuario de La Sombra.

Poco después, Stanley, el chofer de Lamont Cranston, se sobresaltó al oír la voz de su jefe que le hablaba desde el asiento trasero del auto.

Este se hallaba estacionado en una calle lateral, cercana a Times Square.

Stanley, entretenido en la contemplación de los transeúntes, no vio ni oyó entrar a su amo en el coche.

A casa, Stanley-ordenó Lamont Cranston.

El chofer creyó percibir una nota de aburrimiento. Sin duda, Lamont Cranston no encontró nada divertido en Manhattan.

Stanley estaba muy lejos de sospechar que era el chofer de La Sombra, el amo de la noche, que había descubierto ya los principales detalles de un crimen, que a la mañana siguiente emocionaría a todo Nueva York, cuando se leyera el emocionante artículo que Clyde Burke había escrito acerca de sus desconcertantes detalles.

CAPÍTULO VI

VELDON SONRIE DE NUEVO

ERIC Veldon estaba sentado en uno de los reservados del Hotel Garonne.

Habían transcurrido, exactamente, veinticuatro horas desde que cenara con Merle Clussig. Era curioso que Veldon hubiese acudido a la cita con el inventor.

Un periódico aparecía extendido ante él. En él había otro relato acerca de Merle Clussig. Aquella noche, el nombre del inventor aparecía en las cabeceras de todos los periódicos. Su muerte había causado verdadera sensación.

Una malévola sonrisa se inició en los labios de Veldon que parecía encontrar un cínico goce en el informe que estaba leyendo. Sólo una vez se desvaneció su sonrisa.

Fue cuando llegó al punto en que se declaraba que poco antes de la llegada de Merle Clussig a los Starleigh Apartment, se había visto salir de ellos un hombre.

El hecho de que la policía creyese estar en condiciones de identificar al desconocido, y el que asociaran a éste con el bajo mundo, pareció disgustar a Veldon.

Pero cuando terminó el breve relato, la sonrisa volvía a brillar en los labios de Veldon. No se mencionaba ningún nombre en relación con el hombre que se vio salir del edificio.

Unos pasos sonaron en el suelo de mosaicos. Veldon levantó la cabeza, encontrándose ante un hombre de rostro impassible, que se había detenido junto a su mesa.

Borrando su sonrisa, Veldon indicó al recién llegado que se sentara. El otro obedeció. Ocupó el mismo asiento en que se sentara Merle Clussig la noche antes.

—Buenas noches, Dustin-saludó Veldon—. Me alegro de que hayas llegado puntual. Tengo que hablar contigo de cosas muy importantes.

—Ya lo supongo-replicó el llamado Dustin—. Parecías muy inquieto cuando me telefoneaste.

Veldon dejó a un lado el periódico. Observó que su compañero miraba hacia las hojas impresas. Veldon estudió, lentamente, a Dustin. Sospechó una idea extraña en el cerebro del otro. Decidió poner a prueba su opinión.

—¿Te has enterado ya del asesinato de Clussig? —interrogó Veldon.

—Sí-replicó Dustin—. No me gusta.

—Lo comprendo. Demuestra que alguien se ha apropiado de una de las ideas originales de Wycroft Dustin.

—¿Una de sus ideas?— replicó Dustin.

—Sí-continuó, suavemente, Veldon—. ¿Recuerdas el hielo seco que fabricabas con monóxido de carbón? A no ser por tu sugerencia, jamás se me hubiese ocurrido.

—Pero tú llevaste a cabo el experimento y, por lo tanto, mereces el honor de la innovación. Ha sido una de tus contribuciones a las investigaciones químicas.

El rostro de Wycroft Dustin se ensombreció. Aquel hombre era muy distinto de Merle Clussig. Parecía mucho más práctico que el asesinado inventor aunque en su rostro se advertía la plácida expresión, típica del investigador profesional.

—No discutamos por ello, Veldon-declaró Dustin—. Tú me hablaste acerca de mis experimentos para neutralizar los efectos del monóxido de carbono. Me sugeriste que tal vez fuera posible hacer hielo seco (que contiene el inofensivo dióxido de carbono) con un gas mortífero, sobre todo con monóxido de carbono.

“Desarrollé debidamente la idea, con el sólo fin de tener a mano monóxido de carbono para mis experimentos neutralizadores. El nuevo hielo fue un éxito... demasiado éxito. Su evaporación producía mucho más monóxido de carbono de lo que yo había supuesto. No volví a repetir el experimento, pero te entregué la fórmula.

—Sí, es cierto-replicó, pensativo, Veldon—. Lo había olvidado. ¿Sabes, Dustin, que a ese Clussig tal vez lo hayan asesinado

valiéndose de ese medio?

—Desde luego. Las noticias de los periódicos me alarmaron. No le hubiera sido imposible a aquel misterioso visitante dejar en casa de Clussig una cantidad de hielo seco hecho con monóxido de carbono. Hace unas horas, tan sólo, leí las noticias. Pensé en informar a la policía acerca de mis sospechas.

—Muy bien pensado.

—Sí, pero luego empecé a reflexionar, me di cuenta de que era el experimentador que había ideado ese hielo y tuve miedo de que la policía me asociase con el crimen. Me he estado preguntando, Veldon, si tú conocías, por casualidad, a ese Clussig.

—Hasta hoy, jamás había oído pronunciar su nombre.

—Me alegro de que sea así-dijo Dustin, con acento de alivio—. Sé que patrocinas diversos inventos, y pensé que no era imposible que conocieras o estuvieses relacionado con ese Clussig.

Hubo una breve pausa durante la cual Veldon movió nuevamente la cabeza.

Luego, Dustin volvió a hablar con acento preocupado.

—Siempre te has mostrado interesado en mis peligrosos inventos. El gas sedante, que produce tan peligrosos efectos; el polvo que genera un vapor letal; ese hielo seco de monóxido de carbono... Tienes todas las fórmulas...

—Olvídalo-le interrumpió Veldon—. Lo que yo deseo, Dustin, es apoyar tu neutralizador. Imagina el dinero que obtendríamos si todos los garajes lo adquirieran para extraer los peligrosos vapores de monóxido de carbono que emanan de los tubos de escape. Conseguiría que importantes hombres de negocios se interesaran por ello.

—Estoy esperando obtener grandes resultados-dijo Dustin, entusiasmándose—. Mis pruebas con cloridio de paladium me han permitido ya una medición exacta del ácido carbónico que se encuentra en la atmósfera de una habitación. Pero en lo del agente neutralizador estoy algo retrasado.

“He seguido el método antiguo utilizado para purificar el aire sobrecargado de monóxido de carbono, utilizando el dióxido de carbono, el peróxido de sodio, que posee la calidad absorbente que da una equivalencia de oxígeno puro. Pero el monóxido de carbono es insidioso. Su neutralización debe llevarse a cabo con cierta...

—Sí, ya entiendo-le interrumpió Veldon—. Lo que yo deseo es saber lo que has conseguido. Creo que lograré una provechosa ayuda económica. ¿Podrías hacer esta noche un experimento especial?

—¿Con qué fin?

—Para asegurarnos, por medio de cálculos exactos, de los resultados a que has llegado en la neutralización del monóxido de carbono.

—Puedo hacerlo-asintió Dustin—. He estudiado dos medios. Uno de ellos consiste en eliminar el ácido carbónico mediante la reposición de una cantidad equivalente de oxígeno puro. El otro consiste en sobrecargar el monóxido de carbono con una parte de oxígeno, produciendo así dióxido de carbono, el cual, no teniendo propiedades venenosas, resultaría inofensivo, a menos de hallarse en grandes cantidades.

—Esta noche lleva a cabo todos los experimentos y entrégame los resultados a que llegues-indicó Veldon—. ¿Puedes volver esta noche a tu laboratorio?

—Perfectamente.

La conversación terminó mientras los dos hombres encargaban la cena.

Wycroft Dustin ignoraba por completo que Eric Veldon había cenado allí, la noche anterior, con Merle Clussig. Existía una extraña similitud entre ambas ocasiones.

En cada una de ellas Veldon actuó de anfitrión, también indicó a sus invitados la conveniencia de hacer determinados trabajos durante la noche.

Dustin volvió a hablar de Clussig. La muerte del inventor no se apartaba de su mente.

—Debo hablar con la policía-declaró—. Creo que es mi deber. Imagina, Veldon, que en aquella habitación se hubiese metido hielo fabricado con monóxido de carbono.

—Tal vez tengas razón, Dustin. Pero vale más que lo dejemos para mañana. Podemos cenar juntos a la misma hora que hoy. Podremos hablar de tus experimentos. Una vez aclarado eso podemos, si quieres, discutir acerca de la muerte de Clussig.

—Observo que los detectives buscaban tubos a conductos por donde el gas pudiera haber sido introducido allí-insistió Dustin—.

No encontraron ninguno, Veldon. Eso me demuestra que alguien ha repetido mi ensayo. Piensa que el hielo pudo ser llevado en una bolsa de goma...

—Pareces tener imaginación de criminal—rió Veldon.

La última palabra sobresaltó a Dustin. De pronto, el inventor se dio cuenta de que había descubierto un producto que podía permitir a los criminales actuar con gran eficacia y burlar, al mismo tiempo, a la policía.

El silencio persistió durante el resto de la cena. Dustin seguía preocupado.

Cuando hubieron terminado, el investigador se levantó y, muy preocupado, salió del hotel, al lado de Veldon, separándose a la puerta del mismo.

—Debes ir directamente a tu laboratorio—recordó a Veldon.

—Sí —prometió Dustin—. Nos encontraremos aquí mañana por la noche.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Wycroft Dustin subió a un taxi y ordenó al chofer que le condujera a su destino.

Eric Veldon volvió a entrar en el hotel y desde una de las cabinas telefónicas llamó a determinado número. Cuando hubo terminado, su rostro resplandecía, iluminado por su maligna sonrisa.

Como la noche anterior, Eric Veldon habíase cubierto con la máscara de la amistad. Veinticuatro horas habían transcurrido desde que su horrenda sonrisa predijo la muerte de Merle Clussig. Aquella noche, la misma sonrisa anunciaba el fin de Wycroft Dustin.

CAPÍTULO VII

LA SOMBRA SE ENTERA

UNA sola luz brillaba en la habitación cuadrada. Sus rayos luminosos eran rechazados por las paredes de intensa negrura. Incluso el suelo tenía el aspecto de ébano pulido. Los muebles eran todos de la misma tonalidad.

De pie en aquella habitación, tan inmóvil que parecía formar parte de la oscuridad, se encontraba La Sombra. Vestido, como de costumbre, de negro, parecía una amenazadora estatua.

Hasta que sus enguantadas manos aparecieron por entre los pliegues de la capa, La Sombra no se convirtió en un objeto viviente.

Los guantes que llevaba La Sombra eran de goma. El genial investigador se encontraba en su laboratorio privado. Ante él, sobre una mesa, veíase una brillante y negra caja. La Sombra la abrió. Su acción reveló lo que parecía ser un bloque de hielo.

De él ascendió, en espirales, un tenue vapor. Junto a la caja veíase un calentador con un termómetro unido a él.

Estableciendo la temperatura que había reinado en la habitación de Clussig, La Sombra conservaba la evaporación de un bloque de hielo seco.

El maravilloso investigador había acertado con la verdad. El hielo seco que utilizaba era inofensivo, pero mediante el estudio de sus efectos, La Sombra comprendía lo que ocurrió en la habitación de Merle Clussig, donde, sin duda alguna, se emplearon cristales de monóxido de carbono.

El vapor de la caja mostraba una gran emisión de gases. En la debida proporción, una papelera llena de hielo seco, preparado con gas mortífero, podía haber producido fácilmente la muerte de Merle

Clussig.

La Sombra comprobaba la posibilidad de semejante teoría.

Una luz brilló en la pared. La Sombra acercóse a ella y recogió unos auriculares que yacían, casi invisibles, sobre la oscura mesa. La Sombra habló en voz baja, casi un susurro. Una voz familiar llegó desde el otro extremo del hilo.

—Burbank al habla.

—Informe.

—Comunicación de Burke. Ha localizado un inventor que está haciendo experimentos acerca de la neutralización química del monóxido de carbono.

—Su nombre.

—Wycroft Dustin.

—Teléfono.

—No está en el listín.

El susurro de La Sombra se hizo persistente. El misterioso ser daba órdenes precisas a Burbank. Terminado esto, La Sombra dejó los auriculares donde estaban antes.

La luz se apagó. Con las enguantadas manos, La Sombra levantó la caja negra para observar el curso de la evaporación.

Indudablemente, La Sombra había ya llegado a la causa de la muerte de Merle Clussig. Había dado un paso enorme en el camino de la deducción; pero aun no había ido más allá de este descubrimiento.

Merle Clussig había sido asesinado por el mortífero monóxido de carbono, condensado en forma de hielo seco, cuya evaporación generó los vapores que debían acabar con la vida del inventor. Sólo un químico muy experto hubiera podido preparar la sustancia aquella.

Por lo tanto, había que buscar al asesino en un químico. Y ese químico, según las investigaciones de Burke, podía ser Wycroft Dustin.

Pero se tenían aún pocas pruebas que pudieran hacer creer a Dustin culpable de semejante delito. Y nada podía saber La Sombra de Eric Veldon y su relación con el caso.

Por lo tanto, lógicamente Wycroft Dustin podía ser considerado responsable de la muerte de Merle Clussig, pero no podía imaginar, ni siquiera La Sombra, que su propia vida estuviese en peligro.

Pasó algún tiempo. La luz volvió a brillar en la pared. La mirada de La Sombra abandonó la caja, donde el hielo casi se había evaporado por completo. Luego, el misterioso investigador llevóse los auriculares a los oídos. Hasta él llegó la voz de Burbank.

—He conseguido telefonar con el laboratorio de Wycroft Dustin—dijo—. El laboratorio está abierto. En él se encuentra su ayudante. Espera a Dustin dentro de una hora. Le he dicho que telefonee al número de costumbre.

La Sombra dejó sobre la mesa los auriculares. La luz se apagó. Durante varios minutos, La Sombra permaneció sumido en hondas meditaciones.

Burbank había llamado al laboratorio de Wycroft Dustin. Dejó un número para que contestara. Aquel número era el de una cabina de la estación Grand Central. Colocado en lugar próximo, Burbank vigilaba aquella cabina.

Una llamada a aquella cabina indicaría el regreso de Wycroft Dustin a su laboratorio.

Burbank no respondería a aquella llamada. Nadie contestaría a ella. Las llamadas a las cabinas de los teléfonos públicos de una gran estación no son contestadas por nadie. Pero Burbank anunciaría inmediatamente a La Sombra que Dustin había regresado a su laboratorio.

Aunque Dustin se enterase de dónde estaba localizado el número que su ayudante le entregara, no podría descubrir nada. La Sombra había empleado más de una vez aquel subterfugio, que siempre le dio muy excelentes resultados.

Pero La Sombra no pensaba en Burbank. Su agudo cerebro estaba ocupado en una nueva pista. Pensaba en Wycroft Dustin, como perpetrador del crimen, y establecía un paralelo entre él y Merle Clussig.

Clussig era un inventor. Dustin era un experimentador. La noche anterior, Clussig había marchado a su casa para redactar una lista de sus inventos.

Aquella noche Dustin iba a regresar a su laboratorio, sin duda, para trabajar en él.

¿Existía alguna conexión entre aquellos similares comportamientos? La Sombra se contestó afirmativamente. Presintió la posibilidad de que un nuevo crimen estuviera a punto

de cometerse.

Cuando La Sombra se sentía dominado por tal sospecha, empleaba siempre el mismo método... la acción inmediata.

Se quitó los guantes de goma. El girasol centelleó. Unos ojos que brillaban con no menos fuerza que la gema, miraron hacia la pared. Entretanto, La Sombra se ponía otro par de guantes.

Rápidamente, La Sombra dirigióse al final del laboratorio. Su elevada figura era una acentuación de las tinieblas. Luego, la mano de La Sombra movió un interruptor y el laboratorio quedó sumido en profunda oscuridad.

El eco de una carcajada resonó dentro del cuarto. No había alegría en aquella extraña risa. La Sombra recibió junto con el informe de Burbank la dirección del laboratorio de Wycroft. El ayudante había dicho que esperaba a su jefe dentro de una hora. A La Sombra le quedaba el tiempo justo de llegar antes que Dustin.

Hasta unos minutos antes, La Sombra había estado buscando a un criminal.

Ahora había cambiado de propósito. Su intuitivo cerebro acababa de establecer un paralelo entre ambos casos. La misión de La Sombra era ahora impedir que el crimen descargara de nuevo su golpe.

Aunque no tenía ninguna prueba contra el oculto asesino, La Sombra sabía que otra víctima había caído en las finas garras del criminal.

Merle Clussig había muerto; ¡las fauces del crimen se abrían contra Wycroft Dustin!

CAPÍTULO VIII

LA MUERTE VUELVE A TRIUNFAR

UN taxi se detuvo frente a una vieja casa próxima a la Décima Avenida.

Wycroft Dustin descendió, pagó al chofer y entró en un oscuro portal. El suelo de la planta baja parecía muy viejo, pero, en cambio, el primer piso ofrecía un aspecto totalmente distinto.

Todo allí era moderno y escogido. Wycroft Dustin eligió aquel lugar para la instalación de su laboratorio de ensayos. No ahorró gasto alguno para arreglarlo de acuerdo con sus necesidades.

En el primer cuarto en que entró, halló Dustin un hombrecillo de rostro aguileño, cubierto con una blanca bata. Era Garfield, el ayudante de Dustin.

El hombrecillo le miró lleno de sorpresa.

—No le esperaba tan pronto-dijo—. Aseguré que no volvería hasta después de las nueve y media.

—Cambié de idea, Garfield-replicó el químico—. ¿Ha ocurrido algo durante mi ausencia?

El ayudante dirigió una mirada al reloj que colgaba de la pared. Señalaba las ocho y media.

—Hace unos diez minutos le llamaron por teléfono-dijo.

—¿Quién?

—No sé. Dejaron un número para que usted pudiera contestar en seguida que llegase.

—Llámelo, Garfield. Luego avíseme y hablaré con esa persona. ¿Algo más?

—Nada importante. Vino un hombre a recoger las botellas y los frascos vacíos. Le ayudé a meterlos en el saco que traía. Por cierto que era un tipo muy extraño. Me hizo estremecer. Tenía la

mandíbula completamente cuadrada, y los ojos...

—Ahorre los detalles. Llame al número ese. Empezaré a trabajar en seguida en el otro laboratorio.

El químico cruzó una puerta y se detuvo junto a una gran mesa que estaba como empotrada en una especie de alcoba. De las paredes y del techo sobresalían numerosas lámparas eléctricas.

Wycroft Dustin las encendió una a una. Dos de ellas no ese encendieron.

Dustin no les prestó ninguna atención. Había luz más que suficiente.

Aquél era el lugar elegido por Wycroft Dustin. En aquella mesa realizaba todos sus experimentos.

Las brillantes lámparas irradiaban bastante calor. A Dustin este detalle no le importaba. Estaba acostumbrado a él. La iluminación de aquella estancia hubiera podido competir con la de un estudio cinematográfico.

Los elementos para los últimos ensayos estaban dispuestos sobre la mesa.

Mientras empezaba a preparar los aparatos, Wycroft Dustin recordó que una vez había trabajado allí en presencia de Eric Veldon, que le felicitó por lo bien montado que tenía el laboratorio.

Todo cuanto necesitaba ahora Dustin eran unos tanques de gas comprimido que guardaba en una habitación inmediata. Más tarde Garfield podría traérselos. De momento debía atender a detalles preliminares.

Dustin preparó una línea de tubos de ensayo. Examinó un vaporizador y lo encontró obstruido. Mientras lo limpiaba entró Garfield.

—He llamado a aquel número y no contesta.

—Pruebe más tarde.

Garfield se retiró. Dustin terminó de trabajar en el vaporizador. El químico estaba desconcertado. Garfield no debía haber dejado que aquel aparato permaneciera estropeado.

Sin duda, el ayudante descuidó una de las tareas que le habían sido señaladas.

Wycroft Dustin se enjugó la frente. El calor se hacía excesivo. El químico apagó dos de las bombillas, siendo así cuatro las apagadas.

Aquel calor era extraño. Nunca lo había experimentado. Pero

con cuatro bombillas apagadas, seguramente descendería.

En el momento en que el químico alargó la mano hacia un mechero, sintió que todo el cuerpo le temblaba y tuvo que agarrarse a la mesa. El cerebro le ardía.

Dustin se sintió incapacitado para hacer el menor movimiento. Quiso mover una mano y tiró al suelo dos frascos. El ruido que hicieron al caer, atrajo a Garfield.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó.

Dustin cayó en brazos de su ayudante y al llegar al centro del laboratorio, el químico cayó al suelo, resbalando de los brazos de Garfield.

El ayudante miró el rostro de su jefe. Este tenía la mirada fija y el rostro perlado de sudor. Los labios estaban secos y apergaminados.

—Agua...—susurró.

Garfield corrió a buscar un vaso de agua, que llevó a los labios de Dustin.

Este tosió al tragar el líquido.

—¡Más! —dijo.

Garfield trajo otro vaso. Dustin tembló al tratar de llevárselo a los labios y la mitad del agua le cayó por la cara. Casi tendido en el suelo, Dustin jadeaba, mirando con ojos vidriosos a su ayudante.

—¿Está usted enfermo? —preguntó Garfield.

El químico no replicó. Al respirar producía un sonido sibilante.

Comprendiendo que nada podía hacer en ayuda de su jefe, Garfield corrió a la otra habitación y descolgó el teléfono.

Al elegir aquella casa, Wycroft Dustin trabó amistad con un médico que vivía a poca distancia. Garfield le llamó y el doctor prometió acudir en seguida.

Garfield regresó junto a Wycroft Dustin. Hizo por él todo cuanto supo.

Colocó un almohadón bajo su cabeza. Dustin parecía estar en la agonía. Sus resecos labios sólo murmuraban:

—Me quemo... Me quemo...— y Garfield notaba el intenso calor que emanaba del cuerpo de su jefe.

Trajo más agua. Dustin estaba ya demasiado débil para sostener el vaso.

Tenía dilatadas las pupilas. Su mirada estaba fija en el techo,

como contemplando extrañas y terribles fantasías.

Un rumor de pasos hizo que Garfield volviera la cabeza. Reconoció al médico a quien había llamado. El hombre no había perdido un momento.

Arrodillóse junto a Dustin y posó una mano en su frente. En el rostro del doctor se pintó un vivo asombro.

¡Es increíble! —exclamó—. ¡Jamás había observado una fiebre tan altísima!

Un ronco alarido brotó de los labios de Wycroft Dustin. El químico trató de hundir las uñas en el suelo. Haciendo un terrible esfuerzo, se incorporó.

Dirigió una mirada de espanto a los hombres que estaban a su lado. Si duda, le parecían demonios. Luego, con un espasmo de agonía, cayó pesadamente y no volvió a moverse.

El médico se inclinó sobre el cuerpo de su amigo. Garfield le observaba ansiosamente, y preguntó:

—¿Es una buena señal, doctor? ¿Podemos llevarlo al hospital?

El médico levantó la cabeza.

—No podemos hacer ya nada-dijo—. Ha muerto.

—¿Muerto? —Garfield miraba lleno de asombro al médico. Mientras los dos hombres que acaban de ser testigos de la muerte del químico se miraban en silencio, ninguno pensó en volverse hacia la puerta. Por ello no vieron el extraño fenómeno que ocurrió allí.

Una figura había aparecido en el umbral. Alta, negra y espectral; llegó en el preciso instante en que Dustin caía al suelo.

Si el médico o el ayudante hubieran visto aquella figura, la hubiesen tomado por un monstruo de otro mundo, que acudía a ver morir a un ser humano.

Silenciosamente, La Sombra había llegado a su punto de destino. Había intentado salvar la vida de Wycroft Dustin; pero sólo llegó a tiempo de ser testigo de su muerte.

Dustin regresó con una hora de anticipación y por ello, antes de que La Sombra pudiese auxiliarle, había caído en la trampa que le fue tendida.

El misterioso personaje permaneció inmóvil, examinándolo todo atentamente. El laboratorio, las luces, la mesa. De sus labios no brotó ninguna carcajada. La Sombra buscaba una explicación de la

súbita muerte de Wycroft Dustin.

Como en la noche anterior, cuando la investigación hubiese terminado, La Sombra entraría en acción para buscar las huellas que pudiesen haber escapado a José Cardona.

CAPÍTULO IX

LAS PRUEBAS SE ENLAZAN

EL detective José Cardona llegó al lugar del suceso. En aquel momento, allí en el laboratorio privado de Dustin, examinaba el cadáver y a los dos seres vivientes con quienes estaba hablando.

—¿Cuál es su opinión, doctor Gregory? —preguntó, dirigiéndose al médico que fue testigo de la muerte de Dustin.

—Pues que Wycroft murió de fiebre— replicó el doctor—. Es el caso más extraordinario que he presenciado. No tuve tiempo de tomarle la temperatura, pero los síntomas eran inconfundibles.

El forense que llegó acompañando a Cardona expresó su opinión, que era la misma que la del doctor Gregory. El detective pareció desconcertado.

—Entonces... se trata de una muerte natural.

—Sí, natural—replicó Gregory—. Pero casi increíble. No puedo comprender cómo Dustin, llegó a una temperatura tan elevada en tan poco tiempo.

—¿Parecía enfermo cuando entró? —inquirió Cardona, dirigiéndose a Garfield.

—No—replicó éste—. Parecía algo preocupado, pero nada más. Le estaba hablando del traperero que vino a llevarse las botellas y frascos vacíos y en el momento que les describía al tipo aquel me interrumpió.

Como Dustin, Cardona no parecía sentir ningún interés por el hombre que se llevó las botellas. El detective tenía la mirada fija en la especie de alcoba donde estaba la mesa de trabajo, y se fijó en las brillantes luces.

Fue hacia allí y se detuvo junto a la mesa.

—Hace mucho calor aquí—fue su comentario—. ¿Cree usted que

todas estas luces pueden haber producido algún efecto en Dustin?

—No, a menos que su temperatura fuese ya elevada-replicó Gregory—. El excesivo calor pudo contribuir a su malestar; pero no pudo producir la fiebre.

—El señor Dustin apagó dos de las bombillas-hizo notar Garfield—. Dos estaban ya fundidas y no las cambié porque raras veces encendía el señor Dustin, todas las luces.

José Cardona apagó una de las bombillas y con ayuda de un pañuelo, la retiró, dejándola sobre la mesa. Vio que era una lámpara corriente y volviéndose hacia sus hombres, declaró:

—Extenderé un informe acerca de la muerte de Dustin. Creo que lo mejor sería llevar el cadáver al depósito. Por lo que usted ha dicho, doctor Gregory, creo que será conveniente hacer un estudio de las pasadas actividades de Dustin. Tal vez esa fiebre se debe a un excesivo agotamiento.

—Es posible-replicó el doctor Gregory.

El cadáver de Dustin fue retirado. Las brillantes luces se apagaron y Garfield, desde la otra sala, apagó todas las luces, dejando en tinieblas el laboratorio. Luego, todos se marcharon.

Se hizo el silencio. Al cabo de un rato oyóse una especie de roce. Alguien estaba en el laboratorio. Un tenue rayo de luz brilló en la oscuridad.

La Sombra había permanecido oculto, durante toda la investigación de la policía, escuchando cuanto se decía.

Había llegado su momento. Iba a examinar el terreno que José Cardona había rechazado. El vacilante disco de luz se acercó a la alcoba.

Una leve carcajada sonó en la oscuridad. Mientras se acercaba, La Sombra había hecho un descubrimiento. Una de las lámparas fundidas brillaba con una azulada fosforescencia. En cuanto la luz de la linterna se posó sobre ella, la fosforescencia se apagó. Pero aquella luz reveló otro detalle, o sea un hilo que iba desde la bombilla hasta una caja de madera donde sólo se veían algodones usados y papeles rotos.

La luz de La Sombra se apagó. Nuevamente volvió a brillar la bombilla. La Sombra sacó la caja de madera y el azulado resplandor se apagó súbitamente.

La linterna reveló el motivo. Al sacar la caja se había

desconectado el fino alambre que ascendía hasta la bombilla.

Otro detalle quedó al descubierto por el fino y potente rayo de luz. Al retirarse la caja, se había roto un cordón entre la caja y un enchufe junto al suelo.

La linterna iluminaba el contenido de la caja. Entre el algodón y los papeles apareció un pequeño transformador eléctrico. La Sombra se echó a reír. Ya sabía la contestación. Podía reconstruir perfectamente lo ocurrido.

Un hombre entró en el laboratorio para recoger botellas vacías y frascos, y mientras Garfield se distraía, el trapero llevaba a cabo su verdadero propósito, que era colocar la caja bajo la mesa de trabajo de Dustin, conectado un extremo del hilo con el enchufe y el otro con la rosca de la bombilla.

Irguiéndose, La Sombra retiró la fundida bombilla, y al hacerlo, el alambre que llegaba hasta ella cayó al suelo.

Nuevamente rió La Sombra.

Todo aquello era muy ingenioso. Al retirar la caja de desperdicios, o retirar la bombilla, se destruían todas las pruebas. Sólo un trocito de alambre quedaría en el suelo.

La caja y la bombilla serían tiradas. Nada quedaría que pudiese revelar la causa de la muerte de Wycroft Dustin.

La Sombra paseó por el laboratorio la luz de su linterna. Al fin, desapareció.

Desde aquel momento, los movimientos de La Sombra se hicieron invisibles. Cuando su presencia volvió a hacerse visible, fue ante las oscuras paredes de su propio laboratorio.

La luz se encendió revelando a La Sombra en su tenebroso traje. Sobre la mesa dejó dos objetos. Uno de ellos era el transformador que había retirado de la caja, el otro era la bombilla.

Rápidamente, La Sombra se puso unos fuertes guantes de goma, colocó la bombilla en una rosca y a ella unió el transformador. No ocurrió nada hasta que la habitación quedó envuelta en tinieblas. Entonces se percibió un resplandor azulado dentro de la bombilla.

La Sombra sacó su linterna. Un golpecito bastó para romper la bombilla.

Pero el azulado resplandor continuó. No de la bombilla, sino de un tubito metálico colocado dentro de ella.

La Sombra desconectó el transformador. Mientras la luz de la

linterna se fijaba aún en el descubierto tubo, la risa de La Sombra se elevó de una manera fantástica en el oscuro laboratorio. El investigador acababa de descubrir todos los detalles.

El tubito colocado dentro del opaco cristal de la bombilla era creación de un cerebro privilegiado. Se trataba de un intensificado emanador del rayo productor de la fiebre.

El invento era ya conocido por la ciencia, pero aquel aparato era, sin duda alguna, de mucho más poder que todos los que hasta entonces se habían fabricado.

Funcionando dentro de lo que parecía ser una bombilla fundida, y emitiendo sus poderosos rayos mediante la ayuda del transformador, aquel tubito había causado la muerte de Wycroft Dustin.

El químico, moviéndose sin protección alguna dentro del radio de acción de los poderosos rayos, sucumbió a su tremenda fuerza.

¿Quién había desarrollado la potencia de aquel rayo?

La Sombra lo sabía. Merle Clussig tenía que ser el responsable. Clussig había muerto por medio del hielo seco conteniendo monóxido de carbono, mortífera sustancia ideada por Wycroft Dustin. Cada uno fue, involuntariamente, responsable de la muerte del otro.

Alguien enfrentó al uno contra el otro. De su diabólica identidad no quedaba la menor pista. Merle Clussig y Wycroft Dustin hubieran podido revelar su nombre, pero aquellos hombres habían muerto y el fruto de su inteligencia estaba en poder del genio que decidió su muerte.

¡Pero este genio no había contado con La Sombra! Aquel genio había descubierto las huellas que pasaron inadvertidas a la Policía, y había logrado unir las entre sí.

El laboratorio de La Sombra estaba vacío. Una luz brillaba ahora en el santuario. Era una luz azulada que reflejándose sobre la brillante superficie de una mesa. La Sombra escribía sus pensamientos.

¿Cómo estableció contacto el asesino con Merle Clussig y Wycroft Dustin?

La respuesta más lógica era que indudablemente les ofreció posibilidades de beneficios financieros mediante la explotación de sus inventos.

Los dos le revelaron los detalles de sus descubrimientos. Eliminando a ambas partes, el asesino conservó en su poder los descubrimientos.

¿Qué promesas hizo? Apoyo financiero. Sin duda el hombre poseía amistades entre los capitalistas. Tal vez ya en otras ocasiones había hecho alcanzar grandes beneficios a otros inventores.

La mano de La Sombra escribía velozmente. Palabras en clave aparecían escritas con tinta azul. Antes de que la tinta pudiera borrarse, La Sombra dobló la carta y la metió en un sobre. Sobre él escribió, La Sombra, el nombre y dirección de Rutledge Mann.

Cliff Marsland recorría ya el mundo del hampa en busca de pruebas de la desaparición de Spud Jaron. Mañana, Rutledge Mann comenzaría una investigación al servicio de La Sombra. Mientras Cliff trabajaba encubierto, Mann lo haría sin la menor reserva.

La Sombra había calculado perfectamente. Merle Clussig y Wycroft Dustin representaban dos lados del triángulo, el tercero era algún hombre de dinero que, según creían ellos, estaba dispuesto a financiar los resultados de sus inventos.

En algún lugar dentro del triángulo se encontraba oculto el asesino. Él había matado a los dos inventores que conocían su identidad, pero el financiero, sin duda, no había sufrido daño alguno.

Tal vez la vida de aquel hombre estaba en peligro. Acaso no. De todas formas, La Sombra esperaba descubrir, por medio del financiero, la identidad del asesino.

CAPÍTULO X

EL PRIMER INFORME

PARA el mundo del hampa, La Sombra era un lobo solitario que batallaba contra el crimen. Nadie sabía nada de su sistema de lucha. Los que intentaron vencer a La Sombra, ya no vivían.

Los ojos de La Sombra siempre veían cuanto ocurría en el reino de los gangsters. Por ello todos estaban siempre atentos a su aparición.

Un premio enorme y la fama imperecedera aguardaban al pistolero que lograra poner fin, a la carrera de aquel terrible ser que se llamaba La Sombra.

Pero La Sombra eludía siempre a sus perseguidores. No aparecía jamás hasta el momento oportuno, y entonces llegaba, triunfaba y partía.

Y es que La Sombra tenía siempre en acción a agentes de toda confianza y de quienes nadie sospechaba su verdadera identidad. De los agentes de La Sombra, el más útil de todos, para operaciones en los barrios bajos, era Clifford Marsland. Aquel hombre tenía una pintoresca carrera.

Cliff Marsland siempre llevaba dinero encima. Nunca se mostraba ansioso de entrar en las bandas que solicitaban sus servicios.

Cliff conocía a los peces gordos; y siempre que se le ofrecía un puesto de lugarteniente, parecía meditar mucho la conveniencia de aceptarlo o no.

Esta era una prueba de la estrategia de La Sombra. Los palomos cantores o confidentes que empleaba la Policía eran gangsters de poca monta, a quienes se descubría con gran facilidad, si trataban de saber demasiado. Pero Cliff Marsland, el espía a las órdenes de

La Sombra, era considerado un bandido de primera categoría. Siempre que se ausentaba de los lugares que habitualmente frecuentaba, todos suponían que estaba dando un golpe grande.

Cliff siempre regresaba con los bolsillos cargados de dinero.

A la noche que siguió a la extraña muerte de Wycroft Dustin, Cliff Marsland se encontraba en el bar del “Buque Negro”, punto de reunión de lo más selecto del hampa. Aquella era la tercera visita que hacía a aquel lugar.

Dos noches antes apareció sin que nadie supiera de dónde, y desde entonces no faltó ninguna noche. Al parecer, su única intención era reanudar viejas amistades.

Sentado a una mesa bastante apartada, Cliff era espiado por un gangster de rostro encanallado que acababa de entrar. Al fin el hombre dirigióse hacia donde estaba Cliff y se sentó frente a él.

Marsland le dedicó un leve saludo, diciendo:

—Hola, Punks.

—Hola, Cliff-replicó el otro—. ¿Dónde has estado?

—Fuera de la ciudad-replicó Cliff.

Era la misma respuesta de Cliff a otros viejos amigos. Punks, Gumbert no se diferenciaba de los demás.

—No te he visto desde que salimos de la casa grande-dijo Punks.

—Es verdad-replicó Cliff, que había sido compañero de Punks, durante su estancia en el presidio. Ahora, Punks trabajaba a las órdenes de un gangster llamado Duke Scurley.

—Si no tienes nada que hacer, puedo conseguirte un puesto en nuestra banda-siguió Punks.

Cliff no evidenció la menor señal de que le interesara ser admitido en aquella banda. Pero despertado su instinto por las palabras de Punks, replicó:

—¿Os falta gente? ¿Ha caído alguno?

—Eres listo-comentó Punks—. En seguida te das cuenta de las cosas. Ya sabes lo que es una banda. Siempre hay alguno que cae.

—¿Liquidado por la Policía?

—No. No estaría yo en ese negocio si hubiera que andar a tiros con la poli. En la casa grande vi desde fuera la casa de los muertos, y no me gustaría estar encerrado en una de sus jaulas esperando que me frieran.

—Ya me extrañaba.

—En cada banda hay alguno que se cree muy listo. En la nuestra también ha habido alguno que se creyó muy sabio hasta que tropezó con Duke, que le enseñó lo tonto que era.

Cliff se encogió de hombros, indicando que no le importaban lo más mínimo los asuntos de Duke Scurley.

El ademán hizo que Punks Gumbert sintiera mayores deseos de hablar.

—Duke es un hombre derecho—afirmó—. No da el paseo a nadie como no sea a alguno que quiera jugar sucio. Puedo decirte cómo trabaja Duke.

—Supongo que como los demás.

Punks se echó a reír.

—Cuando Duke termina con alguno, no hace como esos que se dejan el cadáver a la vista de todo el mundo, detrás de él no queda nunca ningún “fiambre” que anuncie lo que ha sucedido. Pero ninguno vuelve con vida.

—¿Y qué hace con ellos? —inquirió Cliff como si se sintiera enormemente aburrido—. ¿Se los come?

—No me burlo—protestó Punks—. Has oído hablar de Saylor Cook, ¿no? Sabes que le dieron el paseo, ¿no? ¿Lo encontraron alguna vez lleno de plomo? Ya puedes asegurar que no. Te diré otro nombre: Spud Jaron. ¿Le conocías?

Cliff le conocía. Su propósito al ir allí era seguir la pista a Spud Jaron. Pero el agente de La Sombra no demostró el menor interés, se limitó a asentir como si recordase vagamente el nombre.

—Duke Scurley les dio a los dos el paseo—siguió Punks—. Yo iba con él. Y vi lo que les sucedía. Por eso sé lo listo que es Duke.

—¿Y qué les hace? ¿Les mete balas chapadas de oro para que mueran más felices?

—No les hace nada—replicó Punks, triunfalmente—, eso lo deja para otro. Él les da el paseo, desde luego, pero los deja en manos de otro tipo, que los recoge y les da el disgusto.

—Corriendo riesgos, ¿eh?

—¿Ha vuelto alguno? Ninguno. Escucha, Cliff, Duke se deshace de los hombres que no le agradan, pero nada más. Te lo digo porque te conozco. A Duke le dan un billete grande por cada uno de los pájaros que entrega.

—Oye, Punks, ¿es que te has dado a las drogas? Enseña el brazo

y déjame ver las señales de las inyecciones.

—¿Crees que me burlo? —rió Punks—. Pues no. Te he dicho toda la verdad. Escucha el resto. Yo estoy a buenas con Duke. Una noche le oí hablar por teléfono con alguien, diciendo que sí a algo y pidiendo el dinero.

“Después de eso agarró a Saylor Cook y le dio el paseo. Le atamos y amordazamos. Lo llevamos a la parte alta de la ciudad y nos metimos por un callejón deteniéndonos junto a una casa muy vieja. Dejamos a Saylor en el suelo y nos apartamos un poco. Al cabo de cinco minutos, Duke fue a verlo y dijo que ya podíamos marcharnos.

“¿Sabes lo que pasó? Pues mientras nosotros estábamos vueltos de espaldas, alguien se llevó a Saylor Cook.

“Con Spud Jaron hicimos lo mismo. Y con otros que se han creído muy listos. Y a Duke le dan un billete grande por librase de pájaros que le estorban.

—Es un trabajo muy pobre-comentó Cliff.

—Ese no es el trabajo principal de Duke-protestó Punks—. Es uno de sus pasatiempos. Pero a Duke le hace falta un hombre como tú. Ven conmigo. Tú eres mi compañero, y si no crees lo que te he dicho, acompáñame y convéncete por ti mismo.

—¿A qué trabajo se dedica corrientemente Duke?

—Tiene una asociación protectora. Ya sabes lo que es. Protege almacenes. Lo malo es que tipos como Saylor y Jaron alimentan la idea de formar una banda para ellos. Entonces, cuando Duke se entera, se libra de ellos, ¿entiendes?

Cliff Marsland reflexionó. No demostró en modo alguno que le interesara la proposición de Punks Gumbert. Sin embargo, tampoco la rechazó; y eso hizo que el otro insistiera, exponiendo toda clase de ventajas y la seguridad de hacer dinero en grande.

—Habla con Duke Scurley-aconsejó Punks—. Te recomendaré. Te conviene.

—Está bien. ¿Cuándo podemos ir a ver a Duke?

—Mañana por la noche.

—Conforme. Nos encontraremos aquí, Punks.

Para Punks, lo que había decidido a Cliff a aceptar el ingreso en la banda fueron las últimas palabras, pero en realidad, Marsland tomó tal decisión por lo que su amigo dijo al principio.

Su propósito al volver a aquellos barrios, fue enterarse de lo ocurrido a Spud Jaron. Ahora ya lo sabía, y, a juzgar por los informes recibidos, Spud podía aún estar vivo.

De ser así, ¿dónde se encontraba el gangster? Por los barrios bajos no se le había visto en muchísimo tiempo. La Policía y los gangsters le creían muerto.

Había allí un misterio, y el tal misterio estaba estrechamente unido a Duke Scurley.

La situación resultaba increíble. ¿Cómo podía estar vivo Spud Jaron y no vengarse de Duke Scurley, que le dio un paseo sin regreso?

¿Estaría también vivo Saylor Cook?

La respuesta no era fácil, y Cliff supuso que la persona indicada para contestar era La Sombra.

CAPÍTULO XI

UNA EXTRAÑA VISITA

LA Sombra estaba en su santuario. Sobre la mesa veíase un informe de Cliff Marsland. Un día había transcurrido desde la entrevista entre Cliff y Punks Gumbert. Durante aquel tiempo, Cliff había comunicado con La Sombra y recibió sus instrucciones.

Aquel mensaje era la seguridad de que aquella noche, Cliff vería a Duke Scurley, el jefe de la banda que acabó con Spud Jaron.

Otro informe apareció entre las manos de La Sombra. Era de Rutledge Mann. El agente de Cambio y Bolsa siguió sus instrucciones, pero hasta ahora sus pesquisas no habían dado ningún resultado práctico.

Una leve carcajada brotó de los labios de La Sombra. Sabía que luchaba con un genio del crimen, un hombre que se movía con infalible precisión.

Los dos hombres que conocían su identidad habían muerto.

Nuevamente rió La Sombra. Su carcajada provenía de un nuevo pensamiento.

El desconocido que manejaba aquella situación se había relacionado con Clussig y Dustin porque los dos eran hombres de ciencia y poseían algo que él necesitaba.

¿Existían otras personas en condiciones semejantes, cuyos servicios hubieran sido requeridos?

La Sombra trataría de averiguar este caso. Un nuevo informe apareció. Era de Clyde Burke. El periodista había estado acumulando todos los detalles que pudo obtener por mediación de la oficina del Classic.

Pero sus listas no parecían tener demasiada importancia.

Una lista escrita a máquina mostraba los nombres de diversos

hombres cuya capacidad científica estaba reconocida. Pero faltaba algo. Y La Sombra escribió:

Investigaciones médicas.

Cuando la tinta se borró del papel, La Sombra fue hacia el teléfono secreto y al cabo de unos segundos le respondió la voz de Burbank.

—Instrucciones a Burke-ordenó La Sombra—. Conseguir nombres de médicos que hayan presentado nuevas teorías o métodos curativos. Remitirme lista completa tan pronto como se consiga.

La oscuridad invadió el santuario. Cuando aquellos últimos datos fueran conseguidos, La Sombra tendría a su disposición los últimos detalles que le permitirían dar con el jefe que había dirigido aquellos asesinatos.

Mientras La Sombra trabajaba en la solución de aquel problema, una prueba exacta de su teoría existía en otra carta de Manhattan.

Un hombre alto y delgado, de fruncida frente, se paseaba nervioso de un lado a otro de un suntuoso salón.

Sonó el timbre de un teléfono. El hombre levantó de la horquilla el receptor y anunció con voz ronca:

—El doctor Barratini al habla-dijo—. ¿Quién?... Sí. ¿Dice que el doctor Rupert Sayre espera abajo...? Dígle que suba enseguida.

El doctor Barratini colgó el receptor y fue hacia la ventana, contemplando las miríadas de luces de la ciudad de Nueva York.

Sonó una llamada a la puerta. Barratini se irguió, haciendo un violento esfuerzo. Compuso el rostro. Cruzó la habitación y abrió la puerta dando paso a un joven que le tendió amistosamente la mano.

Era el doctor Rupert Sayre.

Barratini invitó a su huésped a que se sentara. Se encendieron cigarrros.

—Sayre-dijo al fin, como si le costar hablar—. Le he llamado para hablar con usted de algo que para mí es de vital importancia. Se trata de una cuestión que no puede ser considerada tan sólo desde el punto de vista ético.

“Quiero hablarle, deseo pedirle su consejo como amigo. Olvidemos que somos médicos, excepto para que usted comprenda ciertos impulsos que me han empujado en circunstancias inusitadas. ¿Puedo confiar en usted?

Más que las palabras de Barratini fue el acento con que las pronunció lo que hizo mover afirmativamente la cabeza a Sayre. Era indudable que el viejo médico estaba preocupado. Su franca declaración no podía ser despreciada.

Barratini pareció aliviado. Se sentó.

—Usted ya debe de conocer mi fama-empezó el doctor Barratini—. A pesar de que la mala suerte me ha perseguido siempre en toda mi carrera médica, he conseguido fama mundial con mis descubrimientos sobre la cirugía cerebral.

“En la Rusia zarista me hice rico. Lo perdí todo cuando cayó el imperio. Me refugié en España y allí reuní una nueva fortuna. Me fui luego, a América del Sur y de allí a Nueva York.

Rupert Sayre conocía ya la historia del cirujano. Para él, aquel hombre de fama mundial era merecedor de un gran respeto.

Barratini, mediante su ciencia médica, encontró siempre la manera de recobrar su posición económica.

—En el curso de mis viajes-prosiguió Barratini—, he observado diversas costumbres en distintas tierras. He visto ejemplares de nuestra raza que podrían mejor pasar por gorilas, y he aprendido a no despreciar a los que constituyen la fuente principal de maleantes norteamericanos.

“En Nueva York, donde hay libertad para decir lo que uno quiera, he celebrado algunas conferencias que versaron principalmente, sobre la posibilidad de alterar mediante una pequeña operación el cerebro de los malhechores y, con una insignificancia, se les convertía en seres normales. Pero mi idea no fue muy bien acogida. Se levantaron voces de protesta contra mí, y al fin se me aconsejó que guardara mis ideas.

“Pero un hombre, al menos, pareció interesarse por mis sugerencias. Y a causa de él, me vi metido en una serie de hechos que hoy me envuelven en su red.

—¿Un médico? —inquirió Sayre.

—No, un financiero. Se llama Eric Veldon. Se dedica a respaldar inventos.

—No le he oído nombrar nunca.

—Es posible que no. Veldon lo hace todo en el mayor secreto. Es una especie de hombre de ciencia, un experimentador. Su conocimiento de la medicina y cirugía son sorprendentes.

—¿Veldon aceptó sus teorías?

—Sí. Vino a verme, me habló convincentemente. Me dijo que conocía un criminal que estaba herido gravemente y que era preciso operarle. Me preguntó si podría yo hacerlo.

—¿Y usted accedió?

—No, me limité a consentir en visitar al herido. Veldon insistió en que me dejase vendar los ojos mientras iba en su auto. Accedí, movido por la curiosidad. Siempre me han atraído las aventuras.

Barratini se levantó de la silla y dio unos pasos por la habitación. Su expresión era la del hombre que teme haber dicho demasiado.

Luego, observando que Sayre le miraba con profunda simpatía, Barratini prosiguió su relato.

—Llegamos a una casa aislada. Creo que estaba en algún sitio de Long Island. No sé más. No llevé ningún instrumento para una operación quirúrgica. Sólo debía hacerse un examen.

“Imagina usted mi asombro cuando, al entrar en aquella casa, Veldon me llevó a una sala de operaciones perfectamente equipada. Allí, atado a la mesa de operaciones, se encontraba el criminal. El hombre no tenía ninguna herida. ¡Estaba completamente sano, en perfecto estado de salud!

—¿Veldon le había engañado?

—Sí. Y no era eso todo. Inmediatamente comenzó a amenazarme. Empuñó un revolver y me dijo que había escuchado todas mis teorías e incluso me repitió varias de ellas, palabra por palabra. Y me dijo que si no operaba a aquel hombre me mataría.

—¿Con qué fin?

—Con el de reducir al asesino al estado de un simple mecanismo, para obrar en él los milagros que yo creía posibles mediante la cirugía cerebral. Debía moldear el cerebro hasta darle su antigua forma.

—¿Rehusó?

—Era imposible. Veldon estaba dispuesto a matarme. Comprendí que debía ceder a sus demandas. Luego, Sayre, me asaltó un vivo interés. Deseé llevar a la práctica mis teorías. Ahora lamento haberlo hecho. Claro que las circunstancias no me dejaban otra alternativa. Hice la operación. Veldon me vendó los ojos y en mi auto volvió a traerme a Nueva York.

—¿Y después de eso?

La pregunta de Sayre produjo un gran trastorno en Barratini. El alto médico se dejó caer en una silla y se llevó las manos a la frente.

—Durante una semana no supe nada de él. Una noche llamaron a la puerta de mi casa. Fui a abrir, e imagínese mi sorpresa al ver ante mí al hombre a quien había operado.

—¿El criminal?

—Sí, pero ya no era un criminal. Era un autómatas, una figura que se movía con mecánica precisión, un cuerpo que se acercaba a mí y con la mirada fija. Aquel ser me entregó un sobre. Dentro de él encontré mil dólares.

—Pago de Veldon.

—Sí. Pero el hombre aquel se quedó donde estaba, mirándome fijamente y dijo una sola palabra: “Ven”. Me encogí de hombros. Entonces aquel muñeco sacó un revólver y si no le hubiera seguido inmediatamente me hubiese matado allí mismo. Acompañé hasta la calle a aquel bandido transformado. El autómatas señaló un automóvil. Subí. La puerta se cerró. No pude abrirla. No podía ver a través de los cristales. Estaba prisionero.

—¡Es increíble! —exclamó el otro médico.

—No es eso todo-prosiguió Barratini—. El auto se puso en marcha. El autómatas lo conducía. Cuando el viaje terminó me encontré en casa de Veldon. Me esperaba.

“Sonreía canalllescamente. Me dijo que me esperaba un nuevo trabajo. Otra operación.

—¿Otro criminal?

—Sí. Realicé la operación. El autómatas que me fue a buscar me condujo otra vez a casa. Pasaron dos semanas. Luego llegó un inesperado visitante... el segundo hombre.

“Imagínese usted, Sayre, ver aquella prueba viviente de la eficacia de mi método. Un criminal con toda su intuición e instinto, pero careciendo de iniciativa, dominado por su amo, Eric Veldon.

—¡Resulta increíble! —exclamó Sayre.

—Y no es esto todo-prosiguió Barratini—. Siguieron nuevas operaciones. Siempre el mismo procedimiento. Cada paciente me traía, en persona, el pago de la operación realizada en él. Yo tenía miedo de desobedecer. Temía la enemistad de Veldon. Pero ahora, Sayre, he llegado a un terrible dilema.

—¿Ha hecho Veldon nuevas demandas?

—No, pero me doy cuenta de algo terrible— Barratini se interrumpió, recogiendo un periódico—. He leído las noticias de dos muertes extrañas. Un técnico en electricidad, llamado Clussig, ha sido asesinado. Un químico llamado Dustin ha muerto misteriosamente. ¿Pueden ser esas muertes obra de Eric Veldon? ¿Será Veldon el autor o el inductor de tales crímenes?

—Es posible-reconoció Rupert Sayre—. Ese hombre debe de ser un monstruo con poderes científicos casi ilimitados.

—Lo es-afirmó Barratini—. Necesito descubrir su escondrijo, Sayre, cuento con su ayuda...

La voz murió en labios de Barratini. Alguien llamaba a la puerta con golpes firmes y rítmicos.

—Es la llamada-susurró Barratini—. Otra víctima ha caído en manos de Eric Veldon. ¡Ayúdeme, Sayre! ¡Ayúdeme!

CAPÍTULO XII

SE CIERRA UNA TRAMPA

HUBO una pausa en la llamada a la puerta. Luego los golpes se repitieron con notable impaciencia. Barratini volvióse hacia Rupert Sayre.

—Abra-ordenó éste—. Yo me esconderé.

El joven médico dirigióse hacia una puerta situada a un lado del salón.

Barratini, temblando, le siguió.

—¿Qué debo hacer?— inquirió, temblando de miedo.

—Vaya con él-ordenó Sayre—. Le seguiré en mi coche. Cuando vuelva decidiremos lo que debe hacerse.

Una expresión de alegría iluminó el rostro de Barratini. Estrechó la mano de Sayre y corrió hacia la puerta, donde continuaban sonando los rítmicos golpes.

—¡Un momento! —gritó Barratini—. Un momento.

Al llegar a la puerta, Barratini se detuvo el tiempo suficiente para asegurarse de que Rupert Sayre había ya desaparecido. Al fin, el cirujano abrió la puerta y retrocedió.

Un hombre delgado y cadavérico entró en el salón. Cerró violentamente la puerta y se acercó a Barratini, con una estremecedora expresión.

Rupert Sayre, que asistía a la escena desde su escondite, estaba horrorizado por lo que veía. Para el joven aquello superaba la descripción hecha por Barratini.

El recién llegado era, sin duda alguna, el último criminal sobre quien se llevó a cabo la difícil operación. En los ojos de Barratini se leía este hecho.

Sayre le vio retroceder ante el infrahumano visitante.

Aquella criatura era un monstruo, y Barratini podía bien ser su creador. El miedo y el remordimiento se advertían en el eminente cirujano.

Sayre vio que su cuerpo temblaba. Por un momento, el joven doctor se sintió impulsado a precipitarse sobre aquella especie de cadáver, pero, en aquel momento, el autómatas humano se detuvo y terminaron sus amenazadores gestos.

Sacando una mano del bolsillo tendió un sobre al doctor Barratini.

El cirujano aceptó el sobre, vacilando al abrirlo. De su interior salieron unos crujientes billetes de Banco. El médico cruzó la habitación, guardando el dinero dentro de un cajón.

El cadavérico hombre partió lentamente tras él. Barratini volvióse hacia el vigilante autómatas.

—¡Ven! —dijo el hombre, con voz áspera.

Joseph Barratini sonrió débilmente. Inclínose, acatando la orden, y recogió su sombrero. Acompañado por su visitante salió de la estancia.

Al llegar a la puerta, sin embargo, se detuvo y lanzó una mirada de desesperación hacia donde se encontraba Sayre.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado detrás de Joseph Barratini y el fantástico ser, Rupert Sayre salió de su escondite. En seguida el joven se dio cuenta de que tenía que obrar con cautela.

El hombre que acompañaba a Barratini, obraba bajo instrucciones precisas y no convendría despertar sus sospechas. El monstruo podía resultar peligroso si notaba que alguien quería oponerse a la marcha de Barratini.

El pasillo estaba vacío cuando Sayre llegó a él. El marcador, sobre la puerta del ascensor, indicaba que Barratini y su guía estaban descendiendo. Sayre apretó el botón de llamada del otro ascensor.

Unos segundos después éste se detenía en aquel piso. Sayre llegó a la planta baja en aquel piso. Sayre llegó a la planta baja a tiempo de ver al doctor y al hombre mecánico salir a la calle. El joven médico les siguió cautelosamente.

En la calle, Sayre vio cómo hacía subir a Barratini a un coche. La portezuela se cerró. El hombre se sentó al volante. Sayre corrió hacia su propio auto.

La limousine en que iba el cirujano se ponía en marcha en el momento en que él embragaba. Sayre emprendió la persecución.

La limousine seguía un camino errante. Era indudable que se habían dado al conductor instrucciones de desorientar al viajero, haciéndole perder el sentido de la dirección. La extraña persecución alcanzó una avenida.

Sayre les siguió hacia la parte alta de Manhattan. De cuando en cuando la limousine deteníase ante una señal de tráfico. Aun se veían policías; sin embargo, Sayre no se atrevía a llamarlos. Recordó su promesa a Barratini.

Toda la persecución parecía mecánica, un hecho increíble en medio del intenso tráfico neoyorquino. Sayre conducía su coche con la mirada fija en el auto que le precedía, llegando así hasta la parte alta del Central Park.

Luego siguió a través de una maraña de calles. Nuevamente la limousine seguía una marcha excéntrica, por fin metióse en una calle lateral, cruzando ante un grupo de viejísimas casas.

Sayre redujo la marcha de su auto, hasta que la limousine hubo doblado una esquina.

Al llegar allí, Sayre notó que la limousine estaba detenida a mitad de la calle.

El joven detuvo su auto, disponiéndose a volver sobre sus pasos. Pero un súbito pensamiento le contuvo.

¿Terminaba allí la pista? Barratini había hablado de una casa desierta en Long Island. Tal vez se equivocó.

Sayre decidió averiguarlo. Cortó la ignición, apagó las luces y, guardando la llave, bajó del coche, dirigiéndose hacia la esquina. Podía verse perfectamente la luz posterior de la limousine.

La calle estaba a oscuras. Rupert Sayre tenía la convicción de llegar hasta la limousine sin ser visto. Avanzó pegado a las casas, hasta llegar al otro auto.

El asiento del chofer estaba vacío. Sin duda, el cadavérico conductor había ido a dar su informe.

Cautamente, Sayre se acercó a la limousine, escuchando con gran atención por si había alguien cerca. Apoyó la mano sobre el tirador de la portezuela y volvió la cabeza hacia el cristal de la ventanilla.

No se veía nada a través de él. Sólo examinado de cerca dejaba

de parecer un cristal corriente. Sayre advirtió que era opaco.

El médico vaciló. Por lo que Barratini le había dicho, sabía que la portezuela no podía abrirse desde adentro. Pero si podía abrirse desde afuera, acaso pudiera libertar a Barratini, si el cirujano sentía deseos de escapar.

Sayre decidió hacer la prueba. Al menos podría asegurar a su amigo que seguía la pista e indicarle el sitio donde se encontraba.

Giró el tirador. Abrióse la puerta. Rupert Sayre lanzó una ahogada exclamación. Una cegadora luminosidad invadía el interior del auto.

Pero el asombro producido por esto hubiera pasado pronto. Había algo más, y a ello se debió que el médico quedara inmóvil, como petrificado.

El doctor, Joseph Barratini, seguía ocupando el interior de la limousine. Pero la luz revelaba un cambio total en el aspecto del cirujano.

Caído hacía atrás, Barratini tenía la mirada fija en el techo. El sombrero le había caído y el cabello aparecía en desorden, caído sobre la frente.

Médico por vocación, Rupert Sayre lo olvidó todo, menos el hombre que yacía ante él. Penetró en el coche y se inclinó sobre el cuerpo del doctor Barratini. En seguida se dio cuenta de que el famoso cirujano estaba muerto.

De pronto sonó un ruido en la acera. Sayre se volvió rápidamente, pero demasiado tarde. A la luz del interior del coche percibió el cadavérico rostro del hombre que había conducido a la muerte a Joseph Barratini. Sayre precipitóse hacia la portezuela. Pero ésta se cerró antes de que él llegara a ella.

Rupert Sayre, como Joseph Barratini, se encontraba en una cárcel de negras paredes. En vano trató el joven médico de gritar y golpear las portezuelas. El auto se puso en marcha. Los gritos no podían oírse; el cristal era irrompible.

El coche torció por una esquina. El cadáver de Barratini rodó sobre el asiento, cayendo contra Sayre.

Este se levantó y examinó de nuevo el cuerpo del cirujano.

¿Quién le había matado? Un irresistible terror se apoderó de Rupert. La misteriosa fuerza que acabó con Barratini podía estar aún en el coche.

¿Caería también él víctima de ella?

En el momento en que le asaltó este pensamiento, Sayre comenzó a sentir un irresistible sopor. El cadáver rodó hasta el suelo, y Sayre no hizo nada para impedirlo.

La luz se oscurecía ante sus ojos. Un profundo mareo le invadió. El auto escalaba altísimas montañas y descendía luego hasta insondables abismos.

Rupert Sayre se desplomó sobre el asiento. Los ojos le quedaron en blanco, hasta que los párpados se cerraron sobre ellos. La respiración de Rupert Sayre se hizo mecánica y dolorosa.

Dos víctimas yacían en el interior del auto. Una era Joseph Barratini, muerto; la otra Rupert Sayre, inconsciente. Los dos médicos que poco antes habían discutido acerca de Eric Veldon, habían sufrido la pena por intentar inmiscuirse en los planes de aquel maestro del crimen.

Varias millas fueron recorridas. El auto se detuvo. La portezuela se abrió. La luz brilló sobre la arena del sendero en que se encontraba la limousine. De pronto, un rostro apareció en la zona de luz.

No era el cadavérico semblante del autómatas que había ido en busca del doctor Barratini, era la diabólica faz de un ser mucho más terrible.

Eric Veldon, el hombre que había planeado el crimen, examinaba los dos cuerpos que yacían en el interior del vehículo Joseph Barratini, muerto, Rupert Sayre, vivo, pero en completo sopor. Ambos atrajeron la atención de Eric Veldon.

Una cruel sonrisa curvó sus labios. Retrocediendo, Veldon dio una seca orden. Dos hombres avanzaron con el mecánico andar de muñecos automáticos. Levantaron el cadáver de Joseph Barratini y se lo llevaron.

Unos minutos más tarde regresaron. Levantaron el cuerpo de Rupert Sayre y lo retiraron. Eric Veldon dirigió una última mirada al vacío coche. La sonrisa aún estaba sobre sus labios, mientras apagaba la luz de la limousine.

Otro hombre había muerto. Otro que hubiera podido revelar la identidad de aquel diabólico personaje.

Como Merle Clussig y Wycroft Dustin, el doctor Joseph Barratini, no le era ya útil a Eric Veldon. La muerte era el premio

final que esperaba a todos aquellos que trabajaban para Eric Veldon.

Rupert Sayre aun vivía. ¿Qué suerte esperaba al joven médico? Este se hallaba, de momento, en las manos de Eric Veldon, para quien nada importaban las vidas humanas.

CAPÍTULO XIII

INFORME A LA SOMBRA

LOS días habían transcurrido desde la terrible noche en que el doctor Joseph Barratini murió y Rupert Sayre cayó en las garras de Eric Veldon.

La desaparición de los dos médicos habíase convertido en el nuevo misterio de Nueva York.

En una oficina situada en lo alto del Badger Building un hombre de rostro rojizo estaba trabajando en su mesa. Los grandes edificios proporcionan un magnífico paisaje cuando se mira a través de la ventana.

Pero aquel individuo no prestaba ninguna atención a lo que ocurría fuera de su despacho. Estaba ocupado en la lectura de un periódico, recortando artículos e informaciones.

Un montoncito de recortes se veía a su derecha. El hombre los metió todos dentro de un sobre. En el momento en que iba a cerrarlo sonó una llamada en la puerta y la mecanógrafa anunció que acababa de llegar un visitante.

El hombre mostró una increíble agilidad mientras tiraba los periódicos a la papelera y colocaba el sobre a un lado. Se levantó y fue a abrir la puerta que daba a la oficina. Un hombre alto y sonriente acudió a su encuentro.

—¿Es usted el señor Rutledge Mann? —inquirió el visitante.

—Sí-replicó Mann.

—Yo soy Holbrook Edkins-explicó el visitante.

—¡Ah, sí! —exclamó Mann—. Es usted el caballero interesado en inversiones sobre inventos. Pase usted, señor Edkins, pase.

El recién llegado, después de sentarse en un sillón, examinó al agente de Cambio y Bolsa. Esperaba que Mann iniciaría la

conversación sobre negocios. Por el contrario, el agente de La Sombra dirigió el diálogo por otros derroteros. Parecía ansioso por saber algo acerca de Edkins.

—¿Ha realizado usted ya inversiones de esta naturaleza? —inquirió Mann—. ¿Ha financiado inventos que ofrecían posibilidades definitivas?

—Esa pregunta no es muy corriente—rió Edkins—. No veo qué relación pueda tener con nuestro asunto.

—Mucha. Quiero que comprenda usted, señor Edkins, que corrientemente negocio con valores seguros. No recomendaría mi actual proposición a ninguna persona, que no estuviera familiarizada con los riesgos en que se incurre al adquirir los derechos para un nuevo invento.

—Juega usted muy limpio—replicó Edkins—. Sin embargo, señor Mann, puedo satisfacer sus inquietudes sobre este respecto. Llevo invertido, con éxito, dinero en diversos inventos.

—El de ahora está relacionado con ciertos accesorios para los rayos X, que revolucionarán esa ciencia—anunció Mann—. Uno de mis clientes está interesado, en principio...

El agente de Cambio y Bolsa se interrumpió. Holbrook Edkins daba señales de querer hablar.

—¿Rayos X? —inquirió Edkins—. ¿Podría ser usted más explícito? Me interesan mucho ese tipo de inventos.

—¡Ah! ¿Ha investigado ya ese campo?

—Se me han ofrecido ciertos accesorios para aparatos de rayos X.

—Ignoraba que hubiera otros agentes que se dedicaran a la oferta de patentes.

—Esa oferta no la recibía por intermedio de ningún agente. En realidad no puedo revelar todos los detalles. Sin embargo, le explicaré por encima lo ocurrido.

“Poco más de un millón de dólares, señor Mann. Gané ese dinero mediante una elección acertada de los negocios en que debía embarcarme. Me puse en contacto con gente que podía anunciarme ciertos inventos. Por medio de esas personas me enteré, hace poco, de que estaba disponible el financiamiento de un nuevo aparato de rayos X. He adelantado dinero para la ultimación de todos los detalles secundarios.

“Como es natural, me interesa todo cuanto hace referencia a los rayos X. No puedo revelar el nombre de la otra persona con quien estoy en tratos, pero de todas formas, me interesa todo invento relacionado con accesorios que, acaso, pudieran aumentar aún la calidad del aparato que mi agente me ha prometido.

—Muy lógico-declaró Mann—. Creo, señor Edkins, que lo mejor sería que usted se entrevistara con mi otro cliente que como ya le he dicho, esta interesado en ese invento.

—¿Quién es?

—El señor Lamont Cranston, un multimillonario que vive en Nueva Jersey.

—He oído hablar de él. Un gran viajero, ¿verdad? Socio del Cobalt Club.

—Sí. El señor Cranston posee una opción para la mitad de las acciones que se extiendan. Preferiría que hablase usted con él. En realidad no es más que un socio capitalista, pero conoce los méritos del invento.

—Tendré un gran placer en hablar con el señor Cranston-dijo Edkins—. He oído decir que últimamente, ha multiplicado su fortuna invirtiendo su capital en negocios de sorprendente resultado. ¿Cuánto podrá celebrarse esa entrevista?

—El señor Cranston vendrá esta noche a Nueva York. ¿Estará usted en su casa?

—Desde luego. ¿Puede usted hacer que el señor Cranston vaya a verme?

—Le telefonearé al Cobalt Club-aseguro Mann—. Se entrevistará con usted.

Terminada la visita, Rutledge Mann regresó a su despacho y comenzó a extender un informe. Ya no era un agente de Cambio y Bolsa. Ahora era un agente de La Sombra.

Metiendo el informe en otro sobre, Mann tomó el que contenía los recortes y lo selló. Por su reloj comprobó que eran casi las cinco.

El agente tomó un taxi hasta la calle Veintitrés. Entró en un viejo edificio y subió hasta uno de los últimos pisos. Detúvose ante una puerta donde en una placa de cristal, cubierta de telaraña, se leía:

B. JONAS

Mann tiró la carta por un buzón. Allí recibía La Sombra todas las

cartas.

Toda misiva depositada allí llegaba a las manos de La Sombra. Aquella oficina estaba desierta. Nadie veía entrar ni salir de ella a ningún ser viviente.

Pero Mann sabía perfectamente que La Sombra tenía fácil acceso a aquel lugar.

Menos de una hora después que Rutledge Mann visitase la oficina de la calle Veintitrés, una luz se encendió en una oscura habitación. Dentro de los confines de su santuario, La Sombra colocó dos sobres encima de una mesa.

Sus largos dedos abrieron el primero. Salieron a la luz los recortes que Rutledge Mann había acumulado.

La Sombra los repasó velozmente. Relataban el nuevo y desconcertante misterio de la desaparición de los doctores Barratini y Sayre.

Incluían una declaración referente al hallazgo del auto de Sayre en una calleja del norte de Manhattan.

Las manos de La Sombra sacaron un gran plano de Nueva York. Mientras el girasol brillaba a la azulada luz, la aguda mirada del investigador recorría el mapa y un largo dedo señaló el lugar donde el auto fue encontrado.

Nuevamente, La Sombra reconoció la insidiosa mano del enemigo a quien buscaba, pero cuya identidad aun no conocía.

Una nota escrita a máquina fue colocada sobre la mesa. Era la última lista enviada por Clyde Burke; en ella aparecía el nombre del doctor Joseph Barratini, el famoso cirujano cerebral.

Este dato había sido obtenido demasiado tarde.

La risa de La Sombra era áspera. En toda su carrera, el genio detectivesco nunca se había enfrentado con un enemigo más duro, que aquel misterioso adversario que daba golpes de maestro.

Un coche abandonado en la parte norte de Nueva York; ésta era la única pista. Ningún rastro partía de allí. Se sabía que el doctor Sayre fue a visitar a Joseph Barratini. Se suponía que ambos habían partido juntos.

La Sombra no estuvo inactivo. Acudió al lugar donde fue hallado el coche de Sayre. Se fijó en un callejón adyacente. Este lugar concordaba con el descrito por Punks Gumbert a Cliff Marsland.

La Sombra confiaba en su agente en los bajos fondos. Cliff

formaba parte de la banda de Duke Scurley.

Cuando llegara la orden de llevar alguna víctima a su último viaje, Cliff se enteraría del lugar exacto donde los amarrados y amordazados gangsters eran dejados para que otras manos se los llevaran.

¿Sería el mismo callejón cerca del cual se encontró el auto de Sayre?

La Sombra cría que sí. Su profundo estudio del crimen le advertía la existencia de una nueva relación entre la desaparición de los dos médicos y la muerte de Merle Clussig y Wycroft Dustin.

Ante las circunstancias, La Sombra debía jugar a la espera. Fuera cual fuese la suerte de Joseph Barratini o Rupert Sayre, la mejor manera de descubrir a aquel super criminal era esperar a que diese un nuevo pasos.

Y ello ocurriría cuando Duke Scurley recibiese una nueva orden.

Los dedos abrieron el segundo sobre. Escrito cuidadosamente en clave, apareció el informe de Rutledge Mann acerca de su entrevista con Holbrook Edkins.

El papel permaneció inmóvil en las manos de La Sombra. La escritura, en tinta azul brillante, que caracterizaba los mensajes entre La Sombra y sus agentes, se fue desvaneciendo palabra por palabra.

La Sombra dirigióse a los auriculares y estableció comunicación con Burbank. Cuando hubo acabado de dar órdenes, Burbank anunció su comprensión.

La azulada luz se apagó cuando dio vuelta al interruptor. Una carcajada resonó en la oscuridad del santuario. La siniestra risa de La Sombra, anunciaba que el curso de la batalla iba a cambiar.

En el mensaje de Rutledge Mann, La Sombra encontró la clave, el último eslabón de la cadena, que ahora estaba ya completa. Aquella noche, bajo la falsa personalidad de Lamont Cranston, descubriría la identidad del súper bandido que se escondía tras el crimen.

Una palabra a La Sombra... una palabra que revelaba la agudeza de los métodos de La Sombra... una palabra que premiaba la paciencia que el ser de la oscuridad demostró durante la larga campaña, contra un enemigo cuyos métodos eran profundos y sutiles.

Aquella palabra alegró a Rutledge Mann. El agente de Cambio y Bolsa, al seguir las instrucciones de La Sombra, había descubierto al financiero, a quien buscaba La Sombra.

La persona inocente que, como La Sombra sabía, existía como anzuelo en el juego que el misterioso asesino esta jugando.

Aquella noche, Holbrook Edkins recibiría a un invitado. Hablaría con Lamont Cranston, el multimillonario, respecto a determinados inventos eléctricos. Edkins había confesado muy poco a Rutledge Mann.

A Lamont Cranston le diría mucho más, pues trataría con La Sombra, como con el agente del maestro.

Una nueva carcajada sonó en la oscuridad. Mil ecos fantasmales la repitieron, cada vez con menos fuerza, y cuando al fin se apagaron en el oscuro santuario.

La Sombra, el genio de la venganza, había partido. Aquella noche, su mano trataría de agarrar a un oculto asesino y terminar con los misteriosos crímenes.

CAPÍTULO XIV

ENCUENTRO ENTRE MILLONARIOS

HOLBROOK Edkins vivía en una vieja casa construida en la última década del siglo pasado; y tras un exterior sencillo, ocultaba una suntuosidad principesca. El millonario cambió la vieja casa de acuerdo con sus gustos.

El salón de la planta baja estaba amueblado al estilo Luís XV. Edkins, paseando entre los finos y estilizados muebles, parecía un elefante entre una colección de porcelanas.

Un timbre sonó opacamente. Edkins consultó su reloj. Eran las nueve.

Aquella era la hora de la cita con Lamont Cranston. El millonario se había comunicado desde el Cobalt Club. Un mayordomo vestido con elegante sencillez anunció desde la entrada:

—El señor Lamont Cranston.

—¡Hágale pasar! —dijo Edkins.

Un momento después, Holbrook Edkins estrechaba la mano de Lamont Cranston. El dueño de casa invitó a su huésped a sentarse; el criado apareció con una caja de habanos.

Entretanto, los dos hombres se estudiaban mutuamente.

La penetrante mirada de Lamont Cranston recorrió a Holbrook Edkins. Este, alto y grueso, era uno de esos hombres que aprecian más la comodidad que el lujo.

Tenía unos cincuenta años y era algo calvo, de cara mofletuda y desbordante doble barbilla. Parecía un hombre honrado y bueno.

Edkins no tardó en observar que su visitante era un hombre extraordinario.

Alto, delgado y vestido de negro, Cranston mostraba un aspecto

sombrío que era acentuado por la serenidad de su rostro.

Holbrook Edkins no había visto nunca un rostro más inmóvil. La aguileña nariz de Cranston, sus agudos ojos, todo impresionó, en seguida, a Edkins.

Fue Edkins quien inició la conversación. Se sentía un poco molesto. Supuso que era a causa del mobiliario y tapices que le rodeaban.

—¿Y si fuéramos a mi despacho? —dijo—. Allí es donde me gusta hablar de negocios. Este escenario es de mi mujer. Fue ella quien lo ideó. Le gustan los muebles llamativos. A mí, en cambio, me hacen sentirme molesto.

Cranston accedió a la sugerencia. Siguió a Edkins escalera arriba hasta llegar a una habitación aislada, entrando en el cuartito que servía de despacho al dueño de la casa.

El lugar no estaba muy ordenado, pero era cómodo. Edkins invitó a Cranston a que se sentara en un profundo sillón.

—Tengo entendido que ha invertido bastante dinero en un nuevo invento sobre los rayos X—dijo Edkins—. He hablado con su agente, el señor Mann.

—No he invertido aún ni un céntimo—replicó Cranston—. No hago más que conservar una opción por un interés parcial en el invento. No me importaría financiarlo yo todo.

—Eso me dijo el señor Mann—replicó Edkins, mordiendo su cigarro—. ¿Ha visto usted los planos? ¿Sabe exactamente de qué se trata?

—No. Los términos de la opción dependen enteramente de que quede finalmente satisfecho. Acepté la palabra de Mann de que el invento había alcanzado un punto satisfactorio.

Holbrook Edkins no contestó en seguida. La pequeña habitación se estaba cargando de humo de tabaco. Edkins tosió y acercándose a la chimenea tiró a las llamas la colilla de su “perfecto”.

Luego abrió una caja colocada sobre la mesa y sacó de ella un cigarrillo.

—Si prefiere usted éstos—ofreció—. A veces los cigarros puros me resultan demasiado fuertes.

—¿Le molesta que fume? —inquirió Cranston.

—En absoluto—aseguró Edkins—. Aquí tengo más cigarros, o cigarrillos si los prefiere. Respecto a los rayos X, señor Cranston,

deseo saber más.

—¿Está usted familiarizado con ellos?

La pregunta de Cranston era directa. Fue hecha en el momento en que Edkins encendía su cigarrillo con un encendedor eléctrico.

El dueño de la casa dirigió una rápida mirada a su invitado. Observó la firme expresión de Cranston y vaciló en el momento en que iba a decir:— “No”.

—Estoy algo familiarizado con las aplicaciones eléctricas-declaró Edkins—. En realidad he financiado, el desarrollo de ciertos inventos de éxito. En escala reducida, claro está.

—O sea que le gustaría a usted intervenir en un negocio más importante.

—Eso es. Pero, claro, antes me gustaría asegurarme de sus méritos.

—Soy de su misma opinión-anunció Cranston—. Por eso quería hablar con usted. Quisiera ver el asunto desde el punto de vista del financiero. Por ello quisiera saber si hay o no en desarrollo, otros accesorios para los rayos X.

Edkins fumó un rato en silencio. En las palabras de Cranston no había habido interrogación alguna, pero aquellos firmes y penetrantes ojos parecían interrogarle.

Edkins sólo había fumado la mitad del cigarrillo, pero, levantándose, fue a la chimenea, apartó la pantalla y tiró la colilla encendiendo en seguida otro cigarrillo.

Entretanto, Cranston había permanecido callado. Era evidente que el visitante esperaba algún comentario de Edkins. Al fin este dijo:

—Comprendo sus dudas. Sería una locura invertir dinero en un invento que pudiera ser rápidamente superado. Ese ha sido mi problema durante varios meses...

—¿Respecto a aparatos de rayos X?

La pregunta de Cranston fue hecha de una manera sencilla, pero Holbrook Edkins dióse cuenta en seguida de que había hablado demasiado, dejando que la conversación llegara a un punto que antes de recibir a Cranston no pensaba tocar.

—No es eso exactamente-replicó, tratando de enmendar su error—. Lo que más me ha interesado ha sido una pantalla protectora contra los peligros de los rayos X de gran potencia.

—Necesaria, desde luego, para unos rayos X más potentes de los que ahora se emplean, ¿verdad? —inquirió Cranston.

—Sí...— Holbrook Edkins se interrumpió nuevamente, tirando su segundo cigarrillo al fuego. Volvióse hacia Cranston y creyó ver una mirada de desafío en sus ojos.

Edkins recordaba haber explicado a Rutledge Mann que había entablado negociaciones con un agente.

¿Había advertido Mann a Cranston? Cualquiera que fuese el caso, Edkins acababa de admitir un interés acerca de los rayos X. También se dio cuenta de que Cranston, a pesar de no hacer ninguna pregunta directa, le estaba sacando toda la verdad.

—He estado en tratos con un agente cuyo nombre he prometido no revelar—siguió Edkins—, me ha mostrado modelos de aparatos de rayos X, ya completamente perfeccionados. Él representa al inventor. He hecho ya algunos anticipos de dinero.

—¿De veras? —replicó Cranston—. Entonces no sentiría ningún interés por el invento que he prometido financiar. En tales circunstancias...

—No, no-se apresuró a decir Edkins, viendo que su huésped se levantaba para marcharse—. Sería una verdadera desgracia que cualquiera de nosotros estuviera invirtiendo dinero en un invento completamente inútil.

—Los acontecimientos lo dirán—decidió Cranston—. No siento ningún deseo de ocasionarle pérdidas materiales, señor Edkins. Además, tengo la impresión de que mi negocio es más seguro que el de usted. Yo estoy en tratos con un agente legal, especialista en inversiones. Rutledge Mann no trata de ocultar su nombre a nadie. En cambio, usted negocia con un hombre que hace esfuerzos por mantener el anónimo. Perdone, pero no puedo felicitarle por su elección, señor Edkins; sin embargo, le deseo mucha suerte.

Las palabras de Cranston actuaron de ardiente aguijón. Hicieron poner nervioso a Edkins, que agarró de la mano a su visitante, pidiéndole:

—No se marche, por favor. Me gustaría hablar más acerca de esto. Puede que haya cometido un serio error. Tal vez necesitaré su consejo. Me ha abierto usted los ojos.

—Todo aquel que entra en tratos con una persona, que se esfuerza en mantener oculta su identidad comete un error. Claro

que yo no le digo que rompa las negociaciones con ese desconocido personaje...

—Deje que le explique lo ocurrido-pidió Edkins—. Deseo que se entere usted de todo y así podrá darme un consejo. Piense que eso es de una gran importancia para mí.

Con una leve sonrisa, el visitante consintió en quedarse. Nerviosamente, Holbrook Edkins encendió otro cigarrillo. Luego, con acento nervioso, empezó:

—Ese hombre me ofreció la oportunidad de invertir dinero en un invento ya patentado, que parecía excelente. Hace dos años me hizo una oferta similar, la acepté y gané bastante dinero. El año pasado me ofreció otro invento, accedía a capitalizarlo y también obtuve pingües beneficios.

“Últimamente, ese hombre me hizo una nueva oferta. En esta misma habitación, Vel... —Edkins se contuvo—. Ese agente, que por casualidad estaba sentado en el mismo sillón que usted ocupa ahora, me dio los detalles preliminares de un dispositivo de rayos X que, según él, iban a revolucionar su construcción.

“Accedí a un financiamiento preliminar. Él debía tratar con el inventor a quien yo no he visto nunca. El asunto ha marchado bien, pero despacio. El agente me ha venido visitando, y esta noche o mañana le espero. Entretanto, me he enterado del invento que Rutledge Mann va a echar al mercado.

—Lo que usted me ha contado no cambia en nada los hechos. Sigo creyendo que se expone usted mucho, tratando con un hombre que por tantos medios procura mantener en el secreto su personalidad.

—El hombre sabe convencer-declaró Edkins—. Tiene otros inventores en lista. Dice que irá amontonando las empresas, hasta que última sea financiada por los beneficios de las otras, y esa superará a todas.

—¿Y por qué no explica ahora todo cuanto sabe?

—Porque yo soy la única persona que se ha mostrado dispuesta a invertir dinero en sus empresas. Pero mi capital es limitado. Si yo pudiera unirme a otro hombre de visión clara...

Edkins se interrumpió al observar la lucecilla que brilló en los ojos de Cranston. El financiero ignoraba que aquella expresión era fingida.

Edkins creyó que Cranston estaba vivamente interesado en la proposición que se discutía.

—Tal vez a usted le interesara entrar en el negocio. ¿Quiere entrevistarse con el agente?

—No-replicó Lamont Cranston, cuyo fingido interés se fue desvaneciendo—. No estoy acostumbrado a tratar con gente que tiene tanto interés en que su nombre no se conozca. Antes de entablar ninguna negociación con una persona, deseo saber cómo se llama.

—Puedo decirle su nombre, con tal de que usted no lo repita a nadie. Comprenderá que todo se ha llevado en secreto. Si usted me lo asegura...

Cranston pareció vacilar; después, con afectada indiferencia, movió afirmativamente la cabeza. Edkins supuso que asentía y en su afán de impresionar a Cranston se apresuró a explicar: —El agente se llama Veldon. Eric Veldon. Fuera de esto no sé nada de él. Desconozco su domicilio. Espero que me visite, y cuando lo haga, le diré que usted desea verle.

—No-replicó Cranston, con firme acento—. No es necesario. No quisiera decepcionarle si algo me impidiese acudir a la cita. Vale más que usted procure que Eric Veldon venga a verle. En cuanto sepa la hora en que llegará, avíseme y si es posible acudiré aquí. Que mi llegada sea la primera noticia que él tenga de mi interés por el asunto.

Holbrook Edkins reconoció lo acertado de la insinuación de Cranston. El millonario tiró el cigarrillo a la chimenea. Al volverse sonó una llamada a la puerta. El criado anunció que llamaban al señor Cranston al teléfono.

Edkins acompañó hasta abajo a Lamont Cranston. Oyó a su huésped celebrar una breve conferencia. Sus palabras no indicaban el tema de la conversación. Era indudable que Cranston recibía un mensaje.

—Tengo que volver al Club-anunció Cranston al colgar el receptor—. Me han avisado la llegada de un amigo, a quien hace tiempo deseaba ver, espero recibir noticias tuyas después que haya hablado con el señor Veldon.

—No tardaré en avisarle-aseguró Edkins.

Después de un último apretón de manos. Cranston salió de la

casa.

Holbrook Edkins le vio subir a un auto, que se puso en marcha en seguida.

Pero el millonario no vio lo que ocurría dentro del coche.

En la oscuridad del coupé, una rápida transformación se operó sobre Cranston. De un maletín, Cranston sacó una masa de negras ropas.

Los pliegues de una negra capa cubrieron la sentada figura. Un sombrero de amplias alas le ocultó la cabeza. Dos pesadas automáticas desaparecieron en sus bolsillos.

Sólo permanecieron visibles los ojos de Lamont Cranston. Eran los agudos ojos que Holbrook Edkins había notado, pero en la oscuridad brillaban extrañamente, mientras se fijaban en la calle, enfrente.

Lamont Cranston habíase convertido en La Sombra. Una amenazadora carcajada brotó de sus labios. Aquella noche, La Sombra había descubierto la identidad del hombre a quien buscaba...

Eric Veldon, el super criminal que comerciaba con el asesinato.

Pero aun había más. La Sombra recibió un mensaje que prometía veloz actividad. Iba a emprender una misión que le conducía a la oculta madriguera del enemigo, cuyo nombre ya conocía.

El coupé avanzó rápidamente al llegar a una avenida. Las firmes manos de La Sombra estaban el volante. Sus ojos brillaban mirando hacia adelante.

Los labios de La Sombra modularon nuevamente su sibilante carcajada.

CAPÍTULO XV

LOS SERVIDORES DEL BANDIDO

EN el momento en que Lamont Cranston abandonaba la casa de Holbrook Edkins, Cliff Marsland, su agente, cruzaba la puerta lateral de un viejo garaje al norte de Manhattan. Aquella noche, Cliff esperaba importantes acontecimientos.

Había ido allí con Punks Gumbert, pues debían reunirse con Duke Scurley, que utilizaba el garaje como punto de cita de su banda.

Por fortuna, llegaron antes que Duke y sus hombres. Ello permitió a Cliff ir a comprar un paquete de cigarrillos... y telefonar a Burbank.

Cliff estaba pensando en la llamada aquella. Sólo pudo informar a Burbank de un hecho importante; Duke Scurley iba a dar un paseo a alguien.

La banda, de la cual formaba parte Cliff, partiría desde el garaje. Recogerían a alguna víctima para llevarla a un paseo que terminaría, sin duda alguna, en el lugar donde Duke Scurley dejaba todas sus víctimas.

¿Cuál era el lugar? Cliff continuaba ignorándolo. Sabía que Burbank retransmitiría su mensaje a La Sombra, pero sospechaba que dicha comunicación resultaría de escaso valor.

Antes de que La Sombra alcanzase aquel garaje, la banda encontraría ya muy lejos.

Esta situación se debía a Punks Gumbert. El gangster no había dicho nada acerca del trabajo de la noche hasta que Cliff y él se acercaron al punto convenido. Era la primera vez que Cliff oía hablar del garaje, como punto de reunión.

Todo cuanto Cliff podía esperar era descubrir algo que le

permitiera fijar la ruta seguida desde el garaje y obtener alguna pista que pudiera ser útil a La Sombra.

Vagas figuras movíanse dentro del garaje cuando Cliff entró en él. Duke Scurley y sus gangsters habían llegado ya.

Una áspera voz, que Cliff reconoció perteneciente a Duke Scurley, sonaba en un rincón. El agente de La Sombra se acercó.

—Hola, Marsland-le saludó Duke—. Ven, quiero hablarte.

Cliff se reunió con el jefe de la banda. Duke era un hombre alto, pesado, cuya voluminosa figura era fácilmente reconocida aunque no se le viera la cara.

—Vamos a hacer un trabajo grande-siguió Duke, en voz algo más baja—. A pescar a un pájaro que se cree muy listo. Punks me ha dicho que manejas el revólver mejor que nadie. ¿Lo tienes preparado?

—Llevo dos-replicó Cliff.

—Bien-asintió Duke—. Agarraremos a ese traidor cuando menos se lo espere. Por eso deseo asegurarme de que manejas bien las armas. A ver cómo sacas la artillería.

Con la velocidad del rayo, Cliff empuñó sus dos automáticas, que parecieron materializarse en sus manos. Los cañones de las dos armas miraron fijamente a Duke. El jefe rió aprobadoramente.

—Manejas esos cacharros como si fueran del veintidós, en vez del cuarenta y cinco. ¡Vaya pistolas! Eres el primero de mi banda que lleva trastos de ese calibre. Déjame ver uno.

Cliff inclinó una de las automáticas y tendió la otra a Duke. Este la examinó atentamente y de pronto, empuñándola, hundió el cañón en el estómago de Cliff, ordenando:

—¡Suelta la otra pistola! ¡Tú eres el pájaro a quien vamos a pasear!

La réplica de Cliff fue un salto a un lado y un rápido disparo contra el bandido. Sin duda, hubiera acabado con él, si dos de los hombres que lo observaban no se le hubiesen echado encima, desviando el arma y haciendo que la bala rozara tan sólo los cabellos de Duke.

Luego, la pistola le fue arrancada de las manos y el agente de La Sombra cayó abrumado por el número de enemigos.

En seguida fue atado de pies y manos, mientras Punks Gumbert le amordazaba para impedirle gritar.

El luminoso haz de una linterna reveló a Cliff completamente inmovilizado.

—Creíste que nos engañarías, ¿eh? —rió Duke, mirándole—. Pues caíste en la trampa, muchacho listo. Cuando ingresaste entre nosotros sospeché que había algo sucio. No eres como los demás de mi banda.

“Pregunté a Punks qué idea le había dado de tenerte. Me contestó que encontrabas distraído lo de dar paseítos. Me contó que te había explicado algo acerca de nuestro sistema. Por eso decidía enseñarte cómo lo hacemos. Ya nos hemos librado, antes de ahora, de otros traidores. Puede que te hayas preguntado qué les ocurre a los que llevamos a dar el paseo. Pues bien, te enterarás por ti mismo.

Riendo ásperamente, Duke ordenó a sus hombres que metieran a Cliff en un viejo coche de turismo. Los gangsters obedecieron.

Eran unos seis y además del coche de turismo tenían un maltratado sedan.

Ambos autos abandonaron el garaje en su viaje de muerte.

Cliff Marsland, tendido en el suelo del coche, aceptaba rabiosamente su destino. Se había dejado engañar. Duke le había elegido como víctima por la que alguien pagaría mil dólares.

Lo peor de todo era que tenía la seguridad de no recibir ayuda de nadie.

Había asegurado a Burbank que todo iría bien. Lo ocurrido luego era totalmente inesperado. Sin embargo, Cliff conservaba la serenidad. El peligro era inherente al trabajo al servicio de La Sombra. Otras veces, en el pasado, Cliff habíase salvado milagrosamente. Pero siempre habíase resignado a una carrera indecisa, cuyo final inevitable era la muerte.

El auto dobló varias esquinas. Duke Scurley iba al volante. El sedan le seguía a corta distancia. El jefe de la banda seguía un enrevesado camino para llegar a su destino, donde entregaría a Cliff Marsland a unas manos más terribles que las suyas.

Cliff no tenía la menor idea del camino que se estaba siguiendo. Sospechaba que continuaban en la parte alta de Manhattan y que el lugar donde sería transferido a otro poder, no estaba lejos. Al llegar a una estrecha calleja, el auto redujo la marcha.

El cambio de velocidad hizo que la barbilla de Marsland chocara

contra la barra de hierro que servía para apoyar los pies. Fue un golpe brutal que hizo arquear todo el cuerpo del cautivo.

Los gangsters se echaron a reír. Mas para Cliff aquello fue una suerte. Al apartar la cabeza de la barra notó que la mordaza se había aflojado.

Con todo cuidado, Cliff consiguió dejar libre la boca, pero cuando el auto se detuvo, levantó con los dientes la mordaza, para que nadie observara que estaba suelta.

Los bandidos descendieron del auto y condujeron a su víctima hasta un tenebroso callejón. Al alejarse, uno de los hombres pegó un violento puntapié a Cliff.

—Vamos-dijo su compañero—. En la calle acaba de detenerse un auto.

—Alguien que piensa dejarlo allí-dijo el otro—. Ha apagado las luces. Vamos, marcharemos sin que nos vean.

Indudablemente, Duke Scurley se había fijado también en el auto. Cliff le oyó gruñir:

—Punks ha ido a ver quién es. Esperemos hasta que vuelva. Cuando esté todo seguro nos iremos.

Siguió un intenso silencio. Al fin, Cliff oyó que alguien se acercaba en la oscuridad. Oyó una voz, Punk daba su informe.

—No había nadie en el auto-decía el gangster, con acento asombrado e inquieto—. ¡De veras que no hay nadie!

—¿Estás loco? —replicó Duke—. Nadie ha podido marcharse. Fuiste hacia allí antes de que el auto se detuviera.

Una súbita alegría invadió a Cliff. Sabía ya cuál era la situación. La persona llegada en aquel auto era La Sombra.

—¡Socorro...!

La voz de Cliff se apagó. Una mano le aplicó a la boca un trapo saturado de un potente anestésico, de efectos inmediatos. Entre un torbellino de ideas y visiones, Cliff oyó lejanos gritos. Luego se sintió arrastrado por los hombres que habían ido a buscarle.

Los servidores del criminal se llevaban su víctima. Cliff Marsland, agente de La Sombra, era arrastrado lejos de allí por los hombres mecánicos de Eric Veldon.

CAPÍTULO XVI

LUCHA CON LOS GANGSTERS

EL grito de Cliff Marsland hizo que Duke Scurley corriera hacia donde se encontraba el prisionero, dispuesto a acabar con él y retirar el cadáver antes de que nadie pudiera hallarlo.

Empuñó una linterna eléctrica y dirigió el haz de luz hacia el callejón.

Entretanto, los gangsters que habían quedado en el coche encendieron los faros.

Duke empuñaba un revólver. Iba dispuesto a disparar sobre Cliff, ignorando que los servidores de Eric Veldon se lo habían llevado.

En aquel momento sonó un grito de advertencia. Duke se volvió y la luz de su linterna reveló contra la pared una figura que había provocado el grito de aviso.

Ante él, como un siniestro espectro de la noche, veíase una alta figura vestida de negro. La Sombra era un inesperado antagonista.

Punks Gumbert fue quien descubrió a la fantasmal figura. La Sombra había avanzado por el callejón, para llegar antes que nadie junto a su agente. Pero la luz de los faros dejó al descubierto al amo de las tinieblas.

La Sombra entró velozmente en acción. Si hubiese atacado a su más cercano adversario, habría cometido un error.

En vez de disparar sobre Duke Scurley, se volvió hacia donde sonó el grito de aviso. Punks Gumbert levantaba un revólver.

Una pesada automática dejó oír su atronadora voz. Fue La Sombra quien disparó. Al avisar a su jefe, Punks Gumbert firmó su sentencia de muerte.

La puntería de La Sombra reveló su eficacia antes de que el gangster pudiese disparar. Punks Gumbert se tambaleó, una

bocanada de sangre tiñó sus labios y el hombre que había traicionado a Cliff Marsland cayó sin vida.

Otro luchador acaso hubiese concentrado su fuego sobre el coche de turismo. No así La Sombra. De nuevo su estrategia prevaleció.

La muerte de Punks Gumbert desconcertó a sus compañeros. Y aquel breve instante lo aprovechó La Sombra para volverse contra Duke Scurley.

El revólver del bandido apuntaba al ser de las tinieblas. Pero en el momento en que su dedo se curvaba sobre el gatillo, La Sombra se hizo a un lado y la bala destinada a él hundiéndose en la pared.

Una burlona carcajada resonó en la calleja y con ella una detonación. Duke Scurley cayó fulminado. La bala le atravesó el corazón.

Los gangsters quedaron paralizados por el asombro. Acababan de reconocer a su fantasmal adversario. Los terribles efectos de los disparos de La Sombra, les llenaron de ansias de huir.

Dos tiros bastaron para aniquilar a tan excelentes pistoleros como Punks Gumbert y Duke Scurley.

Pero los gangsters del sedan acudían al lugar de la lucha. Habían visto caer a su jefe, pero ignoraban quién era su adversario. A medida que avanzaban iban disparando sus armas.

La Sombra, oculto en la oscuridad, no respondió al fuego. Sus enemigos no le habían visto. Disparaban al azar. Los otros gangsters, animados por el ejemplo de sus compañeros, y viendo que su adversario no replicaba, empezaron a sacar sus armas. No conocían la estrategia de La Sombra.

En el momento en que los gangsters del sedan llegaron a la altura de los reunidos junto al coche de turismo, La Sombra levantó sus automáticas.

Las dos armas llamearon repetidamente. La apuntaba a sus atacantes. En vez de disparar con precisión, abrió un fuego de barrera contra el ataque en masa, lanzando un diluvio de plomo contra los que avanzaban. Muy pocas balas se perdieron.

Asombrosa estrategia. Uno de los hombres de sedan cayó al suelo antes de que los otros advirtieran la presencia de su enemigo. Los rugientes gangsters se echaron al suelo.

Uno de ellos abandonó su arma y corrió al coche, pero en el

momento en que empuñaba el volante, una bala, después de hacer añicos el parabrisas, se le hundió en el corazón.

Los demás ya no pensaron en volver al sedan. Dos aun podían moverse, a pesar de haber sido alcanzados por los disparos de La Sombra.

Se pusieron en pie y, tambaleándose, fueron hacia el coche de turismo, pasando por entre las gimientes víctimas de la maestría de La Sombra.

Uno de ellos ocupó el asiento del conductor y puso en marcha el auto. Al pasar cerca de donde estaba La Sombra, el otro gangster levantó su pistola, anhelando, antes de morir, acabar con su matador.

La automática de La Sombra habló. No disparó contra el gangster que le apuntaba, sino contra el conductor, y en el instante en que sonaba el disparo dirigido contra La Sombra, y que se perdió en lo alto, el auto iba a estrellarse contra una pared, sin que ninguno de sus ocupantes pudiera escapar a la muerte.

Los ecos de los disparos habían cesado. Una burlona carcajada les reemplazó. El fino haz luminoso de una linterna brilló en la calleja.

La Sombra había llegado adonde quería ir. La luz le reveló el más completo vacío.

Los servidores de Veldon aprovecharon la tregua que les ofrecía la batalla y huyeron llevándose a Cliff Marsland, sin dejar ninguna pista para La Sombra.

Pero el genio de las tinieblas no se dio por vencido. Deslizóse hacia donde había dejado su coupé. Un momento después el auto partía a toda velocidad.

La Sombra se enfrentaba de nuevo con toda su energía y audacia con el Destino.

CAPÍTULO XVII

EL ESQUELETO VIVIENTE

LOS neumáticos de un auto aplastaron la arena de un sendero. Una gran limousine se detuvo ante una casa aislada. Dos hombres descendieron rítmicamente a lo largo de oscuros corredores.

Al fin cesaron. Cliff Marsland el agente de La Sombra, había llegado al fin de su viaje.

En un piso superior un joven escuchaba los rumores que acompañaban la llegada de Cliff. Tranquilo, pero muy serio, el doctor Rupert Sayre asociaba aquellos pasos con la llegada de otro prisionero.

El cuarto que ocupaba no era incómodo. Al contrario, el joven médico encontró muchos detalles dispuestos para su comodidad.

Se encontraba en una habitación de alto techo, en la cual la luz entraba por una inaccesible ventanilla.

Aquella noche, Sayre fumaba su pipa favorita que tenía en su poder en el momento en que fue capturado.

Rupert Sayre se despertó en aquella habitación. Entre el descubrimiento del cadáver de Joseph Barratini y su despertar allí, Sayre sabía que se encontró bajo los efectos de un potente soporífico, por lo tanto ignoraba la duración de sus efectos.

En un lado del cuarto, sobre una mesa, veíase una especie de máquina de escribir, con un ancho rollo de papel. Desde el primer momento, Sayre reconoció en ella un teletipo. Por medio de aquel aparato, desde una distancia más o menos próxima, se habían ido dando instrucciones a Rupert Sayre. Una de ellas fue que no intentara huir.

El médico replicó, por medio del teletipo, que no intentaría semejante cosa.

Luego, a intervalos regulares, un hombre que parecía un cadáver articulado, entraba a traerle la comida, la cena, el desayuno.

Sin embargo, Rupert sabía que su prisión no podía prolongarse indefinidamente. Ignoraba por qué se le conservaba la vida. Presentía descubrirlo pronto. Aquella noche oyó partir un automóvil.

Ahora lo había oído volver. ¿Significaba aquello que Eric Veldon llevaba a cabo unos planes que podían envolver la seguridad de Sayre?

Mientras el joven médico se hacía estas preguntas empezó a oírse el rápido tecleo del teletipo. Con la pipa entre los dientes, Sayre acercóse al aparato y leyó sobre el papel:

ESTOY DISPUESTO A CONFERENCIAR CON USTED. ¿ESTA DISPUESTO A ACEPTAR LAS CONDICIONES QUE LE IMPONGA?

—SI— contestó el médico.

MI CRIADO ALPHA LE CONDUCIRA HASTA EL PUNTO DE REUNION— siguió el comunicante—. PREPARESE PARA ACOMPAÑARLE.

—*ESTOY PREPARADO*—replicó Sayre.

Ningún otro mensaje apareció sobre el papel. Sayre extrajo la ceniza de su pipa y sentóse en espera de la llegada del servidor de Eric Veldon. Poco después se abrió la puerta. Un autómatas humano entró.

Aquel hombre era alto y sus facciones parecían hechas de cera. Tenía la mirada fija e inexpresiva y dirigiéndose directamente al médico sus labios pronunciaron una sola palabra:

—Ven.

Sayre se levantó. Aquel monstruo se hizo a un lado para dejarle pasar.

Levantó un brazo, señalando hacia delante, indicando que el médico debía avanzar por el pasillo. Sayre llegó así hasta una escalera. Allí otro autómatas, de tipo de criminal, señaló hacia abajo, y el médico descendió por la oscura escalera.

Al llegar abajo descubrió al ser que había ido a buscar al doctor Barratini. El monstruoso centinela señaló hacia un corredor que conducía a la izquierda.

Sayre siguió aquel camino hasta llegar a un sitio donde otro centinela le detuvo. Alpha, que durante todo el rato había

marchado a pocos metros detrás de Sayre, pronunció una palabra ininteligible y el centinela se hizo a un lado y luego se alejó.

Sus pasos se mezclaron, en el eco, con los de aquellos otros que le habían guiado hasta allí. El médico quedó solo con Alpha.

Oyóse un chirrido y un lado del corredor se abrió. Sayre volvióse hacia Alpha y el hombre mecánico levantó una mano ordenando con voz opaca:

—Entra.

Sayre penetró en una habitación de oscuras paredes. Hacia el fondo descubrió una mesa y frente a ella una silla.

Al otro lado, Sayre percibió vagamente un cuadro de cristal. Pero todo ello era difícilmente visible a la débil e indirecta luz.

—Espera-ordenó Alpha, señalando la silla.

Rupert Sayre se sentó frente al cristal. Oyó que Alpha se alejaba y luego el cerrar de la puerta. Estaba solo.

Un oculto mecanismo comenzó a emitir un constante zumbido. Las luces se apagaron. La oscuridad se hizo total. Sayre no podía ver nada hasta que el cristal ante él se iluminó.

La luz que brotaba de allí tenía un tinte violeta bastante pronunciado. De pronto, Rupert Sayre lanzó una exclamación de asombro.

Enmarcado en el espacio ante él veíase un terrorífico objeto. La parte superior de un aparato de rayos X de extraordinaria potencia, a través de la cual veía los huesos de un ser humano.

El esqueleto se apoyó de codos en la mesa colocada al otro lado de la pantalla. Moviéronse sus mandíbulas y las palabras brotaron de su boca sin labios.

—Usted es el doctor Rupert Sayre-declaró el esqueleto.

—Sí-contestó el médico.

—Yo soy el amo aquí-afirmó el esqueleto—. ¿Conoce mi nombre?

Sayre se apresuró a replicar. Sospechaba que aquel armazón huesoso era Eric Veldon, el hombre a quien Barratini había mencionado, mas era lo bastante prudente para no revelar sus sospechas.

—No-contestó.

—Está bien-replicó el esqueleto—. Ahora dígame cómo fue que siguió al doctor Barratini.

Sayre tomó una rápida decisión. Se dio cuenta de que una revelación parcial de la verdad, le permitiría ocultar los hechos que no deseaba revelar. Así, metódicamente, dio una explicación.

—Estaba en casa del doctor Barratini-dijo—. Alguien llamó a la puerta y el doctor pareció alarmarse. Me preguntó si tenía abajo mi coche. Le contesté que sí. Me hizo entrar en otro cuarto y me suplicó que siguiese al hombre con quien él se iría.

“Entró un sujeto muy extraño. Dio dinero al doctor Barratini y luego salió acompañado por el médico. Les vi subir a una limousine. Les seguí con mi coche. Cuando la limousine se detuvo yo bajé, abrí la portezuela del otro auto y encontré muerto al doctor Barratini...

El esqueleto le interrumpió con una carcajada. No era necesario que Sayre prosiguiese.

El joven médico esperó pacientemente la sentencia de su carcelero.

—Es usted un cirujano-anunció el esqueleto—. Su trabajo me es conocido. He descubierto su identidad, por medio de las tarjetas que he encontrado sobre su persona. Tengo trabajo para usted. Tiene una oportunidad que aprovechar.

Rupert Sayre estremeciéndose ante la áspera voz del esqueleto. Sabía muy bien que el hombre que tenía enfrente era Eric Veldon. Presentía lo que el criminal iba a proponerle: debía proseguir el trabajo que Joseph Barratini ya no podía continuar.

—Tengo hombres que me sirven bien-declaró el esqueleto—. Esos servidores fueron antes criminales. El doctor Barratini realizó una delicada operación quirúrgica en sus cerebros. Los hombres han conservado su capacidad natural, pero ya no recuerdan su pasado. Se mueven de forma mecánica, pero eficientemente.

“Se han olvidado de sus antiguos nombres. Ahora los designo por letras griegas. Y servidor que le ha traído aquí es Alpha. Él fue el primero de los pacientes del doctor Barratini.

“Por desgracia, el doctor y yo no estábamos de acuerdo. Él opinaba que las operaciones debían realizarse en beneficio de los pacientes; que los antiguos asesinos debían ocupar un nuevo puesto en la sociedad.

“Yo creía lo contrario. Me fue, pues, necesario eliminar al doctor Barratini. Elegí el método del que menos hubiera sospechado. Le llamé, aparentemente, para realizar otra operación. Mi servidor

obedeció dos instrucciones: primero dio suelta a una cantidad de gas letal en el interior de la limousine, segundo, se detuvo en un lugar conocido para reunirse con otro de mis servidores que se hallaba estacionado allí.

“Quería asegurarme de que nadie seguía a Barratini. Apareció usted y penetró en la limousine. Mis servidores le trajeron junto con Barratini.

“El aire, al penetrar en el coche, había eliminado gran parte del gas. Lo que quedaba, ocasionó en usted un desmayo poco peligroso. Como es natural, al enterarme de su profesión sentí un gran interés. Estaba ya dispuesto a realizar, por mí mismo, las futuras operaciones cerebrales, pero ahora se me ha ocurrido que puede usted servirme de cirujano.

El esqueleto dejó de hablar. Rupert Sayre le miró fijamente. Se encontraba en presencia, por la suerte de los pacientes que un hombre cuyas facciones nunca podría reconocer. Para ocultar su identidad, Eric Veldon eligió el asombroso medio de aparecer como un esqueleto.

De súbito, Sayre se dio cuenta de que el hombre aguardaba que contestara a su proposición.

—Suponga que rechazara su proposición—dijo el médico.

Una áspera carcajada fue la réplica del esqueleto. Las palabras brotaron amenazadoras de entre sus dientes.

—Puede usted elegir ese camino—replicó el criminal—. Puede usted operar al paciente que yo le presente; o puede cederme ese privilegio. Pero si me veo obligado a hacer de cirujano, le advierto, doctor Sayre, que en usted realizaré mi primer experimento.

Esta idea era horrorizante. Sayre pensó en los autómatas humanos que desfilaban por la penumbra de aquella terrible casa.

El joven cirujano vaciló ante la idea de reducir un ser viviente a aquel estado mecánico; pero aun más espantosa era la idea de convertirse él mismo en muñeco de carne y hueso.

—Sólo hay una elección posible—dijo Rupert Sayre—. Y es hacer lo que se me exige. Al fin y al cabo esos hombres son criminales. Sólo pido que se me entregue ese tipo de paciente.

Una carcajada brotó de entre los dientes de la calavera. Sin duda, Veldon aguardaba aquella repuesta. Estaba complacido de la actitud de Rupert Sayre.

Ignoraba que el médico trataba de ganar tiempo. Sayre era lo bastante listo para fingir indiferencia por la suerte de los pacientes que Veldon pudiese entregarle.

—Su demanda será aceptada—replicó el esqueleto—. Yo sólo elijo criminales. Son más fáciles de obtener y además, sus cerebros están más indicados para mis necesidades.

“Usted me proveerá de una legión de hombres mecánicos. Todos serán factores en mis propósitos. Sean cuales sean las órdenes que les dé las obedecerán. No vacilarán ante el crimen si yo se lo ordeno. Privados de su memoria, libres de toda iniciativa, harán cuanto se les mande.

Después de estas palabras, el esqueleto comenzó a desaparecer.

Desvaneciéndose gradualmente hasta borrarse por completo. Pasaron unos minutos. Las luces volvieron a brillar en la habitación. El hombre que había hablado con el doctor Sayre no se hallaba ya presente.

Con el potente aparato de rayos X y la pantalla protectora inventados por Merle Clussig, Eric Veldon había realizado el aparente milagro, que de momento confundió al doctor Sayre, un técnico en rayos x.

Nuevamente se abrió la puerta, y apareció Alpha. El servidor acudía a llevarle a una nueva aventura.

—Ven—fue la única palabra que Alpha pronunció.

Rupert Sayre levantóse, tratando de dominar la inquietud que le ocasionaba la certeza de que Eric Veldon iba a ponerle en seguida a prueba.

CAPÍTULO XVIII

LA TRETA

RUPERT Sayre no estaba equivocado en sus sospechas. Alpha, el taciturno servidor, le conducía hacia otro lugar de la casa. Al fin abrió una puerta.

Sayre entró en una pequeña antesala, mientras Alpha cerraba tras él. Veíase una puerta abierta. Era indudable que el médico debía adelantarse solo.

Al cruzar el umbral de la puerta, Sayre se detuvo. No esperaba la escena que se ofreció ante él, a pesar de que las palabras de Eric Veldon podían haberle prevenido.

Sayre estaba a la puerta de una brillantemente iluminada sala de operaciones. Dos figuras vestidas de blanco encontrábanse de pie al otro lado de la mesa de operaciones.

El médico reconoció en ellas a dos de los servidores de Veldon. Sobre la mesa yacía un hombre.

¡Aquel era el resultado del pacto con el esqueleto viviente! El cirujano había accedido a operar sobre criminales. ¡Ante él se encontraba el primero!

Y Sayre recordó los ruidos que escuchara desde su celda. Los servidores de Eric Veldon habían regresado aquella noche con otra víctima.

La situación era grotesca: antiguos criminales transformados en máquinas al servicio de Eric Veldon, y proveyéndole de nuevos reclutas para su ejército del mal.

Los dos hombres se hicieron a un lado cuando Sayre se adelantó. El médico inclinóse sobre el cautivo.

Su ceño se frunció mientras examinaba la inmóvil figura de Cliff Marsland.

Este continuaba bajo los efectos del anestésico, que los autómatas de Veldon le aplicaran para acallar sus gritos. Cliff, en aquel estado, había perdido gran parte de la dureza de expresión que usualmente adoptaba, cuando al tratar con bandidos pretendía ser igual a ellos.

El resultado fue que aumentaron las vacilaciones de Rupert Sayre. Si se hubiera encontrado con un hombre degenerado, con todo el canallesco aspecto de un gangster, tal vez hubiese acallado los gritos de su conciencia y realizado la operación que Veldon le pedía, en beneficio de su seguridad personal.

Pero el aspecto de Cliff Marsland reafirmó en el médico la voluntad de luchar contra Veldon.

Un rápido tecleo atrajo la atención de Sayre. Al volverse, el médico vio, cerca de él, un pedestal y, sobre él, un teletipo semejante al que se hallaba en la habitación donde estuvo prisionero, acercándose al aparato, Sayre leyó sobre el papel:

EMPIECE LA OPERACIÓN-Le observó.

Sayre llevó las manos al teclado y escribió:

¿ES REALMENTE UN CRIMINAL EL PACIENTE? NO LO PARECE.

La respuesta llegó en seguida.

LO ES. CONOZCO PERSONALMETNE AL HOMBRE. ES UN BANDIDO QUE TRAICIONO A SUS COMPAÑEROS.

El médico acercóse a la mesa de operaciones y examinó a Marsland.

EL PACIENTE TIENE ALGUNAS HERIDAS-contestó por medio del teletipo—. SE LE HA APLICADO UNA EXCESIVA DOSIS DE ANESTESICO. UNA OPERACIÓN PODRÍA SER DE FATALES CONSECUENCIAS.

NO SE PREOCUPE-fue la réplica de Veldon—. EMPIECE LA OPERACIÓN. MIRE EL CASO COMO UN EXPERIMENTO. SI FALLA PODRA MEJORAR SU PRACTICA EN OTROS.

De pronto, Sayre tuvo una feliz inspiración. Por lo que Veldon le había dicho, comprendió que el bandido daba muy poca importancia a la vida humana.

Al mismo tiempo supo que su aprehensor deseaba reunir el mayor número posible de máquinas humanas.

El médico decidió, pues, conducir el asunto por aquellos derroteros, que le permitirían aparentar un acuerdo con las

intenciones de Veldon. Colóquese ante el teletipo y replicó:

UN EXAMEN DEL PACIENTE ME CONVENCE DE QUE SE TRATA DE UN HOMBRE QUE REUNE LAS CONDICIONES PARA HACER DE EL UN EXCELENTE SERVIDOR. LO CREO SUPERIOR A LOS DEMAS QUE HE VISTO. CREO DESACERTADO APRESURAR LA OPERACIÓN CUANDO UN PEQUEÑO RETRASO SIGNIFICARIA UN TRABAJO REALIZADO CON TODA SEGURIDAD DE TRIUNFO. LO CREO DEMASIADO BUENO PARA DEJARLO PERDER.

Hubo una pausa y al fin llegó la respuesta. Esta hizo sonreír interiormente a Rupert Sayre.

SU CONSEJO INDICA PREVISION. LE FELICITO. ¿QUÉ RETRASO CONSIDERA NECESARIO?

Sayre reflexionó. Su deseo era obtener un margen de tiempo lo mayor posible; sin embargo, no quería despertar las sospechas de Veldon. Al cabo escribió:

CUARENTA Y OCHO HORAS.

PERFECTAMENTE-replicó, en seguida, el criminal.

Esto fue todo, y Rupert Sayre quedóse junto al teletipo, preguntándose qué ocurriría luego. Cliff Marsland se agitaba débilmente.

Al volverse, el médico le vio abrir los ojos.

Aun en su lamentable estado, Cliff comprendió que el cirujano era un amigo.

Los labios de Cliff se movieron, mas sin emitir ningún sonido inteligible.

Rupert Sayre no podía contestar, sabiendo que desde algún sitio Eric Veldon podía estarle vigilando. Sin embargo, movió ligeramente la cabeza, en muda respuesta a cualquier pregunta que Marsland pudiera haberle hecho...

Luego se oyeron pasos. Alpha entró en el cuarto. El autómata inclinóse ante el médico y señaló la puerta.

Mientras Sayre se disponía a salir, Alpha lanzó una orden gutural, y los otros dos hombres levantaron a Cliff Marsland para llevárselo.

Seguido de Alpha, Sayre recorrió el largo corredor llegando al fin a su cuarto. Alpha entró con él.

De pronto, Rupert Sayre tuvo una súbita inspiración. Levantó una mano y dio una orden. Mientras hablaba miraba fijamente a

Alpha.

—Espera-fue la orden del cirujano.

Por primera vez el autómata dio ligeras muestras de iniciativa humana. El poder de la orden pareció ejercer en él un notable efecto, cediendo al fin a la superior inteligencia del médico.

—Cierra la puerta.

Sayre pronunciaba las palabras lentas, pero firmemente, sin vacilar. Alpha obedeció. Ni una sola vez su mirada apartóse de los ojos de Sayre.

¿Reconocía Alpha a un amo en Rupert Sayre? El médico lo creía. Indicó al autómata que se acercara, y Alpha obedeció. Nuevamente a Sayre se le ocurrió algo muy lógico.

Alpha debía de ser el primero en quien Barratini experimentó su sistema. Sin duda, su inteligencia debía de retornar progresivamente a él, permitiendo a Veldon emplearlo de lugarteniente.

Sayre decidió probar hasta qué punto se había realizado la regeneración.

—Dime tu nombre-ordenó.

—Alpha —contestó el autómata.

—Ese es tu nombre nuevo-declaró Sayre—. Dime el antiguo, el que usabas antes de venir aquí.

—No me acuerdo.

Esto era animador. Sin duda, Alpha tenía algunos vagos recuerdos, puesto que sabía el significado del pasado. Con destreza podría hacerse que se subleva contra su amo.

—Yo soy tu dueño-declaró Sayre.

—Sí-contestó Alpha.

—Aquí hay otro hombre que también se llama tu amo, ¿verdad?

—Sí.

—Dime su nombre.

—No lo sé.

La vaguedad de la respuesta de Alpha convenció a Sayre de que existía un abismo infranqueable entre Veldon y sus servidores. Además, éstos sabían responder a las órdenes, pero vacilaban cuando eran interrogados.

Sobre esta teoría, Sayre estaba seguro de que nada de cuanto se dijese allí sería repetido a Eric Veldon.

—Esta noche-declaró Sayre—, he visto a un hombre que está prisionero aquí. Recuerda, Alpha, que soy tu amo. Quiero ver a ese prisionero. Quiero ver a ese prisionero. Llévame junto a él.

El autómatata vaciló y Sayre al cabo de unos segundos repitió la orden.

—¡Llévame junto a él!

Alpha obedeció. Fue a la puerta, la abrió, y seguido de Sayre partió hacia el vestíbulo, deteniéndose al cabo de un momento junto a una puerta que abrió, invitando a Sayre a que la cruzase.

El médico encontróse en un cuarto exacto al que ocupaba y en el cual se encontraba Cliff Marsland.

Alpha se quedó junto al umbral. Sayre no se atrevió a ordenarle que se marchase. En lugar de ello lo hizo entrar en el cuarto y cerrar la puerta.

Mientras Alpha obedecía, Sayre se sentó junto a Cliff. El agente de La Sombra parecía débil, pero había recobrado gran parte de su inteligencia.

Sayre no se entretuvo en iniciar la conversación.

—Soy el doctor Rupert Sayre-explicó en voz baja y rápida, para escapar a la tardía comprensión de Alpha—. También estoy aquí prisionero. He logrado algunos progresos con ese carcelero. Me ha traído aquí por orden mía. Tal vez podamos escapar.

—Confiemos en ello-replicó Cliff—. Me llamo Marsland y una banda de gangsters me trajo aquí de paseo. Aterricé aquí.

—¿Formaba usted parte de la banda?

—Me creían igual a ellos-respondió Cliff. Y observando la interrogadora mirada del médico, añadió—: Observaba sus asuntos.

—¿Detective?

—No, investigador privado. Trabajando en un caso especial.

—Bien. Podré confiar en usted. ¿Cree que deberíamos escapar ahora mismo?

—¿Es ese tipo el único a quien ha dominado? —preguntó Cliff.

—Sí, pero no sabemos lo utilísimo que puede sernos. Puede dar órdenes...

—Sí las obedecieran los demás podríamos confiar en escaparnos.

—Sí. Esos hombres, Marsland, no son mejores que máquinas. Sus cerebros han sido alterados. Obedecen las órdenes al pie de la letra. Son criminales que han quedado bajo el dominio de un super

criminal.

—¿Cómo se llama?

Rupert Sayre inclinóse más hacia Cliff antes de pronunciar aquel nombre.

Temía que Alpha pudiera escucharlo.

—Eric Veldon-susurró Sayre.

—¿Y qué se propone? —inquirió Cliff.

—Por lo que a usted se refiere, esta deseando hacerle entrar a formar parte de su ejército de servidores. Me ordenó que le hiciera la debida operación.

—¿Y usted se negó?

—Gané un retraso de cuarenta y ocho horas, lo cual quiere decir que hemos de actuar antes de que transcurra el tiempo.

Cliff sonrió.

—No crea que nuestra captura pasará inadvertida. Cuarenta y ocho horas son muchas horas. Antes de que transcurran podemos ser salvados.

¿Por la Policía?

—Tal vez. Pero el que acudirá en nuestra ayuda es hombre de enorme poder. No puedo decirle su nombre, pero le aseguro que encontrará algún medio de llegar hasta aquí. Descubrirá quién nos tiene encarcelados. Hallará alguna pista que le conducirá hasta nosotros.

El acento de Cliff era de tanta convicción que Sayre movió la cabeza, como asintiendo. De pronto, se dio cuenta de que sería imprudente prolongar por más rato la entrevista. Se levantó y fue hacia la puerta.

Al volver a su cuarto se sintió invadido por una nueva esperanza. La positiva confianza del otro cautivo, en un socorro externo se le había contagiado.

En su cuarto, también a Cliff Marsland, se le alegraría el corazón. La breve entrevista con el médico, le sirvió para enterarse del animador hecho de que tenía dos días de vida. En ese espacio de tiempo, La Sombra podía llegar allí.

Cliff Marsland no había perdido ni por un instante su firme confianza en La Sombra.

CAPÍTULO XIX

COMIENZA LA PISTA

CLIFF Marsland tenía amplísima confianza en La Sombra, confianza basada en los asombrosos hechos realizados por La Sombra en el pasado.

No obstante, si Cliff hubiese analizado las dificultades de su situación, su confianza se hubiera enfriado bastante.

La Sombra eliminó a todos los gangsters que habían apresado a Marsland, pero con ello perdió la oportunidad de rescatar a su agente.

Y como éste desapareció sin dejar rastro, La Sombra decidió jugar la única carta que le quedaba: Holbrook Edkins. El millonario le había asegurado que haría lo posible porque el millonario y Veldon se vieran.

Pero entretanto, cabría la posibilidad de que Veldon fuera a visitar a Edkins y pudiera ser seguido. Así, cuando de nuevo la noche cayó sobre Manhattan, un par de ojos observaban atentamente la puerta de la casa de Holbrook Edkins.

¡La Sombra era quien montaba la guardia!

Cuando las tinieblas se hicieron más densas, La Sombra abandonó su punto de observación, deslizóse hacia la casa y un momento después desaparecía por una de las ventanas de la planta baja, entrando en el salón.

La estancia estaba a oscuras. Sin duda, Edkins estaba arriba. Desde aquel punto La Sombra podía saber si entraba algún visitante o si Edkins salía.

No era costumbre de La Sombra permanecer inactivo, sobre todo cuando uno de sus hombres estaba en peligro. Pero la casualidad había echado por tierra, los bien dispuestos planes del misterioso

ser, y ahora, La Sombra trataba de aprovecharse de la misma casualidad.

Veldon había estado, sin duda, en estrecho contacto con Clussig, Dustin y Barratini. Los dos primeros habían muerto y el tercero desaparecido.

Era increíble imaginar que Veldon pudiera omitir la precaución de estar en relación con Holbrook Edkins, el millonario con quien mantenía tan estrechas relaciones.

Un reloj dio las ocho. Luego sonó el timbre de un teléfono. La Sombra escuchó. Un criado contestó y luego subió hacia el despacho de Edkins.

La Sombra acercóse a la puerta y desde allí escuchó las palabras del millonario, cuando al cabo de algo más de un minuto se puso al teléfono.

—Dígame-empezó.

—...

—¡Ah! ¡Es usted, Veldon! ¡Encantado de oírle!

—...

—Sí, esta misma noche esperaba que me llamase.

—...

—Debería usted venir a verme. No es corriente en usted telefonarme.

—...

—Sí, necesito verle esta noche misma.

—...

—Es acerca del arreglo financiero.

—...

—No, no. Se equivoca. No siento impaciencia. Tengo ideas más grandes.

—...

—Más capital... Otras personas interesadas en los negocios.

—...

—¿No está de acuerdo? —La voz de Edkins evidenciaba duda—. Tal vez tenga usted sus razones, Veldon, pero no olviden que es mi dinero el que se maneja.

—...

—No, no he convenido nada con ninguna otra persona.

—...

—Claro que sigo teniendo confianza en usted, Veldon.

—...

—Eso sí. He estado buscando alguien para que invirtiera más capital.

—...

Los ojos de La Sombra brillaron. ¿Mencionaría Edkins a Lamont Cranston?

La cosa no importaba, pero cuando menos mencionara Edkins al millonario, mejor para todos.

—No he tomado ninguna decisión definitiva-decía Edkins—. De todas formas, presiento complicaciones. Nuevos inventos que anularían los que usted patrocina.

—...

—Sí, eso me parece bien, Veldon.

—...

—Esta noche no me moveré de casa.

—...

—Estaré solo. ¿A qué hora vendrá?

—...

—¿A las diez o antes? Muy bien. Adiós. Hasta luego.

La conferencia terminó. Holbrook Edkins subió a su cuarto de trabajo. El vestíbulo quedó vacío. Había llegado el momento de que La Sombra entrara en acción.

Saliendo del salón, La Sombra deslizóse hasta el teléfono y levantó el receptor. Un momento después, Burbank respondía a la llamada.

Siguió una breve conversación. Las palabras de La Sombra apenas iban más allá de sus labios. Luego colgó el auricular y alejóse rápidamente, confundiéndose con la oscuridad.

Pasaron unos minutos. El timbre del teléfono volvió a sonar. El criado contestó y subió en busca del millonario. La Sombra le vigilaba mientras respondía:

—¿Quien-preguntó—. ¿El señor Cranston, dice?... ¿Qué vendrá a mi casa? ¿Cuándo?... ¿Más tarde? Debe haber alguna equivocación, pues yo no le he telefoneado al Cobalt Club... ¿Podría hablar con él? ¿Dice que no está ahí? ¿No? Muy bien.

Holbrook Edkins se volvió al colgar el receptor. La Sombra le observaba. El dueño de la casa daba muestras clarísimas de lo muy

asombrado que estaba.

Holbrook Edkins estaba reflexionando sobre el error que aquella noche hiciera acudir a allí a Lamont Cranston.

Sin duda, alguien, utilizando el nombre de Holbrook Edkins, le había telefonado al Cobalt, citándole para aquella noche.

Esto complicaba las cosas, pero al cabo de un momento, Holbrook Edkins decidió que todo podría arreglarse fácilmente y una sonrisa apareció en su rostro.

No le importaba que los dos hombres se vieran cara a cara, encontrándose por casualidad.

Eran más de las ocho. Eric Veldon podía llegar en cualquier momento antes de las diez. Holbrook Edkins decidió permanecer abajo, en el salón.

Cuando entró, La Sombra estaba ya de nuevo fuera, ante la casa, vigilando la puerta de la casa de Edkins.

Pasaron quince minutos y un coupé se detuvo a cierta distancia de la casa del millonario. Sus faros se apagaron dos veces y se encendieron otras tantas.

Era una señal. La Sombra fue, silenciosamente, hacia el coche. Su mano derecha tiró un objeto dentro del vehículo. El conductor lo recogió. Era una nota.

Encendióse la luz del interior del coche, quedando al descubierto las facciones de Clyde Burke, el reportero del Classic, que había acudido allí a recibir instrucciones, en respuesta a una llamada de Burbank.

Desdobló el papel. Era una orden escrita según la clave de La Sombra.

“Esté preparado para seguir al primer auto que se detenga ante la casa de enfrente. Obedezca la señal.”

La escritura se borró. Clyde apagó los faros y aguardó en la oscuridad. Sabía que la pista a seguir era de importancia.

Si todo iba bien, La Sombra en persona seguiría la pista, pero Clyde estaría allí para caso de apuro.

Otros quince minutos. Una limousine llegó hasta la casa. Clyde creyó ver una figura que descendía del vehículo y deslizábase hacia la puerta de la casa de Edkins. Clyde no pudo ver quién descendía del auto.

La Sombra, que se encontraba allí, pudo, en cambio, darse

cuenta exacta de quién era la persona que llegaba.

No era Eric Veldon. La Sombra estaba seguir de ello, a pesar de no haber visto nunca a su adversario. La persona que había abandonado el auto era un ser de mecánico caminar. La Sombra deslizóse hacia la ventana por donde antes entrara en el hogar de Holbrook Edkins. Levantó con cuidado el cristal y por la abertura observó que el criado hablaba con Edkins.

—Vienen a buscar aquel reloj tan antiguo-explicó el hombre—. Aquel que trajeron por equivocación y prometieron venir a buscar.

—¡Ah, sí! —recordó Edkins—. Está en la repisa de la chimenea de mi despacho. Acompáñele hasta allí y que se lo lleve.

El criado indicó el camino al hombre que esperaba en el vestíbulo.

Holbrook Edkins vislumbró tan solo el rostro del personaje. Le sorprendió aquella fijeza de expresión. En la escalera sonaron pasos.

El millonario encendió un cigarrillo. Estaba pensando en el reloj le fue entregado hacía bastante tiempo, en ocasión de la última visita de Eric Veldon.

No había dirección del remitente. Una llamada telefónica anunció el error y el que hablaba prometió ir a buscarlo.

Edkins recordó que Eric Veldon admiró el reloj y lo colocó en la repisa de la chimenea. El millonario, que raras veces se molestaba en el arreglo de su habitación, lo dejó allí.

Pasaron unos minutos. Volvieron a sonar pasos en la escalera. El que había ido a buscar el reloj bajaba con él entre las manos.

Edkins se adelantó para examinar al mensajero. De nuevo observó la cadavérica fisonomía del mensajero.

La Sombra desapareció de la ventana, mientras el hombre cargado con el reloj salía de la casa, una figura vaga cruzó velozmente la calle.

En el momento en que la limousine iba a ponerse en marcha, Clyde Burke oyó una voz que le ordenaba:

—¡Siga!

Buen conductor y agudo observador a causa de su experiencia periodística, Clyde no tuvo la menor dificultad en mantener su auto sobre la pista de la limousine.

Eric Veldon aun no había llegado. De haber llegado y partido el criminal, La Sombra hubiera seguido la pista.

Pero La Sombra reconoció en aquel semi mecanizado sujeto a un simple servidor. Por ello, despachó tras él a uno de sus agentes, reservándose él para la tarea que le aguardaba en la casa.

La lucha había comenzado. Uno de los hombres mecánicos regresaba a la guarida. El propósito de su visita era aun desconocido, pero La Sombra estaba seguro de que el conductor de la limousine, debido a lo extremadamente sencillo de su tarea, no estaba protegido contra un posible seguidor.

Mientras Clyde Burke seguía la pista, la figura de La Sombra se confundió con la oscuridad, verificándose un notable cambio en ella. Poco después, un caballero en impecable traje de etiqueta llamaba a la puerta de la residencia.

Lamont Cranston acudía a casa de Holbrook Edkins. Por un motivo muy importante su visita se anticipaba a la de Eric Veldon.

CAPÍTULO XX

CRANSTON SE EXPLICA

UN criado abrió la puerta. Al oír el nombre del visitante, inclinó ceremoniosamente la cabeza e invitó al millonario a que entrara.

—El señor Edkins acaba de subir a su despacho-explicó el servidor—. Me ha encargado que le hiciera subir allí, en cuanto usted llegase.

—Sé el camino-replicó Cranston.

Con increíble agilidad, el millonario subió por la escalera. No pareció hacer el menor esfuerzo y, sin embargo, en pocos segundos cubrió la distancia.

La puerta del despacho estaba entreabierta. Cranston entró tan deprisa que Holbrook Edkins volvióse alarmado.

Pero al reconocer a su visitante, sonrió. Con el cigarrillo a medio fumar en la mano izquierda, tendió la derecha a Lamont Cranston. Este, después del saludo, se sentó en un sillón, mientras Edkins continuaba de pie.

—Esta visita es una verdadera y agradable sorpresa-dijo Edkins—. No le esperaba, señor Cranston. Pero es una suerte, pues espero al señor Veldon.

—¿De veras? —replicó Cranston—. Creí que me había llamado al Cobalt Club. Me dijeron que usted había telefoneado, encargando que me dijeran que pasase por aquí esta noche.

—Pues no llamé.

—Entonces debió de ser mi amigo Hoskins. Hace tiempo que me está molestando para que vaya a ver su colección de armas malayas. Dice que las reunió en Oriente, pero no lo creo. De todas formas me alegro de encontrarme aquí.

—Igualmente-rió Edkins.

Durante toda la conversación, los agudos ojos de Cranston habían estado repasando la habitación. En la repisa de la chimenea se veía el lugar que hasta poco antes ocupara el reloj.

Por lo demás, nada parecía fuera de lugar. Cranston conservaba una impresión fotográfica de aquel cuartito.

En el momento en que Holbrook Edkins daba una última chupada a su cigarrillo, Lamont Cranston vio algo que le hizo entrar velozmente en acción.

A la izquierda de Cranston veíase abierta una caja de cigarrillos. El multimillonario tomó uno y acercándose a Edkins le quitó la colilla que iba a tirar a la chimenea. Con ella encendió el cigarrillo.

Para Edkins este movimiento fue completamente accidental. No dio ninguna importancia al hecho de que su visitante tirara la colilla a un cenicero colocado sobre la mesa, en vez de hacerlo a la chimenea.

El tirar colillas a la chimenea, sobre la ceniza, era una costumbre de Edkins, que no todos sus visitantes imitaban. Por ello, el dueño de la casa escogió un nuevo cigarrillo y lo encendió con el encendedor eléctrico.

—La repisa de la chimenea parece vacía— indicó Cranston.

—Sí—rió Edkins—. Un hombre ha venido a buscar un viejo reloj que me trajeron por equivocación. Se lo llevó hace un momento.

—Es curiosa la ausencia de manchas de humo en su chimenea; es muy interesante—dijo Cranston—. Supongo que su chimenea no debe de humear.

—Sólo enciendo fuego en ella un par de veces o tres al año—replicó Edkins.

—¿Y la ceniza que hay es del último fuego?

—Sí— rió Edkins—. Lo encendí la primera vez que vino usted a visitarme.

—Es extraño—dijo Cranston—. Esas cenizas tienen una suavidad que no es natural. ¿Las revuelve su criado?

—No creo—replicó Edkins, observando, extrañado, a su visitante, que examinaba atentamente las cenizas—. ¿Qué ocurre?

—¿Ve esos copos plateados entre la ceniza? —preguntó Cranston.

—Sí. ¿Qué significa?

—Ahora lo veremos—dijo Cranston—. He visto otras veces algo

parecido. Salgamos al pasillo. Observe desde allí lo que ocurre.

Cranston cogió su cigarrillo y salió al corredor. Dejó la puerta casi entornada y colocando el cigarrillo entre el pulgar y el índice, lo disparó por la abertura de la puerta hacia la chimenea.

El cigarrillo cayó, con precisión matemática, sobre la ceniza.

Inmediatamente, Cranston cerró la puerta.

Hubo un momento de silencio. Luego, al otro lado de la puerta sonó una ahogada explosión. Un “ploff” prolongado, semejante a un disparo de magnesio. Alarmado, Edkins corrió hacia la puerta. Cranston le contuvo.

—Apártese-ordenó—. Vayamos hacia la escalera.

Mientras Edkins se dirigía de mala gana hacia el lugar seguro, Cranston abrió la puerta, saltando luego hacia atrás, reuniéndose con Edkins. El interior del despacho quedó visible.

La habitación estaba invadida por un humo denso y verdoso que se había extendido por todos los rincones y cavidades. Las paredes estaban cubiertas de manchas negruzcas.

—Bajemos— indicó Cranston—. Estamos fuera de la zona de peligro, pero es preferible alejarnos más, hasta que el gas se haya evaporado.

—¿Qué... que es? —tartamudeó Edkins.

—Gas venenoso. La guerra me enseñó lo bastante acerca de él. Era una trampa para cazarle, Edkins. Una colilla tirada sobre aquel polvillo extendido sobre la ceniza y... ya ha visto el resultado.

—¿Era una trampa para matarme?

—Eso parece. Vale más que llame en seguida a la policía.

Holbrook Edkins acercóse al teléfono. Los pensamientos se agitaban en su cerebro. Al fin dijo:

—A Eric Veldon le disgustará ver, cuando llegue, a la policía en mi casa.

—Eso será sí viene-replicó Cranston, con una sonrisa—. Pero no creo que ocurra semejante cosa. Eric Veldon ha venido ya y se ha marchado... por poderes. Él, en persona, no visitará hoy esta casa.

Holbrook Edkins comprendía exactamente lo que su visitante quería decir.

Llamó a la Jefatura de Policía. Confusos pensamientos seguían dominando su mente. Entre ellos, el de que debía la vida en aquella ocasión a la sagacidad de Lamont Cranston.

CAPÍTULO XXI

EL MOMENTO DE CARDONA

EL detective José Cardona se hallaba en la habitación donde la Muerte había descargado en vano su golpe. El verdoso vapor había desaparecido hacia tiempo.

Sólo paredes manchadas y superficies cubiertas de una substancia grasienta quedaban como exponente de la tragedia que pudo ocurrir.

Con el detective se encontraba Holbrook Edkins y Lamont Cranston. Este decía.

—Por casualidad me fijé en las cenizas. He visto preparados en polvo que producen gases mortíferos. Sospeché que allí se encontraba uno de ellos. Después de la prueba se me ocurrió que el llamado Eric Veldon tenía algo que ver con el asunto.

—¿Sabe usted algo de ese hombre? —inquirió Cardona.

—No-replicó Cranston—. No le he visto nunca. Pero cuando el señor Edkins me habló de él, diciendo que era un hombre que hacía de intermediario entre inventores y financieros, sospeché que podía tratarse de un estafador.

—Los estafadores recurren muy pocas veces al crimen-replicó Cardona.

—Seguramente estoy equivocado-reconoció Cranston, con acento de indiferencia—. Con seguridad llegué a esa conclusión por algo que leí en los periódicos.

“El señor Edkins y yo estuvimos hablando acerca de inventos sobre los rayos X y aplicaciones eléctricas. Las manchas negras en las paredes me trajeron a la memoria el monóxido de carbono. Recordé algo de un inventor de aparatos eléctricos que murió envenenado por el monóxido de carbono...”

Ante la sutil sugerencia de Cranston, el rostro de Cardona se iluminó. Pero antes de que el detective pudiese decir nada, Cranston prosiguió:

—Los rayos X generan un calor terrible. Leí otro suelto, en un periódico, acerca de un químico, un hombre experto en el estudio de gases venenosos, que murió a causa de una extraña y abrasadora fiebre...

Esta vez Cardona se golpeó la palma de la mano izquierda con el puño derecho, al advertir una coincidencia que antes no había notado.

—¡Merle Clussig! —exclamó—. ¡Wycroft Dustin! Oiga... ¿Cree usted que ese Veldon los conocía!

—¿Clussig? —inquirió Cranston como si el nombre no significara nada para él—. ¿Dustin?

—Sí, los dos hombres acerca de cuya muerte leyó usted —explicó Cardona.

—No recuerdo los nombres-dijo Cranston—. El único nombre del que me acuerdo es el de cierto cirujano llamado Barratini...

—Tal vez también él andaba mezclado en el caso. Mire, señor Edkins-añadió Cardona, dirigiéndose al dueño de la casa—. Será mejor que me cuente cuanto sepa de ese Veldon. ¿Dónde vive? ¿Qué hace?

—Actúa de intermediario entre inventores y financieros-contestó Edkins—. No sé dónde vive. Nunca he mantenido correspondencia con él.

—¿Está seguro?

—Podemos examinar las cartas que se han recibido recientemente.

—Mejor. Sáquelas en seguida.

Un criado entró en la habitación anunciando que llamaban al señor Cranston, desde el Cobalt Club. Mientras Edkins hablaba con Cardona, Cranston bajó a responder a la llamada. Habló en voz baja Burbank.

—Informe de Burke-anunció el agente de enlace—. Siguió al auto hasta su destino. Vieja casa en Turnardale, Long Island, Burley Road, al Oeste de Crypoint Haigway.

No había nadie en el vestíbulo inferior. De un bolsillo, Lamont Cranston sacó una tarjeta de visita. En ella leíase:

ERIC VELDON

Con un lápiz, Cranston escribió debajo de él la dirección, que Burbank acababa de comunicarle. Guardando la tarjeta, el millonario se reunió con Edkins y Cardona. El detective examinaba un montón de papeles entre los cuales había cartas, facturas pagadas y otros documentos.

Una factura revoloteó hasta el suelo. Cranston metió la mano en el bolsillo y se inclinó para recoger la factura. Cardona no pudo anticipársele, ni vio como la tarjeta era diestramente metida debajo de la factura.

Mientras depositaba la factura sobre el montón de papeles, Cranston realizó otra diestra manipulación. No dejó la tarjeta inmediatamente debajo de la recogida factura, sino que la deslizó bastante más abajo, entre otros papeles.

—He recibido una llamada urgente del Club-dijo—. Debo ir en seguida allí. Si me necesitan volveré más tarde.

—Está bien, señor Cranston-asintió Cardona—. Si hace usted falta le llamaré allí.

Cranston estrechó la mano de Edkins y salió del despacho. Sus pasos se apagaron en la escalera. Cardona, observado por le amo de la casa, siguió examinando los documentos.

De pronto lanzó una exclamación y Edkins miró, asombrado, la tarjeta que el detective acaba de encontrar.

—¡Aquí la tenemos! —dijo Cardona—. ¡Esto sí que es un verdadero hallazgo! La tarjeta de Veldon con su dirección en ella.

—No recuerdo que me la diese-replicó Edkins, desconcertado—. No sé si será su domicilio...

—Ya lo comprobaré yo mismo. Marcharé en seguida hacia allí con mis hombres. Ese Veldon envió aquí a uno de sus secuaces para meter la pólvora mientras se llevaba el reloj. Tal vez tiene una banda. Ya lo veremos cuando se llegue allí.

Diez minutos más tarde una sirena resonaba en la calle. José Cardona bajó a reunirse con los detectives que habían acudido a su llamada. La sirena volvió a gemir cuando el coche se puso en marcha.

José Cardona y sus hombres dirigianse hacia Long Island. Su auto deslizóse velozmente por las calles hacia el puente del East River.

Pero con toda su velocidad, aquel auto no podía aventajar a un potente coupé que volaba a bastante distancia de ellos.

Precediendo a Cardona, el intrépido conductor que había indicado al detective el domicilio de Veldon, iba al rescate de su propio agente.

La Sombra, rápido y formidable, dirigíase a reñir la última batalla con el criminal. Aquella noche había llegado el momento de Cardona; pero esto se debía a la actuación de La Sombra.

CAPÍTULO XXII

DENTRO DE LOS MUROS

ALPHA trae al prisionero-ordenaba el doctor Sayre.

El autómata de Veldon obedeció. Salió del cuarto donde se hallaba Sayre y regresó un momento después con Cliff Marsland.

—Alpha-dijo Sayre, cuando el hombre hubo cumplido su orden—. De ahora en adelante serás uno de los nuestros. ¿Entiendes?

—Sí-replicó el autómata.

—Su inteligencia aumenta-explicó Sayre a Cliff—. Yo la he estimulado. Es nuestro, podemos confiar en él.

—Estamos desarmados-recordó Cliff.

—Alpha tiene un revólver-dijo Sayre—. Conseguiré que me lo entregue. Usted lo utilizará.

—Haga que se lo dé ahora-sugirió Cliff.

—No, tenemos que estar preparados para regresar a nuestras celdas, si los obstáculos que se nos presentan son infranqueables. Alpha entregará el arma cuando yo se lo pida. Pongámonos en marcha.

Cautelosamente, los dos hombres salieron al corredor. Alpha les siguió. Al llegar a la escalera, los tres se detuvieron. Pudieron oír los firmes y rítmicos pasos de un centinela.

—Es mejor que esperemos-indicó Cliff—. Si Veldon aparece no podemos luchar. Caeríamos en una trampa.

Sayre se mostró de acuerdo y los dos compañeros aguardaron junto a la escalera. Alpha no se movió, obediente a las órdenes de Sayre.

En la habitación que habían abandonado ocurrió un extraño fenómeno. Una masa negra se proyectó sobre el suelo. Levantóse el tragaluz y la extraña figura se trasladó al suelo, al interior del

cuarto.

¡La Sombra, alto y siniestro, acababa de llegar a los dominios de Eric Veldon!

Rápido y silencioso llegó a la abierta puerta. Sus agudos ojos escudriñaron el pasillo. Vio a los tres hombres de pie junto a la escalera y, como ellos, aguardó.

De súbito unos violentos golpes en la puerta de la calle interrumpieron el rítmico resonar de los pasos de los centinelas. Oyóse un grito.

¡La policía! —exclamó Marsland—. Ha encontrado esta casa.

Los pasos cesaron en la planta baja. Los servidores de Veldon lanzaron gritos guturales. Guiados por el instinto, los autómatas se disponían a rechazar el ataque.

El largo brazo de La Sombra extendióse fuera de la habitación. Su mano iba armada con una automática con la que apuntó a Alpha. En respuesta a la señal de alarma, el autómata había respondido instintivamente a su antigua fidelidad a Veldon. Con un rápido ademán empuñó su revólver. La Sombra comenzó a apretar el gatillo, pero no disparó.

Cliff Marsland también había advertido la acción de Alpha. De un salto precipitóse sobre él y lo derribó al suelo. El arma de Alpha cayó a corta distancia. Sayre se apoderó de ella.

Alpha ya no luchaba. Bajo la térrica presión de los brazos de Marsland, el autómata no podía hacer el menor movimiento. La Sombra vigilaba, desde su escondite, mientras Cliff conducía al hombre hasta el cuarto más próximo.

Sayre, comprendiendo la conveniencia de no permanecer donde los autómatas pudieran verle, imitó su ejemplo, apuntado a Alpha con el arma que le había arrebatado.

Fortísimos golpes resonaban en la puerta de la calle. La Sombra, aprovechando que no había nadie en el pasillo, corrió hacia la escalera y empezó a bajar por ella. Llegó a la planta baja en el momento preciso.

Una puerta se hundió con tremendo estrépito. José Cardona y sus detectives aparecieron. Con las armas en las manos se enfrentaron con una amenaza que no esperaban. Rápidamente levantaron sus pistolas para disparar.

Alineados en el corredor se hallaban los servidores de Eric

Veldon. Cómo estatuas, aquellos antiguos criminales esperaron serenamente el hundimiento de la puerta.

Cada uno de aquellos monstruos tenía dos pistolas. Al aparecer los detectives se realizó la instintiva reacción de aquellos criminales.

Los detectives se enfrentaban con unos seres que no temían a la muerte.

Ambas partes dispararon. Pero al comenzar la lucha ocurrió una inesperada intervención. La Sombra, con una pistola en cada mano, ayudaba la causa de José Cardona.

Fue una ayuda muy oportuna, pues los detectives se habían metido en pleno radio de acción de las armas de los autómatas.

Al notar que les atacaban por la espalda, éstos se volvieron para enfrentarse con el antes temido adversario; La Sombra.

Ahora sin embargo, no les causaba pavor su intervención.

Pero su movimiento fue fatal para ellos. Los detectives, de los cuales sólo uno estaba ligeramente herido, pudieron disparar sobre ellos, mientras La Sombra, desde su escondite en lo alto de la escalera, los aniquilaba con terrible precisión.

Los hombres de Eric Veldon comenzaron a caer. No gritaban ni evidenciaban el menor dolor. Cuando una bala les alcanzaba en un punto vital se desplomaban cuán largos eran y quedaban inmóviles para siempre.

La Sombra comenzó a retirarse. Los detectives, embriagados por la lucha, acababan con la última resistencia. En lo alto de la escalera, La Sombra se confundió con las tinieblas. Sonaron pasos. José Cardona subió por la escalera. Al llegar arriba vio que un hombre le hacía señas desde la puerta.

Era el doctor Rupert Sayre.

Los demás detectives, después de acabar con el último de los autómatas, llegaron junto a su jefe y rodearon a Sayre, que se identificó.

Luego señaló a Cliff Marsland que, revólver en mano, vigilaba a Alpha.

—¿Quién es ese? —preguntó Cardona, señalando a Alpha.

—Uno de los hombres de Veldon. El único inteligente. Nos ayudaba a huir cuando comenzó el ataque. Temimos que se excitara, y mi compañero, Cliff Marsland, le desarmó. Él es le único

que puede decirnos dónde está Eric Veldon.

Cliff Marsland había soltado a Alpha. El autómata estaba de pie. Rupert Sayre fue a examinar la herida de uno de los detectives de Cardona.

Afortunadamente, no ofrecía gravedad.

Enfrentándose con Alpha, Cardona comenzó a interrogarle. El autómata contestó rápidamente a las preguntas que se le hicieron.

CAPÍTULO XXIII

BANDIDO CONTRA LA SOMBRA

—¿CÓMO te llamas? —le preguntó Cardona.

—Alpha-replicó el hombre.

—¿Es tu amo Eric Veldon?

—Él es mi amo-replicó Alpha, señalando a Sayre.

—¿Dónde está el hombre que era tu amo? —inquirió Rupert Sayre, para ayudar a Cardona.

—Está fuera.

—¿Cuándo volverá?

—Pronto.

—Enséñanos dónde irá cuando llegue.

Alpha se puso en marcha, seguido por los detectives. El autómata les guió a la planta baja. Al fin, se detuvo ante una pared.

—Aquí está-declaró.

—Abre la puerta secreta-ordenó Cardona, suponiendo que aquella pared ocultaba una entrada invisible.

—No puedo. Sólo el hombre que era mi amo puede abrir, desde dentro.

Rupert Sayre asintió.

—Sí, Eric Veldon utiliza la habitación situada al otro lado, para entrevistarse con sus prisioneros. Por medio de un potente aparato de rayos X aparece como un esqueleto. Estoy seguro de que llamará a Alpha y, en cuanto abra, entramos todos y así que aparezca el esqueleto en la pantalla disparemos...

De pronto, el cuerpo de Alpha se puso tenso. Un trozo de pared comenzó a levantarse. Cliff Marsland agarró de los brazos al autómata y, en el mayor silencio, todos entraron tras él.

En la habitación donde se encontraron apagáronse las luces.

Sólo una tenue claridad llegaba desde el pasillo a través de la puerta.

Luego, la pantalla del enorme aparato de rayos X comenzó a iluminarse.

Apareció el esqueleto. El doctor Sayre lanzó una exclamación de alegría.

—¡A él! —gritó Cardona.

El detective y sus hombres dispararon sobre la pantalla. El cristal saltó en mil pedazos. El esqueleto desapareció, cayendo bajo la mesa.

—¡Pronto, una luz! —gritó Cardona.

Un detective encontró un interruptor con ayuda de su linterna. También otro detective halló un segundo interruptor.

El primero hizo que se encendiera la luz de la estancia; el otro hizo que se levantara la pantalla protectora que cubría el aparato de rayos X.

Un grito de asombro brotó de los labios de Cardona, al rodear la mesa e inclinarse sobre algo caído en el suelo.

¡En vez de un cadáver humano, veíase un descarnado esqueleto!

¡Click!

Todos los ojos se volvieron hacia la puerta. Esta se había cerrado. Todos comprendieron que habían caído en una trampa. En la confusión, Alpha, el autómatas que fingía ayudar a la justicia, había escapado de la habitación.

Tic... tic... tic...

Un teletipo tecleaba en un extremo de la habitación. El doctor Sayre corrió hacia el aparato seguido de Cardona, y empezó a leer en la hoja de papel.

Cliff Marsland se reunió con ellos.

El mensaje que apareció en el papel era el siguiente:

HABEIS CAIDO EN UNA TRAMPA. MORIREIS COMO CLUSSIG Y COMO DUSTIN. COMO BARRATINI Y COMO EDKINS. YO SOY ERIC VELDON. TAMBIEN SOY ALPHA. PASANDO POR UNO DE MIS SERVIDORES ME HE ENTERADO DE LO QUE PRETENDIAN MIS PRISONEROS. ABRIA LA PUERTA DE LA PARED PISANDO UN RESORTE SECRETO. ASI NADIE PODIA SOSPECHAR QUE NO ERA ABIERTA DESDE DENTRO. EL ESQUELETO SOBRE EL QUE HABEIS DISPARADO ES EL DE JOSPEH BARRATINI. SOIS UNOS LOCOS.

PREPARAOS PARA MORIR CUANDO SUELTE EL GAS VENENOSO.

Cesó el tecleo. Los condenados se miraron. En algún lugar no muy lejano, Eric Veldon estaría a punto de dar suelta al gas venenoso, que descendería sobre ellos, aniquilándolos a todos.

En efecto, Eric Veldon se encontraba en aquel momento, en un cuartito que daba al pasillo. De su rostro había desaparecido la pasta, que utilizaba para dar rigidez a sus facciones.

Su mano derecha se levantó lentamente hacia la cuerda, que debía abrir paso a los mortales vapores.

La diabólica sonrisa se extendió por su cara. El afán de matar le dominaba.

Cuando hubiera acabado con aquellos locos podría marcharse tranquilamente. La utilización de los inventos de sus víctimas le permitiría vivir principescamente.

De súbito, Eric Veldon volvió la cabeza, atraído por un leve ruido que sonó a su espalda. La sonrisa desapareció.

Al final del pasillo, confundido con la penumbra, se encontraba un enemigo con el cual aun no se había enfrentado.

Era una figura siniestra envuelta en una amplia capa negra, con la cabeza cubierta por un sombrero de anchas alas. Sus ojos le miraban como carbones encendidos.

¡La Sombra!

Eric Veldon había oído hablar de aquel enemigo del crimen. La Sombra acudía a interrumpir su carrera de delitos.

¡Pero La Sombra fallaría! Un fiero silbido brotó de entre los labios de Eric Veldon mientras levantaba un revólver que guardaba en el cuartito. El dedo se curvó sobre el gatillo.

Una potente explosión resonó en el edificio. Pero no brotó del revólver de Veldon sino de una de las automáticas que empuñaba La Sombra.

Eric Veldon se tambaleó. El revólver le cayó de la mano. Con un esfuerzo final, el asesino llevó la mano a la cuerda que debía soltar el gas.

Otra vez habló la pistola de La Sombra. La bala destrozó la muñeca de Veldon, que, lanzando un alarido, cayó muerto, mientras la cuerda quedaba balanceándose dentro del estrecho cuartito.

Con paso silencioso, La Sombra avanzó. Se detuvo junto al cuerpo de Eric Veldon. Su linterna alumbró las facciones del

muerto.

Por primera vez, La Sombra veía la cara de Eric Veldon. El hombre que en vida le esquivó con maligna precisión, no pudo escapar al fuego de sus pistolas.

La Sombra volvióse. Se dirigió al lugar donde se hallaba la puerta oculta y un momento después halló el resorte.

La puerta se abrió. Gritos de alegría sonaron en la estancia. Luego todos escaparon del terrible lugar.

José Cardona y Rupert Sayre encontraron el cadáver de Eric Veldon.

Muerto, el criminal era tan repulsivo como en vida. La cuerda, aun moviéndose, señalaba su vano intento de acabar con los hombres que fueron sus enemigos.

Pero no se veía la menor señal del vengador que terminó con aquel super criminal.

Misteriosamente, La Sombra se había desvanecido. Sólo Cliff Marsland sabía que a él debían todos la vida. José Cardona también lo sospechaba.

El as de los detectives había tenido, en el pasado, múltiples pruebas de las proezas de La Sombra.

Un pequeño coupé marchaba a toda velocidad hasta Manhattan. Una estridente carcajada quedó flotando, tras él, en el espacio.

La Sombra, triunfante, proclamaba su victoria. Aquella carcajada marcaba el final de la batalla entre la Justicia y el Crimen.

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *Master of death*